

A romantic scene between a man and a woman. The woman is wearing a purple, ruffled, off-the-shoulder dress and is looking up at the man. The man is shirtless and has a white shirt draped over his shoulders. They are in a close embrace, nearly kissing. The background is a soft, blue-toned landscape with a silhouette of a castle or large building in the distance.

Kate Simmons

La protegida  
del marqués

©La protegida del marqués-Kate Simmons

Todos los derechos reservados.

Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora

©Kate Simmons 2019 Amazon. Diciembre de 2019

Primera edición.

**La protegida del marqués**

**Kate Simmons**

## Capítulo 1

Se escuchaban las sirenas, la gente gritaba y los botes salvavidas eran arrojados a las oscuras aguas. Uno de éstos se ladeó en el momento en que era bajado del barco de turismo. Victoria Wilton sintió una ráfaga fría y cayó al mar. Estuvo a punto de ahogarse, pero salió a la superficie gracias al chaleco salvavidas que tenía puesto.

Era como una pesadilla de la que no podía despertar. Le resultaba imposible olvidar los gritos de la gente desesperada y, al mismo tiempo, no dejaba de recordar la música con la que los pasajeros habían estado bailando en el salón. Era una melodía romántica, que había hecho que sus pies se movieran al compás de ella y que sintiera deseos enormes de tener una pareja para bailar.

Pero nadie se le había acercado, mientras permanecía inmóvil, junto a su patrona, con los ojos cubiertos por anteojos que no necesitaba y el cabello recogido en un poco favorecedor moño. El doctor había aconsejado a la señora Sandler que tomara un crucero por alguna región soleada y ella había mirado a la servidumbre que la rodeaba, para decidir por fin que fuera Victoria quien la acompañara. Esta joven había trabajado con la familia Sandell desde que tenía quince años, primero como doncella en la sección de los niños y posteriormente, como dama de compañía de la irritable Ida Sandell, una mujer acomodada, que sólo se ocupaba de pensar en sí misma. Las necesidades y anhelos de una chica de diecinueve años estaban más allá de su interés y comprensión.

Desde el principio del viaje había esperado que Victoria fuera su compañera constante.

"Eres una chica sensata", había dicho con voz chillona, "y conoces muy bien tu lugar. No esperarás participar en las diversiones, ni locuras de los otros jóvenes que van en el barco".

Victoria no había acariciado ningún sueño-imposible, de tener un romance en el crucero, pero, habría sido divertido participar en los juegos que otras personas de su edad tenían en la cubierta, en lugar de leer obras de Jane Austen a la señora Sandell.

Pero aquella muchachita sencilla y fea, por supuesto, no había llamado la atención de ninguno de los hombres que iban en el barco. Probablemente suponían que era demasiado tímida para ser interesante. No tenían idea de que estaba sedienta de aventura.

¡Aventuras! Victoria se sentía como drogada por el movimiento rítmico del mar, mientras flotaba sin remedio, alejándose del barco malhadado. Algo había explotado en la sala de máquinas. El agua invadió el barco en cosa de minutos y las sirenas de alarma comenzaron a sonar. ¡A la cubierta todos! ¡A los lugares que tienen asignados! Al principio Victoria estaba junto a la señora Sandell, que había dejado de mostrarse segura de sí misma y parecía presa del pánico, aferrada con desesperación a su joyero y a su bolso de mano. Empujó a la joven hacia un lado para subir primero al bote salvavidas que estaba listo. En la confusión que siguió, la joven perdió de vista a su patrona. Cuando el bote salvavidas se ladeó, escuchó un grito femenino, que tal vez pertenecía a Ida Sandell.

Victoria siguió flotando y se dio cuenta de que no había otras personas que flotaran también cerca de ella, para hacerle compañía. Los gritos de la gente del barco parecían morir en la distancia, y poco después la envolvió un mortal silencio.

Durante el día el agua era tibia, pero ahora estaba tan fría, que sentía que se le congelaban las piernas. "Canta", se dijo.

—¡Ah, los del barco! —gritó, pero resultó un patético gritillo, en el silencio de la noche.

Nadie contestó, nadie la oyó. Era llevada por su chaleco salvavidas y ya se encontraba muy lejos de los otros pasajeros. Pronto estaría en medio del océano entre la costa pedregosa de España y el norte de África.

Comprender eso la asustó. La soledad de sus últimos años parecía aumentar al flotar en aguas extrañas. Comenzó a pensar en el pasado... era cierto lo que la gente decía, que cuando uno se estaba ahogando recordaba su existencia pasada.

Ella venía de un lugar en Somerset, Inglaterra, llamado Combe St. Blaize. Su padre era guardabosques y vivía con él en una casita. Su madre había muerto al nacer Victoria, pero ella había adorado a aquel hombre fuerte de cabello rojizo, que cuidaba los animales que vivían en el gran parque perteneciente a la familia Sandell.

Ella sabía que tenían un parentesco remoto con los Sandell, por el lado de su madre. Algunas veces, a hora temprana, escuchaba el sonido de los cuernos de caza, indicando que los hombres y las mujeres de la familia se lanzaban a través de los páramos, para perseguir a las zorras rojas de la región. Porque Victoria amaba estos animales, odiaba a los Sandell. De niña se aferró a la esperanza de nunca tener que trabajar para ellos, como su padre lo hacía.

El hermoso Somerset. Su padre lo llamaba "el país del largo verano". No había una sola flor en muchos kilómetros a la redonda, que él no conociera, ni había un solo pájaro cuyo canto no fuera capaz de imitar.

Victoria tembló en el agua, como lo hizo en la capilla el día que su padre fue sepultado. En la plenitud de su vida, había muerto víctima de la patada de un caballo de los cazadores.

Nadie ofreció mucho consuelo a la joven después del entierro, puesto que no era más que la huérfana del guardabosques. Afligida, había sido llevada a la casa solariega, donde se le instaló en una pequeña habitación. Al día siguiente comenzó a trabajar en la sección de los niños, ocupándose de los dos pequeños del hijo de Ida Sandell y su esposa.

Todo había cambiado para ella en forma vertiginosa. Un día Victoria se sentía libre para vagar por los páramos y el bosque sin limitación alguna y al siguiente, estaba recibiendo órdenes de los Sandell. Después de unos meses de trabajar en la sección de los niños, Ida la tomó como su doncella personal.

Victoria hubiera querido huir, buscar trabajo en la ciudad. Pero, ¿qué sabía hacer fuera de cuidar a Ida?

Bueno, había escapado, por fin... ahora flotaba en el mar, asustada, con la oscuridad rodeándola en forma implacable.

¿Llegaría pronto... el sueño del que no despertaría más? ¿Volvería a ver al hombre fuerte

que solía tomarla en brazos y decirle que un día sería una princesa?

Alguien gritó... ¿o era ella misma? Una ola enorme amenazó de nuevo ahogarla, pero entonces escuchó un chapoteo y unas manos se apoderaron de ella.

Una voz habló con urgencia, en un idioma que ella no pudo comprender. Era un hombre que la sostenía y ella se aferró a él, todavía rodeada por el agua oscura y fría.

Más tarde, Victoria despertó y se encontró acurrucada entre frazadas, en la litera de un pequeño camarote. Se quedó inmóvil y desconcertada, sintiendo el movimiento regular de la embarcación en la que iba. El calor que sentía en las piernas significaba que estaba a salvo, viva.

Sus ojos se agrandaron cuando se abrió la puerta del camarote y entró un hombre. Llevaba un suéter de cuello alto; su rostro era delgado, con piel color aceituna. Se acercó a la litera y se inclinó sobre la joven, examinándole el rostro con los ojos oscuros.

—¿Qué tal, niña? —preguntó en español.

Ella no comprendió lo que decía, así que se concretó a sonreír. Este era el joven que la había sacado del mar y le había salvado la vida.

—Gracias —dijo ella en inglés, con una profunda gratitud.

Él le sonrió a su vez y la dejó descansar a solas, para reponerse un poco de la impresión. Era un hombre agradable, pensó ella, soñolienta. Alto y fuerte a quien nada parecía asustarlo. Victoria decidió que su caballero andante debía ser español.

La embarcación atracó cuando empezaba a amanecer. El hombre guapo llevó a Victoria una taza con café caliente, así como un suéter de cuello alto y unos pantalones de mezclilla a los que habían cortado las piernas a la mitad. Cuando terminó de ponerse estas prendas, el sol comenzaba a filtrarse por la claraboya y una mirada hacia afuera bastó para que Victoria se diera cuenta de que la lancha había sido atada en un pequeño muelle.

La joven subió por una angosta escalerilla hacia la cubierta de la lancha, una pequeña embarcación de motor, anclada en el muelle de piedra, en el que había aparecido una chica. Los flecos del chal oscuro con que se cubría la muchacha eran sacudidos por la brisa de la mañana. Ella miraba fijamente hacia la lancha, de la que el salvador de Victoria saltó, con los brazos

extendidos. El y la chica se abrazaron y mientras Victoria los observaba, se sintió invadida por la desolación.

Les dio algunos minutos más para que los dos jóvenes se saludaran; entonces caminó hasta el extremo de la embarcación y una mano fuerte la ayudó a saltar al muelle. El cabello se le había secado y le caía sobre los hombros, enredado y salpicado de sal. El suéter prestado le colgaba sobre las caderas.

La joven del chal la miró con curiosidad. Al igual que el joven marino, tenía la piel aceitunada y era muy atractiva. Sonrió cuando el hombre dijo a Victoria con sencillez y en español:

—Mi mujer, Mari Luz.

Victoria le comprendió esta vez. Ahora que había logrado ordenar sus ideas, recordó algo del español que había estado estudiando, junto con Ida Sandell, antes de emprender el crucero. Victoria sonrió un poco, para sí. Qué desilusión saber que su caballero del mar era un hombre felizmente casado.

Entró con la pareja a su casita de paredes blancas, que se encontraba construida entre pinos. Ahí, un bebé de cabellos rizados dormía en una cuna de madera tallada, y la chimenea estaba prendida. Mari Luz y su marido hablaron en español durante unos momentos, luego él se disculpó y salió.

—Va a llamar por teléfono —le explicó Mari Luz en español, con lentitud y claridad—. Tiene que avisar al patrón. Emilio, mi marido, le hablará de la señorita inglesa. ¿Comprende?

Victoria asintió. ¿Quién sería el patrón de Emilio? Mientras esperaba a éste, la joven jugueteó un poco con el bebé y comió los huevos con tocino que Mari Luz le había preparado. Estaba bebiendo una taza de café cuando Emilio volvió y le hizo comprender que un automóvil la recogería para llevarla a la casa del señor.

—¿En dónde estoy? —preguntó en inglés, señalando hacia la ventana—. ¿Qué parte de España es ésta?

Con asombro, Victoria se enteró de que se encontraba en una isla de las costas españolas,

llamada La Isla del León.

De pronto, se escuchó el sonido de un auto que se detenía afuera. Emilio abrió la puerta e Victoria salió. Era una limousine, con un león de plata, en la punta de la caja del cofre, y escudos de armas en las portezuelas. Victoria contuvo la respiración. Ni siquiera los Sandell tenían un automóvil como aquél...

Un chofer uniformado dejó el volante y abrió la portezuela de atrás, para que Victoria subiera. Esta se despidió de Emilio y su joven familia.

—Mil gracias —dijo sonriendo, en español torpe y agregó en inglés—: Usted me salvó la vida y yo... no sé cómo agradeceréelo.

—¡Qué Dios la proteja, señorita!

Y Dios la había protegido, en verdad. Ella asintió y se acomodó en el interior del auto. Nunca había soñado siquiera en ser llevada a los dominios de un hombre, en una limousine con chofer uniformado. En el respaldo del asiento había un cojín especial para la cabeza, contra el cual apoyó su alborotada cabellera, mientras el automóvil se deslizaba con suavidad por un camino que cruzaba el bosque, para internarse después en otro que ascendía serpenteante.

Victoria observó el maravilloso paisaje exterior, así como el brillo del mar alrededor de la Isla del León. ¿Quién era el León? ¿Era posible que no fuera un sueño el que estuviera sentada en aquel lujoso automóvil, en dirección del palacio de él? Ella había oído que aciertos nobles españoles vivían todavía como señores feudales en algunos rincones remotos del país.

De pronto Victoria se aferró con fuerza a la manija de plata de la portezuela que estaba junto a ella. Se vio asaltada por un repentino acceso de angustia y temor.

Hubiera querido decir al chofer que la llevara de regreso con la bondadosa y joven pareja de la casita. Pero no sabía hablar español en realidad; sólo sabía unas cuantas palabras y frases. "¡Detenga el auto, que quiero bajar!" no se contaba entre ellas.

Al mirar por la ventanilla hacia el agua lejana, mientras el automóvil continuaba subiendo, Victoria se preguntó qué sería de su patrona. ¿Habría sido rescatada Ida Sandell? ¿Estaba en lugar seguro? Pronto comenzaría a preguntar por su doncella, Wilton, como ella la llamaba.

La joven se daba cuenta de que tenía un nombre poco común.

Su padre, según le había explicado varias veces, lo tomó de un libro de fábulas. Ida Sandell veía con visible desprecio el hecho de que una sirvienta suya tuviera el nombre de una heroína de cuento.

Victoria miró sin ver a través del cristal de la ventanilla. No quería volver a ser la servidora fiel de una mujer que sólo pensaba en su propia comodidad. Un crucero por aguas soleadas le había parecido emocionante, pero ya a bordo del barco, Victoria se dio cuenta de que nada había cambiado para ella... hasta que sonó la sirena de alarma.

La Isla del León.

Cruzó los dedos en el regazo y sus ojos color castaño, con tonalidades doradas, se llenaron poco a poco de asombro. ¿Cómo podía olvidar la fábula de la cual había seleccionada su nombre el padre de ella? ¡Victoria era una chica a la que un león había ayudado en su lucha contra un dragón!

Fue entonces, cuando el automóvil dio la vuelta en una precaria curva, que vio silueteadas contra el cielo las torres de un castillo que parecía arrancado de una fábula española. Sintió cómo la emoción sacudía su corazón al mirar hacia el lugar. Estaba en lo alto de un risco, con las puntas de sus torres elevándose en el cielo. Un estandarte ondeaba sobre una de ellas.

Victoria soltó el aliento con mucha lentitud. No estaba soñando, porque sentía la brisa en las mejillas y podía percibir el olor de los pinos y del mar. No era un sueño, porque ahora estaban entrando en un patio e Victoria vio la figura de piedra de un león que dominaba la entrada al castillo.

El automóvil se detuvo con suavidad al pie de una escalinata que conducía a la puerta principal en forma de arco. El chofer bajó del auto y abrió la portezuela que estaba al lado de Victoria. Sorprendida, la joven descendió, y se quedó mirando el escudo de armas que dominaba la entrada. Estaba dividido en cuatro partes que representaban hazañas de valor, orgullo, honor y amor.

Contempló la rosa tallada en la piedra, símbolo del amor. Entraba en la casa de un

español, desde luego, y debía ser un lugar de cálidos afectos, de muchos niños y una mujer sonriente.

—Por favor —el chofer señaló no la escalinata, sino una puerta de hierro forjado que había en un muro del patio—, permítame.

Abrió la puerta e Victoria entró en un patio interior que le hizo contener la respiración de asombro.

—¡Muchas flores! —exclamó en español. —Sí, señorita.

—Un gran edificio —añadió ella con voz débil.

—El señor es un hombre muy rico —el chofer la miró divertido.

Ella no lo dudaba ni un momento. Siguió nerviosa al hombre que la llevó a través de unas puertas de cristal que estaban abiertas, para cruzar un vestíbulo amplio y luego subir por una escalera de mármol.

El chofer se detuvo frente a unas puertas dobles, de madera tallada, y tocó con los nudillos una de ellas. Entonces tomó las manijas de bronce y abrió las puertas, para dejar que Victoria entrara sola en la habitación.

Victoria se detuvo al cruzar el umbral de la sala, tratando de armarse de valor. Se dio cuenta de que la habitación tenía los muros y techos recubiertos con madera, que brillaba; los muebles eran antiguos.

Dio un paso hacia adelante y de inmediato las puertas dobles se cerraron tras ella y sus ojos se agrandaron al fijarse en la alta figura que la observaba desde una de las grandes ventanas con remate en forma de arco. Estaba fumando un delgado habano y los movimientos de sus manos eran deliberados. Ella tuvo la impresión de un rostro delgado, con pómulos salientes, mirada fría, cejas oscuras y nariz aguileña que iba de acuerdo con la expresión dominante de su boca. El hombre permaneció inmóvil y en silencio contra la ventana, envuelto en el humo de su habano. Un rayo de luz parecía jugar con su espeso cabello negro, salpicado de hilos plateados.

Debía ser un hombre importante, vestía con elegancia. Victoria se sintió desesperada al comprender lo mal vestida que estaba.

El señor la observó detenidamente. A ella le faltó valor para hacer lo que deseaba: abrir la puerta y huir de aquella mirada penetrante.

—¿Usted es la chica que Emilio encontró en el mar?

—Sí.

Se sintió presa del pánico y sabía, aun antes de que hubiera abierto la boca, que su voz debía ser profunda y cautivadora, pero no pudo adivinar que hablaría inglés a la perfección, con el encanto de su acento español. Era la voz de un hechicero, que la dominaba con la mirada.

—¿Cómo se llama usted?

—Mi... mi nombre es Victoria Wilton, señor.

—Siéntese, por favor—señaló una silla con respaldo de terciopelo—. Hablaremos.

Victoria se sentía indefensa y se alegró de poder sentarse antes que se le doblaran las piernas... Estaba temblando. Nunca se había sentido así... ¡ése era, sin duda, temor a primera vista!

Se movió de la ventana y ella notó que caminaba con ayuda de un bastón negro y que su pierna izquierda parecía muy rígida. Cuando llegó hasta la chimenea, sobre la cual se encontraba también el escudo de armas de la familia, le hizo una pequeña reverencia.

—Yo soy don Juan de Conques y Aranda, marqués de León.

Aquel nombre impresionante hizo a Victoria sentirse débil. Así que él era el león de la isla... un señor feudal que gobernaba desde su castillo y cuya palabra, con toda seguridad, debía ser la ley.

—Tenemos un dicho aquí, señorita Wilton, que dice que un español puede herirle, mas no matarle. ¡Deje de sentirse tan nerviosa, no me tenga miedo!

Eso sólo provocó que se pusiera más tensa, porque ahora él estaba cerca de ella y su mirada estaba fija en su rostro, con aquella boca sensitiva que no había tocado ningún hombre. Observó los altos pómulos, la barbilla puntiaguda, el pequeño lunar que había en una de las sienes de la joven.

"¡Las aguas tranquilas son peligrosas!" era uno de los dichos favoritos de Ida Sandell.

Hizo que Victoria se recogiera el cabello en un moño que la hacía verse poco atractiva y que usara los anteojos que la joven tenía para ver los objetos lejanos.

Pero no encontró dificultad alguna en ver a don Juan.

—¿No le gusta mi casa, señorita? Muchas personas la consideran hermosa, con su torre sobre el mar, sus huertos de almendros y sus patios llenos de fuentes.

—Su casa es un castillo, señor.

—Mi casa es un castillo —repitió él con sarcasmo—. ¿Nunca había estado dentro de un castillo?

—No, señor —ella levantó la barbilla con altivez—. ¿Qué iba a hacer una doncella acompañante en un castillo?

—Es cierto —acarició las rosas que había en un florero dorado sobre la repisa de mármol de la chimenea—. ¿Cuántos años tiene, señorita Wilton?

Ella se quedó estupefacta, pues aquella era una pregunta que un inglés no se habría atrevido a hacer en forma tan directa. El frunció el ceño y ella comprendió que Cuando el marqués de León le hacía a uno una pregunta, sin importar lo personal que fuera, se le contestaba sin titubear.

—Tengo diecinueve años, señor.

—Yo pensé que era más joven.

Con la mirada recorrió por breves momentos la joven figura. Él se retiró de la chimenea y se acercó a una mesita donde se hallaba una fuente con uvas. La levantó acercándosela a Victoria.

—Por el momento, al menos, parece usted demasiado joven para una copa de vino —esbozó una sonrisa—. Vamos, pruébelas. Son de los viñedos del castillo.

Las uvas estaban deliciosas, pero Victoria se sentía incómoda ante aquellos ojos oscuros que no dejaban de mirarla, mientras ella comía tres o cuatro uvas.

—¿Le dio de desayunar Emilio? —preguntó él y se quedó de pie frente a un cuadro, de la Virgen con el Niño Dios, hecho en mosaicos. Parecía apoyarse con fuerza en su bastón. A Victoria le pareció que le dolía la pierna, por su expresión.

—Sí, señor, su esposa me preparó el desayuno, gracias. Yo... hubiera muerto si no hubiese sido por Emilio.

—Me imagino —la observó a través del humo de su habano—. El suceso es casi increíble, ¿verdad? Debe haber sido una pesadilla para usted. No piense más en ella. Ahora está a salvo...

—Toda esa gente... gritando mientras el barco comenzaba a hundirse... —Supongo que muchos de los pasajeros han sido rescatados, como usted. —Yo viajaba con mi patrona, una señora Sandell. Me gustaría saber... —¿Si ella está a salvo también?

—Sí.

—Yo veré que se hagan investigaciones al respecto —sus ojos se empequeñecieron y se clavaron en Victoria—. ¿Quisiera usted volver con ella, si la señora se ha salvado?

—¡No! —la palabra escapó de los labios de Victoria antes que ella pudiera detenerla—. Pero supongo que tendré que hacerlo... no tengo nada, ni ropa, ni dinero.

—¿Preferiría quedarse aquí?

Por un momento Victoria pensó que no lo había oído bien. Pero luego comprendió que lo había escuchado bien. Lo miró con fijeza, sin saber cómo interpretar su invitación. Él era un marqués, y ella, una simple sirvienta... ¿estaba, tal vez, ofreciéndole trabajo como doncella, del castillo?

—¿Usted... desea emplearme, señor? —preguntó con voz débil.

—Mis sirvientes son todos hombres, exceptuando mi ama de llaves —de nuevo esbozó una sonrisa—. No, señorita, la estoy invitando a quedarse aquí por algún tiempo.

—Pero...

—Pero, ¿qué? —enarcó una ceja muy negra—. Usted no parece muy ansiosa de volver a su antiguo empleo. ¿No preferiría quedarse aquí, en el castillo?

—¿En... qué condición? —se sentía torturada, pero tenía que preguntar.

—Como invitada mía, señorita Wilton —sus ojos estaban llenos de burla—. ¿Se imaginó que había despertado mis pasiones? Ella se ruborizó.

—Le aseguro que no ejerzo mi dorita de signar sobre toda mujer que pone el pie en la isla —comentó con sarcasmo—. Para mí usted no es más que una chiquilla en apuros que ha caído en mis manos. ¡Se quedará aquí! ¡Ya lo he decidido!

Victoria se quedó sentada, sin habla, sosteniendo la fuente con uvas, como si fuera una ofrenda. ¿Y qué decir de la familia del marqués? Sin duda alguna resentiría que les impusiera como invitada a una desconocida.

—¿Cuál es ahora su objeción? —preguntó él, mirándola con fijeza. —¿Qué dirá su familia? —inquirió ella, nerviosa.

—No tengo familia —de pronto su rostro se volvió duro, como si ella tocara una herida que mantuviera oculta—. Soy soltero y no tengo hijos, señorita. Sólo hay gatos en el castillo y un mastín alsaciano; y como puede ver —señaló con el bastón su pierna izquierda—, como Lucifer, cojea.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Victoria. Lucifer, el ángel caído, había sido lanzado del paraíso por tener demasiado orgullo. ¡Sí, ella había pensado desde el momento en que lo vio, que había algo satánico en este hombre!

—¿Quiere decirme que desea hacerse responsable de mí? —preguntó ella, nerviosa.

—Será una cosa nueva para mí —hizo sonar una campanita de plata—. Me doy cuenta de que a los ingleses no les gusta sentirse obligados con nadie, pero la Isla del León está muy lejos del continente y usted tendrá que aceptar mi hospitalidad.

—Creo que... es bondadoso de su parte ofrecérmela, señor.

—¿Bondadoso? —hizo un gesto de desprecio con la boca—. Soy español y un hombre práctico. ¡Mi casa es la suya! Haré los arreglos necesarios con la comisaría de tierra firme —dijo. Se volvió al oír que las puertas se abrían. Entró una mujer. Tenía un rostro severo y estaba vestida de negro. El marqués le habló rápidamente en español. Victoria se dio cuenta de que la mujer la miraba con fijeza y sin mucha cordialidad.

—Sí, don Juan —la mujer hizo una reverencia y salió de la habitación.

—He dado instrucciones a mi ama de llaves para que prepare una habitación para usted.

Ella se llama Alma y encontrará usted que es muy servicial.

—Gracias —murmuró ella, pero esta vez no añadió que era bondadoso. Tenía la impresión de que no había sido impulsado por la bondad al ayudar a una desconocida como ella. Sentía curiosidad y la invitaba a quedarse para poder estudiar su reacción ante el castillo. Ella hubiera querido tener valor suficiente para oponerse a él, pero lo sucedido la noche anterior comenzaba a reflejarse en cansancio.

—Desde su dormitorio tendrá vista al mar —dijo y agregó en español—: El mar es lindo.

Ella se estremeció al oírlo. No podía olvidar la impresión de flotar en el mar en la oscuridad.

—¿Comprende nuestro idioma? —preguntó don Juan. Tenía los ojos fijos en ella y comprendía que estaba leyendo sus pensamientos.

—Una que otra frase —respondió la joven.

—Me atrevo a decir que antes que usted déjela Isla del León entenderá mucho más. Y yo, ¿quién sabe? Tal vez hasta disfrute de ser su tutor.

¡Un tutor diabólico! El pensamiento la impulsó a ponerse de pie. Con la fuente de uvas todavía en las manos, se vio en un espejo de marco dorado que había en la pared vestida en aquella forma desastrosa. De pronto comenzó a reír, histérica, aunque las lágrimas empezaban a correr por su rostro. A través de ellas vio que el marqués se le acercaba y entonces lanzó un grito cuando él le dio una bofetada.

—¡Oh! —se estremeció a la vez que sentía ardor en la mejilla. Se quedó de pie llorosa, y detestó al marqués de León por haberle hecho eso.

—No tendremos más accesos de histeria —dijo él con voz tranquila—. Aprenderá, desde este momento, a tener dignidad, ¿comprende?

—¿Por qué? —las lágrimas aparecieron de nuevo en sus grandes ojos—. Ya le he dicho... no soy más que la doncella de una mujer egoísta y mimada.

—Usted era doncella —le tomó la barbilla y levantó su rostro para poder estudiarlo, sin misericordia—. Victoria, tiene usted un nombre poco usual. Va a vivir de modo que resulte

merecedora de él.

Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó para que se limpiara las lágrimas.

—Va a olvidarse del barco que se hundía, ¿comprendido? Irá a descansar y mañana se sentirá mejor.

Se limpió los ojos y se sintió desventurada. Qué agradable sería en una de esas crisis contar con unos brazos que la consolaran. Hacía ya mucho tiempo que no sabía lo que era ser amada.

En silencio devolvió el pañuelo, que él introdujo en un bolsillo de su chaqueta de terciopelo negro. En la mano izquierda tenía puesto un anillo de oro, con un rubí. El rojo brilló en contraste con el negro. Colores satánicos, muy adecuados para un hombre como don Juan de Conques y Aranda, marqués de León.

Victoria siguió al ama de llaves por una escalera circular, hasta su habitación.

Comprendió, por las paredes y ventanas curvas que había sido instalada en una de las torres del castillo. La mujer abrió una puerta y apareció un cuarto de azulejos verdes con accesorios dorados.

—Es el cuarto de baño —explicó el ama de llaves en su voz severa y mostró a Victoria qué llave era la del agua caliente y cuál de la fría. Abrió un armario lleno de toallas. En un cajón había jabones y esponjas. Victoria comprendió que tendría completa intimidad en esta parte del castillo.

Ella dirigió una sonrisa al ama de llaves, pero las facciones de la mujer no correspondieron a ella. En cambio, dirigió una mirada llena de desprecio al atuendo de Victoria y ésta recordó lo criticones que eran los sirvientes en la casa solariega de los Sandell.

—Creo que... me daré un baño —dijo. La mujer asintió con la cabeza.

—La señorita encontrará una bata y un camisón en la cama. El señor marqués dio órdenes de que se compre ropa para usted en el pueblo.

—¿Hay una población en la isla? —exclamó Victoria.

—Por supuesto —Alma enarcó las cejas—. El castillo se ve aislado por el mar, pero a

unos nueve kilómetros de aquí hay tiendas, un hotel y un teatro. Hay casas muy grandes en Puerto de León. Los amigos de don Juan viven allí.

¡Ah, qué alivio resultaba saber que no estaba del todo aislada de la civilización! —  
¿Quiere la señorita algo de comer o beber?

—¿Sería... sería posible que me sirvieran una taza de té?

—Si la señorita lo desea —de nuevo Victoria era tratada con esa actitud despreciativa—. No somos salvajes aquí. Por muchos años un De León ha estado a cargo de los asuntos de la isla, y hombres como el señor marqués son muy progresistas.

—Me parece que a él le gusta hacer... las cosas a su manera.

—Un español es el amo supremo de su propia casa y don Juan lo es todavía más que la mayoría. El título y las hazañas de su familia figuran en los libros de historia de España, señorita.

Victoria no dudaba de esto ni por un momento. La historia feudal de su familia parecía escrita en el rostro del hombre.

—La isla debe ser muy hermosa —dijo en voz alta, tratando de no pensar más en su anfitrión.

—La señorita puede ver por sí misma... venga.

El ama de llaves la llevó hacia una ventana, que abrió. Victoria escuchó inmediatamente el sonido del mar.

—Asómese —murmuró Alma—. Mire.

Victoria hizo lo que le decía y vio abajo, el mar azul que acariciaba las piedras. El cabello de la joven fue sacudido por la brisa que soplaba en torno al torreón en el que estaba situada su habitación. Se sentía como la heroína del cuento, Rapunzel, a quien tenía cautiva el hechicero que era amo del castillo.

—El mar murmura —la voz del ama de llave hablaba muy cerca de la oreja de Victoria—. De noche lo escuchará usted y le parecerá que es un ser humano. ¿Sabe usted, señorita? Hace mucho tiempo una recién casada, esposa de uno de los León, se mató en esas piedras.

Victoria contuvo el aliento y se retiró de la ventana. Se encontró con los ojos oscuros de la

mujer y adivinó que su intención era asustarla.

—Era joven, como usted, también extranjera y le gustaba caminar por la orilla de los acantilados del castillo, para pasear un gran mastín, como el que la familia siempre ha tenido aquí. El animal la haló con fuerza, ella no soltó la correa y ambos se despeñaron.

Con estas palabras, el ama de llaves caminó hacia la puerta y la abrió.

—Cuando la señorita se haya bañado, le traeré una jarra de té. La puerta se cerró tras la figura vestida de negro e Victoria se estremeció de frío. Cerró la ventana y por primera vez observó detenidamente la habitación que iba a ser suya.

Era muy hermosa y femenina. La enorme cama estaba cubierta por un edredón de encaje. Las sábanas, de lino, tenían el monograma del marqués y había una lámpara de plata, sobre la mesita de noche, tallada en madera como el resto de los muebles. Había pequeñas sillas tapizadas en seda y un diván para descansar. La espesa alfombra tenía el color del mar, y se extendía de pared a pared.

Victoria no pudo dejar de compararla con su habitación en la casa de los Sandell, amueblada con sobrantes de otros dormitorios.

Escuchó, como en un sueño, el tañido de las campanas de una iglesia cercana. "Hay una encrucijada en tu vida", le había dicho la vieja gitana, en la feria de Combe St. Blaize, a la que fue una semana antes de iniciar el crucero con Ida Sandell, que concluyera en forma tan desastrosa. En el fondo de su corazón, esperaba que la gitana le dijera que iba a conocer a su amado durante el viaje que estaba a punto de iniciar... un hombre alto y moreno...

Victoria contuvo el aliento al pensar en el hombre alto y moreno que le había ofrecido su casa por algún tiempo. No era el joven encantador de sus sueños... con el rostro frío, la mirada penetrante y su pierna rígida... la asustaba.

Se había burlado de ella por preguntar por qué la invitaba a quedarse ahí... pero, ¿qué tipo de sentimientos había despertado en este hombre que vivía solo en un castillo junto al mar?

## Capítulo 2

Victoria despertó por la luz del sol, que penetraba a través de las ventanas y no pudo resistir la tentación de saltar de la cama para observar el lugar donde se encontraba. El camisón le quedaba grande. Se asomó por una ventana, asombrada.

Vio el mar y las montañas distantes, que pertenecían a la España de tierra firme. Una isla era como un pequeño mundo y ahora que un sueño prolongado la había hecho descansar y había borrado parte de la pesadilla del naufragio, sentía deseos intensos de explorar sus nuevos dominios.

Miró a su alrededor, al recordar lo que había dicho el ama de llaves de que iban a traerle ropa del pueblo cercano. El suéter y los pantalones de mezclilla del día anterior habían desaparecido. Obedeciendo a un repentino impulso, Victoria corrió hacia el amplio guardarropa y lo abrió. Se veía oscuro, pero en su interior había colgados unos cuantos vestidos que la joven examinó con ansiedad, y también, una falda color verde mar y una blusa con encajes. En una caja había ropa interior. Victoria no tardó en bañarse y ponerse la falda y la blusa; después iba a recogerse el cabello en su habitual moño, pero recordó que no estaba en casa de los Sandell.

Se hizo entonces una trenza que dejó caer sobre su hombro izquierdo y cuando se miró en el espejo creyó ver a una muchacha desconocida.

Sin los anteojos, sus ojos se veían grandes e inquisitivos. El conjunto de falda y blusa resultaba muy alegre.

Se retiró del espejo y decidió ir a desayunar.

Bajó por la escalera curva que descendía de la torre en la que estaba su habitación, hasta llegar a un corredor que conducía al vestíbulo. De éste salió a un patio, rodeado de arcos. Se quedó un momento disfrutando el calor en lo agradable del sol.

Ahí, bajo un árbol cubierto de capullos, había una mesa de mimbre y ante ella se encontraba sentado el marqués, pelando una mandarina. Victoria iba a huir, pero él levantó la mirada y la vio.

—Muy buenos días, señorita Wilton —dijo—. Por favor, siéntese conmigo.

Ella tragó saliva, sintiéndose nerviosa, cuando el marqués se puso de pie, esperando que ella ocupara la silla vacía. Se sentó de nuevo y ella notó cómo estiraba la pierna izquierda, como si no pudiera doblar la rodilla.

—¿Durmió bien? —preguntó él, al mismo tiempo que hacía sonar una campanita de plata. Después continuó pelando su mandarina, cuyo aroma se mezcló con el de las flores que cubrían los muros del patio.

—Sí, gracias —murmuró Victoria—. ¿Usted... no ha tenido noticias sobre la gente del barco, señor?

—Emilio cruzó en su lancha hacia tierra firme, para hacer investigaciones al respecto y, de paso, avisar a las autoridades que usted está aquí conmigo.

Resultaba extraño para ella ser tratada como una invitada, siendo que estaba tan acostumbrada a servir a los demás. Pero cuando llegó el sirviente, don Juan la impulsó a que ordenara su desayuno, haciéndole sugerencias pertinentes al respecto.

—Yo he desayunado ya —dijo don Juan cuando el sirviente desapareció en busca de la comida ordenada. Con la mirada recorrió la figura de la joven—. Veo que mis deseos en cuanto a ropa han sido cumplidos.

—Le agradezco mucho los vestidos, don Juan. Yo... yo... no sé cómo se los voy a pagar.

—Estoy seguro de que encontraremos alguna forma—dijo él en forma enigmática—. La vida ha cambiado para usted en forma repentina, señorita Wilton. ¿No le emociona pensar que está al borde mismo de nuevos descubrimientos?

—Por el momento, me siento desconcertada —miró a su alrededor.

—Usted debe aprender a no pensar en el pasado —dijo don Juan con voz severa—. Créame, señorita, la memoria puede ser tan hábil como el pincel de un buen pintor, pero usted es lo bastante joven para borrar los colores oscuros y sustituirlos por otros más claros.

—Todo es muy reciente como para olvidarlo —tocó un pétalo que había caído sobre la mesa—. Pero creo que me sentiré mejor cuando sepa que la señora Sandell está bien.

—Sin embargo, usted no era feliz con esa mujer que la tenía empleada, ¿verdad?

Victoria movió la cabeza de un lado para otro.

—Era una verdadera dictadora conmigo. Pero... de cualquier modo, morir ahogado... debe ser horrible.

—Nosotros los españoles pensamos que todo hombre tiene un destino que debe cumplir. Ah, aquí viene Luis con su desayuno.

Don Juan se puso de pie y tomó el bastón.

—Tengo asuntos de importancia que atender, así que la dejaré para que se divierta sola. Explore, haga amistad con los animales de la casa y si quiere un libro para leer, pida a mi ama de llaves que le indique el camino a la biblioteca, que está situada en la torre que da al mar. Recuerde, no debe pintar su mente con colores oscuros. Sea joven, libre de preocupaciones.

Le hizo una breve reverencia y se alejó cojeando. Victoria se preguntó qué podía haber lastimado a ese hombre de modo tal que había olvidado como sonreír.

Luis colocó los platos frente a ella.

—Gracias —dijo Victoria, sonriéndole al sirviente. Pero Luis al igual que Alma, se mostraba reservado. Se daba cuenta, en apariencia, de que ella no estaba acostumbrada a ser tratada como una dama. El hombre recogió los pétalos que habían caído sobre la mesa y se llevó las cascaras de la mandarina que pelara el marqués. Era indudable que la servidumbre de aquel hombre la consideraba una intrusa. Se percataba de que le faltaba la confianza de quienes nacieron para dar órdenes y recibir servicio. Sabían muy bien que era una criada, como ellos.

Victoria estaba desayunando, cuando una enorme cabeza se asomó entre una cercana

cortina de flores. El animal la miró; entonces, haciendo sonar el medallón que colgaba de su cuello, se acercó a investigar a la desconocida. Ella no sintió miedo, porque había muchos perros en la casa de los Sandell.

—Hola —le dijo Victoria—, espero que seas más amigable que los demás.

El mastín alsaciano se sentó sobre las patas traseras y olfateó las zapatillas que llevaba puestas Victoria. El perro ladeó la cabeza, mirándola con visible curiosidad.

—¿Cómo te llamas, ¿eh? —la joven se inclinó hacia él y miró su medallón. —Nerón, ¿eh? ¿Quieres que demos un paseo juntos?

El perro pareció quedarse un momento pensativo, pero después se lanzó en forma brusca a buscar entre los platos.

Una vez que Victoria satisfizo su gula con trozos de bizcocho con miel, Nerón pareció bien dispuesto a convertirse en su guía por el castillo. Descendieron juntos por la escalinata, adornada con estatuas.

Victoria siguió al perro por un sendero bordeado de árboles pequeños hasta una casa con cúpula de cristal, que la joven comprendió era el invernadero. La joven entró encontrando una gran variedad de palmas y helechos, con muebles de mimbre para descansar y un estanque lleno de peces de colores. El aroma de las flores era casi abrumador. El sol se filtraba por los cristales verdes del techo.

Nerón asomó la nariz en el estanque y después se tendió al lado de éste. Victoria miró a su alrededor con deleite. Acarició los capullos blancos y aterciopelados de una planta tropical para ella desconocida y abrió los picos de las bellas flores llamadas "aves del paraíso".

¿Iría don Juan allí, a fumarse un habano en la noche, con el perro a sus pies?

Victoria se sentó en una silla y Nerón se volvió para mirarla.

—Eres un corderito con piel de lobo, ¿verdad, Nerón?—dijo Victoria acariciándole la cabeza.

¿Cuánto tiempo esperaría don Juan que se quedara ella en el castillo? ¿Qué sucedería si Ida Sandell estaba a salvo y reclamaba a su doncella?

Victoria aspiró los exóticos aromas de las flores que había a su alrededor y sintió la paz profunda de no tener que estar al servicio constante de alguien tan exigente como la señora Sandell. Podía estar despreocupada, había dicho el marqués, pero a ella le resultaba imposible dejar de preguntarse qué habría tras la invitación de él. El marqués era un hombre demasiado frío y práctico, para mostrarse sentimental con una pobre chica inglesa.

Victoria se mordió el labio; como si sintiera su inquietud, el mastín se acercó a ella y apoyó la cabeza en su regazo.

—Nerón... —murmuró, acariciándole la cabeza—, si sólo pudieras hablar, me dirías qué hay tras la máscara de tu amo. Me asusta un poco. No se parece a nadie que yo haya conocido antes. A los Sandell les gustaba sentirse aristócratas, pero el marqués es un noble de verdad. Y no me imagino que pueda querer con una criada, como yo.

La mañana pasó y volvió a la casa para almorzar sola en el patio. Supo, por Alma, que su anfitrión estaría ausente el resto del día.

—Yo le aconsejaría a la señorita que durmiera la siesta. De otra manera, el día se le va a hacer muy largo. Don Juan sin duda cenará con su amigo, el señor Fonseca y la hija de él, doña Raquel, en la residencia que tienen en el pueblo. Entonces irán al teatro. Será ya tarde cuando él regrese.

—Doña Raquel... muy bello nombre —murmuró Victoria.

—Puedo asegurarle, señorita —dijo el ama de llaves recorriendo la figura aniñada de Victoria—, que doña Raquel es una auténtica belleza española. Cuando don Juan se case, no podría escoger una pareja más adecuada que ella. Un español noble debe casarse con una muchacha de buena cuna. Él tiene la lección del desastroso matrimonio de su padre como para casarse con una persona de menor clase.

Victoria contuvo la respiración. Hubiera querido hacer preguntas, pero Alma se marchó y dejó a la joven meditando en sus misteriosas palabras, casi malignas.

Muy tarde esa noche, cuando Victoria estaba acostada escuchó el claxon de la limousine del marqués y pudo imaginar a éste, sonriente, pensando en la bella doña Raquel.

Victoria esperaba que su estancia durara lo suficiente para descubrir cómo era él en verdad.

Pasaron varios días antes que volviera a verlo. El castillo era un lugar enorme; durante el día, exploraba los terrenos o recorría los amplios salones vacíos. Al llegar la noche don Juan se iba en su automóvil a cenar fuera con los amigos o cenaba solo, sin invitar a su joven huésped a que se reuniera con él. Victoria tenía al mástín para hacerle compañía y no le importaba que su anfitrión no le hiciera ningún caso. El no tener que obedecer las órdenes de la señora Sandell era para ella más que descanso.

Entonces supo por el ama de llaves que Emilio había vuelto de tierra firme y todo ese día estuvo a la expectativa, y no le sorprendió que el marqués le enviara un mensaje diciendo que deseaba que cenara con él... ¡a las nueve en punto!

No tenía traje de noche, así que tuvo que ponerse uno de los que encontró en el guardarropa, de seda estampada cuyos colores contrastaban con el tono rojizo de su cabello.

El reloj que había en el vestíbulo estaba dando las nueve cuando ella tocó con timidez la puerta de la sala privada del marqués. Se armó de valor y entró en la habitación. Él se encontraba frente a un gabinete lleno de hermosas curiosidades.

Vestía una chaqueta; formal de terciopelo negro, y pantalones impecables. Se veía tan distinguido, aun apoyado en su bastón, que Victoria se sintió más tímida.

—Buenas noches, señorita Wilton —dijo con expresión muy formal y la recorrió con la mirada sin que cambiara la expresión de sus ojos—. Vamos a cenar. El comedor está junto a esta habitación.

Con la ayuda de su bastón caminó hacia unas puertas dobles y las abrió. Victoria lo precedió en la entrada al comedor. La larga mesa estaba puesta con candelabros y objetos de cristal. Las sillas, una en cada extremo de la mesa, tenían una corona dorada como remate del alto respaldo. El sirviente retiró una para que Victoria se acomodara y ella así lo hizo. La luz de las velas se reflejaba en sus ojos asustados y se veía tal como se sentía: insegura y perdida.

—Debemos encargarle ropa adecuada a usted —pareció querer esbozar una sonrisa—. Y

procuraremos que ningún vestido sea de color escarlata.

—Pero... —lanzó un profundo suspiro— no me voy a quedar mucho tiempo.

—¿Cree usted que no? —inclinó la cabeza mientras Luis llenaba su copa de vino—. Tengo noticias que tal vez prolonguen su estancia aquí, como mi invitada.

—¿Noticias sobre la señora Sandell? —preguntó ella ansiosa—. ¿Buenas noticias, señor?

Los dedos delgados del marqués acariciaron la base de la copa, mientras Luis le servía el vino a ella.

—De la comisaría que hay en tierra firme he recibido noticias de que una tal señora Sandell formaba parte de un grupo de pasajeros que fue recogido por un barco que iba a Tánger. De ahí, tengo entendido, voló a Inglaterra. Supongo que se imaginó que su doncella había perecido en el naufragio. Podía haber descubierto con facilidad su error, si se hubiera puesto en contacto con las autoridades españolas, pero parece que no se molestó en hacerlo. Como sobrevivió, su única preocupación fue ella misma.

Cada palabra había sido dicha por el marqués con deliberación, como para hacer resaltar con claridad, que Victoria había sido abandonada a su suerte y que ahora estaba del todo en su poder.

—¡Salud! —exclamó él, levantando su copa—. Ha dejado usted de ser la doncella de una mujer egoísta.

El vino era frío y delicioso. Aunque estaba separada de don Juan, por una mesa llena de candelabros, era como si él hubiera extendido las manos y hubiese tomado posesión de ella.

Después de la cena no volvieron al salón contiguo.

—Hay una pequeña sala que no se usa mucho en estos días, pero me gustaría que la viera —dijo don Juan. Sacó un llavero de su bolsillo y se inclinó para abrir la puerta—. Lo llamamos el cuarto dorado —explicó. Al encender la luz fue como si se hubiera abierto un joyero y aparecieran ante ellos sus tesoros—. Entre por favor.

Ella le obedeció. Asombrada, contempló los cortinajes color oro viejo. Muebles

graciosos, fuentes doradas que debieron contener rosas, frescos magníficos y paneles de finas maderas con fillos dorados.

Era una habitación hermosa. Olvidándose del marqués, que parecía poner una nota sombría, Victoria deambuló por ella, tocando objetos delicados como un cofrecito morisco y una mantilla bordada que se hallaba sobre un piano. Una rosa escarlata se había secado sobre la tapa del mismo. Era indudable que esa habitación había sido usada por una mujer. ¿Quién había tocado el piano? ¿Quién había amado las rosas y la música?

En el momento en que se volvió para mirar a don Juan, su mirada fue atraída por un retrato y un par de castañuelas, colgadas junto a él. Victoria observó el cabello negro, el vestido rojo rubí, la piel suave y cremosa del rostro, los apasionados ojos negros, de la muchacha que había sido pintada con la actitud de una bailarina de flamenco.

—Era La Rosarito —dijo don Juan, que se había acercado a Victoria—. La bailarina gitana con la que mi padre se casó.

Victoria se volvió, para mirarlo sorprendida.

—Sí, señorita, mi madre era una gitana y la familia de mi padre no lo perdonó nunca por casarse con ella. El la trajo a vivir aquí y mandó hacer para ella este cuarto al cual escapaba mientras esperaba a su hijo, para tocar la guitarra y las castañuelas, porque amaba con intensidad la música flamenca.

Don Juan tenía una expresión rara al mirar el retrato de su madre.

De pronto apartó la nostalgia que parecía haberlo invadido y se volvió hacia Victoria.

—¿Toca usted? —señaló el piano.

—Las obligaciones de una doncella no incluyen tales refinamientos, señor.

Hubiera querido preguntar más al marqués sobre su madre, pero, por el momento no se atrevió a hacerlo.

—¿Cuántos años trabajó usted para esa mujer? —preguntó él.

—Desde que yo tenía quince años, señor, después que un caballo mató a mi padre de una patada.

—¡Ah! ¿Andaba cabalgando? —la miró con interés.

—Iban a realizar una cacería los Sandell y sus invitados y él estaba ayudando en las caballerizas —entrelazó las manos, recordando el dolor que le produjera la muerte de su padre—. Estaba ajustando un estribo cuando sucedió eso. Él amaba tanto a los animales... ¡y, sin embargo, mire usted cómo tuvo que morir!

—¿Y su madre?

—No la recuerdo siquiera, señor. Sólo tenía a mi padre. Después, me llevaron a trabajar a la casa solariega.

—¿Y no se reveló en secreto? —a Victoria le pareció que la hermosa boca del hombre se mostró gentil por un leve momento.

—Hubo momentos en que pensé huir —confesó la joven. —Ah, entonces, ¿por qué se quedó?

—Porque las ciudades son muy grandes y ruidosas. Cuando podía escapar una hora de la casa, tenía los bosques y las praderas de Somerset para explorar. Estaba cerca de los lugares que él amó siempre. Estaban los pájaros y los gitanos que acampaban a veces en los claros del bosque.

—¿Le gustaban los gitanos?

—Era gente llena de colorido, pero mi padre había sido guarda-bosques, así que...

Don Juan se echó a reír. Era la primera vez que lo veía hacerlo y los ojos de ella reflejaron su alegría por ello.

—Sí —dijo él—, los gitanos son una raza indomable y les gustan los faisanes tanto como a los ricos.

Luis entró con el servicio del café y pareció un poco asombrado cuando el marqués le ordenó que lo colocara junto a Victoria para que ella lo sirviera. Como ella había sido sirvienta, sabía muy bien cómo los criados chismorreaban en la cocina. La hizo sentir turbada que pudieran interpretar mal las atenciones de don Juan.

La puerta se cerró tras Luis.

—Sirva el café, por favor —dijo el marqués mientras se instalaba en una silla y estiraba su pierna enferma. Victoria se concentró en servir la bebida sin derramarla. La mano le temblaba un poco al entregar a don Juan su taza.

—¿Se siente nerviosa? —le preguntó él.

—Es natural, ¿no, señor? No estoy acostumbrada a... todo esto.

—Pero estoy seguro de que, con la práctica, lo hará a la perfección. Enarcó una ceja negra, mientras bebía el café.

—Habrá otras ocasiones, señorita Wilton, en que estafemos solos, como ahora, y espero que en el curso del tiempo deje de verme como al ogro del castillo.

—¡No lo veo así! —protestó ella.

—¡Oh, sí! —la sonrisa del marqués parecía la encarnación misma de la burla—. Usted tiene unos ojos grandes y como dicen, los ojos son el espejo del alma y en los suyos se refleja el temor.

Sus miradas se cruzaron y ella sintió que le había entregado una parte secreta de su ser. Aquel era un brujo, pensó la joven.

—Beba su café antes que se le enfríe.

Él se puso de pie con ayuda del bastón y se dirigió hacia donde había una mesa con botellas.

—Voy a servirle un poco de coñac añejo. Brindaremos por su supervivencia y por su llegada a la Isla del León.

Le dio una copa a la joven.

—El mundo es pequeño —dijo él, sosteniendo la suya—. No es más grande que un pañuelo, en manos de la casualidad. La casualidad, señorita Wilton, el ama de todos nosotros.

Unos momentos después de beber el coñac, Victoria sintió la influencia tranquilizante que éste ejercía sobre sus nervios. Vio que don Juan estaba contemplando el retrato de su madre, perdido en sus propios pensamientos, así que ella pudo estudiar su perfil. Decidió que la fuerza y la pasión parecían mezclarse en sus facciones. El dolor había dejado líneas alrededor de sus

labios y había plateado su cabello, pero ella supo en esos momentos, por instinto, que era un hombre mucho más joven de lo que parecía.

—¿Ha visto usted bailar flamenco?

—No, señor. He oído que es un baile muy emocionante.

—El baile flamenco es un duelo entre un hombre y una mujer. Voy a hacer arreglos para que lo vea usted en algún momento. Es un tipo de educación que conviene mucho a las jovencitas de su edad.

—¡Tengo diecinueve años, señor!

—Precisamente. Es la edad del descubrimiento. ¿Usted considera que soy arrogante, señorita? ¿Qué trato de mostrarme como si lo supiera todo?

—Creo que usted considera a las personas como piezas de ajedrez, que pueden moverse y manipularse —contestó ella y se dio cuenta de que el coñac le había dado un valor que no creía tener.

—¿Y qué pieza considera usted set?

—Creo que soy... el peón del rey —murmuró ella.

—¿Y qué jugada cree que pienso hacer respecto a usted? —No tengo la menor idea.

Vamos, yo pensaba que usted tenía mucha imaginación.

La recorrió con la mirada; se detuvo en el tono cobrizo de su cabello, en el color castaño dorado de sus ojos. Observó que el vestido que tenía no era de su medida. Podría haber sonreído, pensó ella, pero permaneció inmovible.

—Su imaginación está trabajando en estos momentos —dijo él, mirándola fijamente a los ojos—. No creo que usted sea superficial, señorita Wilton. De otra manera, le habría pedido a Emilio que la llevara a tierra firme.

—Yo... hubiera preferido ir a tierra firme —expresó ella, sintiendo que el corazón le latía con fuerza—. No puedo quedarme aquí por tiempo indefinido. Debo buscar trabajo... no tengo dinero.

—Yo tengo el suficiente —dijo él con lentitud—. Noté durante la cena que come usted

como pajarito y me atrevo a decir que la vida la ha condicionado a aceptar menos de lo que desea secretamente. ¿Cuál es su deseo secreto, señorita? Tal vez esté yo en condiciones de concedérselo.

—Necesito un empleo.

—¿Qué criatura tan poco exigente es usted! —exclamó él, con una sonrisa enigmática—. ¿Qué tipo de empleo? ¿Otra vez doncella de una mujer sin corazón?

—Es todo lo que sé hacer, señor. ¿Conoce usted a alguien...?

—Ah, sí, varias damas ociosas que conozco estarían encantadas de tenerla a su servicio.

—¿Entonces...?

—Pero no la recomendaré con ninguna de ellas.

—¡Oh...!

—¡No se vaya a echar a llorar!

—Nunca... lloro —protestó ella con dignidad—, frente a los demás. —Una característica admirable.

—Lo sería en alguien como usted.

—¿Como yo? —de nuevo su ceja izquierda se arqueó en forma diabólica.

—Un aristócrata español que no tiene necesidad de depender de otros para ganarse la vida.

—En una forma u otra, señorita, todos dependemos de los demás. Usted debe tener una ambición... debe querer ser algo más que una doncella. Vamos, dígame, ¿qué le gustaría hacer con su vida?

Victoria había soñado a veces en convertirse en asistente de algún importante anticuario. Amaba las cosas viejas y hermosas y le hubiera gustado saber interpretar el arte.

—¿Es su ambición tan imposible que no se atreve a mencionarla? —Se reiría usted de mí.

La mirada de Victoria estaba clavada en el suelo, así que la tomó por sorpresa el que él se hubiera inclinado hacia adelante, apoyándose en su bastón, para tomarle la barbilla y obligarla a mirarlo.

—Soy uno de esos hombres que están acostumbrados a que nada se les niegue —dijo, en tono casi burlón—. Vamos, dígame cuál es su deseo y veremos si puedo hacerlo realidad.

—Usted no puede...

—Por lo menos déjeme saber qué es lo que no puedo hacer —mantuvo su rostro prisionero. Ella no pudo escapar, mientras él examinaba con interés su tersa piel de muchacha de campo y su boca gruesa pero sensual. El rostro de la joven no era bonito en el sentido convencional de la palabra, pero con el maquillaje adecuado y la ropa correcta, resultaría una muchacha de un atractivo fuera de lo común.

Victoria no se daba cuenta de nada de ello. Se consideraba tan fea como Ida Sandell había pretendido hacerla ver.

—Dígame —insistió él sin dejar de mirarla.

—Habría sido interesante... ser ayudante de un anticuario —ella se echó a reír con visible nerviosismo—. Pero ese es un deseo absurdo en mí, que sólo sé llevar y traer cosas, o pasear a los perros de la señora.

—Me sorprende —el anillo del marqués presionó su piel, pero ella no dijo nada—. Las jovencitas casi siempre desean carreras muy llamativas, como la de modelo.

—¿Modelo? Señor, no es el tipo de carrera para una muchacha como yo.

—Usted tiene una figura fuera de lo común —volvió su rostro, como si estuviera estudiando un objeto de arte—. ¿Así que le gustaría manejar objetos raros y valiosos, ¿eh? Pero primero tendría que aprender qué es lo que los hace raros.

—Ese es el problema —los ojos de ella adquirieron una expresión muy seria—. No he tenido una educación formal. Salí de la escuela cuando tenía quince años.

—Jovencita —los ojos de él parecían divertidos, aunque con su toque de sarcasmo—, a esa edad yo andaba cabalgando por las llanuras de América del Sur, pastoreando ganado. —¿Pero, usted es el marqués de León! —exclamó ella.

—No era más que un vaquero vulgar cuando tenía quince años —le soltó la cara, dejando en ella una suave tibieza. La mirada del marqués se desvió de ella hacia el retrato de su madre—.

Mi padre murió peleando en la guerra civil, y mi madre huyó de la familia de él, llevándome con ella, en un barco que transportaba otros refugiados y que se dirigía a la Argentina. Ahí trabajó como bailarina de flamenco, mientras yo le ayudaba trabajando en fincas cercanas a Buenos Aires, como vaquero.

Pero yo tenía grandes ambiciones y la suerte quiso que descubriera una mina de plata en los Andes. Nos fuimos a vivir a Lima y ella ya no tuvo que bailar para ganarse la vida.

Murió de nostalgia y de tristeza, señorita. En el curso del tiempo también mi abuelo murió y yo volví a la Isla del León. Nunca he perdonado los desprecios que le hicieron a mi madre. La familia de mi padre me quería, pero no a Rosarito y yo decidí permanecer a su lado y buscar mi propia educación. Los acontecimientos conspiraron para traerme de regreso a la isla, pero guardo un gran afecto para América del Sur...

Sus ojos reflejaban ira al encontrarse con la mirada de Victoria.

—Allí yo era un vaquero como cualquier otro. No fui siempre como me ve usted ahora.

—¿Usted... tuvo un accidente, señor?

—Sí, un accidente —no parecía querer discutir ese aspecto de su vida y por un momento pareció llenarse de amargura por un recuerdo doloroso—. Así que usted quisiera trabajar entre cosas antiguas y hermosas, ¿eh?

—Es bonito soñar —dijo ella con una leve sonrisa.

—No necesita quedarse, en un simple sueño. Usted no es una persona superficial, a pesar de su juventud. Puedo ver que aprecia esta habitación, con sus antigüedades. Desde luego, tiene usted que aprender muchas cosas. Y son también necesarios un par de idiomas. Vive en la isla un amigo mío que sabe mucho sobre la vida de los grandes pintores y escultores. En su juventud fue maestro de idiomas, también. El señor Fonseca... ¡Ah! ¿Ha oído usted hablar de él?

—Sí, señor —Victoria pensó en las palabras del ama de llaves—. He oído hablar de él.

—Bien. La llevaré muy pronto a que lo conozca y discutiremos la posibilidad de que sea usted su alumna varias horas al día... ¿Por qué abre esos ojos asombrados? ¿No era esto lo que quería: recibir educación de un hombre culto?

—Estoy... estoy pensando en el costo, señor.

—Deje de pensar en eso en este instante —sus ojos oscuros retuvieron los de ella. Eran unos ojos brillantes, pero inescrutables—. Llegará el día en que tal vez pueda pagarme todo. Mientras tanto, me divertirá ser tutor de una chica inglesa.

—¿Tutor? —preguntó Victoria.

—¿No quedamos que sería yo responsable de usted mientras permaneciera en ¿la Isla del León? Si el señor Fonseca acepta tomarla como alumna, entonces pasará algún tiempo antes que esté lista para salir de este lugar hacia el mundo del arte y de las antigüedades. Necesita un hogar, así que se quedará aquí. Tengo una parienta en tierra firme, doña Augusta, quien puede venir a actuar como su dueña... ¿será eso suficiente para satisfacer su sentido de la propiedad? —concluyó, con una sonrisa burlona.

Ella se sonrojó y decidió que era desconcertante la forma en que él parecía leerle el pensamiento.

—No sé... cómo agradecerle todo, don Juan.

—Me sentiré recompensado si un día entro en una galería de arte y descubro que Victoria Wilton está a cargo de ella.

Mientras hablaba, la miró detenidamente.

—Mañana pedirá al ama de llaves que le tome medidas. Serán enviadas a la casa de modas de Ignacio, en Madrid, junto con una explicación detallada de su colorido. El mandará media docena de todo lo que necesitará, incluyendo vestidos para el día y para la noche, adecuados para la vida que llevará como mi pupila. Y levantó una mano para contener las palabras que habían subido a los labios de ella—, no volverá a decir una sola palabra acerca de la gratitud. Hago esto para mi propia satisfacción.

Ella, en ese momento, habría tenido suficiente valor para decirle lo agradecida que estaba por la oportunidad que le brindaba, pero él pasó cojeando, frente a ella, en dirección de la puerta.

—Y ahora, váyase a la cama —le ordenó.

—Buenas noches, señor —ella salió al vestíbulo.

—Buenas noches, señorita Wilton —hizo un ademán con la mano que parecía ordenarle que se retirara de su presencia. Sintiendo de nuevo que la invadía un gran frío, Victoria se alejó a toda prisa y oyó cómo el marqués cerraba de nuevo la puerta del cuarto dorado.

La vida había cambiado para ella. Su diabólico tutor iba a concederle su deseo y ella iba a tener una profesión.

No había nadie en el vestíbulo y ella hizo una burlona reverencia a su imagen reflejada en el espejo.

Mientras subía por la escalera hacia la torre donde estaba su habitación, pensó en Ida Sandell, a quien ella no le había importado lo suficiente para preguntar si había sido rescatada. Bien para ella que no lo hubiera hecho, porque en caso contrario, don Juan no habría dicho que sería su pupila de ahí en adelante.

## Capítulo 3

Era imposible dormir hasta tarde en el castillo, porque el sol penetraba en la habitación de la joven, a través de la ventana, desde temprano. Victoria decidió bajar a la playa, posponiendo el desayuno para no encontrarse a solas con don Juan. Después de desayunar él siempre subía a la torre que daba al mar, a trabajar, o asistía a alguna reunión de negocios.

Estaba muy involucrado en todos los asuntos de la isla y era director del consejo de administración de varias compañías que proporcionaban trabajo, educación y atención médica a los habitantes de la isla. Pero Victoria no tenía idea de qué era lo que hacía en su torre sobre el mar, un lugar que la fascinaba, pero que no se atrevía a explorar, aunque él le había dado autorización para usar la biblioteca que había allí.

Hubiera podido preguntar al ama de llaves, pero desde la mañana en que Alma le había tomado las medidas y éstas habían sido enviadas a la famosa casa de modas de Madrid, la mujer no le dirigía la palabra, como si pensara que don Juan se había conseguido una "caza fortunas".

Victoria arrancó una adelfa camino a la playa. Ella se habría sentido feliz con la poca ropa sencilla que tenía, pero don Juan era un hombre exigente y una vez que decidió considerarla como su pupila, no deseaba que sus ojos de crítico fueran ofendidos por mirar a una muchacha mal vestida.

Se colocó la flor en la trenza y se quedó mirando el mar. Se oyó un ladrido cercano y apareció Nerón, el mastín, que la había seguido para jugar con ella. La joven lanzaba un trozo de madera que había encontrado en la playa, hacia las olas; el perro lo recuperaba y se lo llevaba para que ella volviera a arrojarlo. Así fueron avanzando y de pronto Victoria se dio cuenta de que

estaban muy cerca del sendero que conducía a la casita de Emilio. Decidió visitar a Mari Luz y al bebé. Se mostró muy dispuesta a desayunar con ella y a quedarse después cuidando al niño, mientras la muchacha iba en burro a hacer sus compras en la aldea de pescadores que quedaba a kilómetro y medio de distancia.

Como había trabajado un año en la sección de los niños, Victoria tenía habilidad para divertir a los pequeños. Todo marchó muy bien hasta que el niño tomó un juguete y se lo metió en la boca. La joven se apresuró a sacárselo, pero esto enfureció al bebé que se puso a llorar con verdadera desesperación. Tan fuerte era su llanto, que Nerón no tardó en unirse a ellos con sus propios ladridos y Victoria se encontró paseando al niño por la arena, tratando inútilmente de callarlo. En esos momentos apareció alguien en la playa y se dedicó a contemplar la escena.

De pronto, llegó a los oídos de Victoria la música de una guitarra. Al volverse, ya estaba sentada en la arena, vio que un hombre avanzaba hacia donde ella se encontraba. Al acercarse, comenzó a cantar una canción española. Iba vestido con pantalones ajustados, una camisa de seda y un pañuelo rojo anudado al cuello. Era joven, de cabello oscuro. Se recostó contra un árbol y pareció estar dando una serenata a la joven con el niño que lloraba en brazos. Por arte de magia, el bebé dejó de llorar.

El joven siguió cantando hasta que el niño se quedó dormido. Entonces, avanzó para contemplarlo de cerca.

—Mil gracias, señor —dijo Victoria con timidez, en su torpe español.

Él le contestó en el mismo idioma, pero ella no entendió una sola palabra.

—Lo siento —se disculpó ella en inglés. Levantó la mirada hacia el muchacho y se dio cuenta de que era un tipo muy apuesto—. Me temo que no hablo español.

—¡Ah! Su bebé tiene pulmones muy potentes, señora. Será cantante, como yo, ¿eh?

Ella sonrió ante el error de él, que era muy natural.

—El bebé no es mío, señor. Lo estoy cuidando porque su madre ha salido de compras.

—Ya veo. Cuando la vi hace un momento, me dije: Quique, otra vez es tu mala suerte,

llegar demasiado tarde. ¡Qué cabello el suyo... se parece al de la Virgen! ¡Y como la Virgen, es madre también! ¡Pero no! Fue un error afortunado. ¿Usted no es posesión de algún otro hombre, señorita?

—No, no lo soy —respondió ella, casi sin aliento. Colocó al niño sobre su frazada a rayas y cuando levantó de nuevo la mirada, el joven guitarrista le hizo una reverencia y se presentó como Enrique Cortázar, residente de la isla durante las seis semanas en que estaba contratado como cantante en el Club Hidalgo de Puerto de León.

—¿Me permite sentarme junto a usted? —en seguida estaba al lado de la joven, mirándola sonriente—. ¿No puede decirme su nombre, señorita? Tal vez conversemos una hora y nos separemos, pero sí sé su nombre, podría encontrarla de nuevo.

—¿Querría hacerlo? —ella nunca había coqueteado con un hombre, hasta ese momento, y le asombró la facilidad con que lo hacía.

—Con algunas personas una hora es suficiente para aprender de ellas lo que toma toda una vida en el caso de otras —el joven observó su cabello que colgaba en una suave trenza sobre un hombro esbelto—. Debería tener un nombre que no fuera moderno, porque hay algo fuera de lo común en usted. Es diferente de las jóvenes y alegres turistas que he conocido, y con las que he hablado en España.

—Usted habla un inglés excelente, señor.

—¿Es usted inglesa, señorita?

—Por supuesto.

—Hay algo en su voz que es diferente, —sonrió—. Me siento intrigado con usted. Aun su sonrisa es misteriosa. ¿No vendrá de algún lugar encantado que se encuentra en ese bosque de pinos?

El muchacho se había acercado, como si quisiera estudiar de cerca su sonrisa, pero ella no tuvo miedo, no sentía ese deseo de retroceder que producía en ella don Juan.

—Tal vez vengo de un castillo... con mi mastín para que me cuide.

—Sí —miró a Nerón, cuya enorme cabeza estaba casi plegada al hombro de Victoria—.

¡Un animal impresionante! ¿No le da miedo?

—No, en lo más mínimo —acarició al perro con ternura—. Es un verdadero corderito. Usted me parece más peligroso que él...

El muchacho se echó a reír.

—Soy tan inofensivo como su perro. ¿Puedo tener el atrevimiento de esperar que podamos ser... amigos?

—Es siempre agradable tener amigos —confesó Victoria.

—Una muchacha tan atractiva como usted los debe tener por docenas.

—Todo lo contrario. Tengo como únicos amigos a Emilio y su esposa. Ni... siquiera puedo estar segura de que lo sea el marqués de León.

El joven guitarrista enarcó las cejas.

—¿Conoce usted al marqués?

—Bueno, ¿quién puede decir que lo conoce? —Victoria miraba con cierta tristeza el mar azul que rodeaba la Isla del León—. Vivo con él... ¡oh, cielos, qué escandaloso suena eso! Soy su pupila, señor.

—¿Su pupila? ¿Quiere decirme que usted es la chica que fue rescatada del barco de turismo? Vamos, todos en Puerto de León hablan de usted. Sienten curiosidad, pero el marqués no es persona a la que nadie haga preguntas. Así que la llama su... pupila.

—¡Sí! —se puso de pie de un salto, asustando al perro y haciendo que el niño de Mari Luz lanzara un leve gemido—. ¿Qué dicen todos de mí, señor Cortázar, que soy una "caza fortunas"?

—¿Usted? —el cantante se levantó con agilidad y quedó de pie frente a ella—. ¿Cómo podría alguien que la vea pensar tal cosa? Además, el marqués de León no es ningún tonto. Tiene fama de ser generoso, pero ninguna mujer, se dice, ha conquistado nunca su corazón.

Victoria lo miró de frente.

—Emilio, que trabaja para él, me encontró en el mar, me rescató y me trajo a la isla. El marqués dijo que podía quedarme en el castillo hasta que supiéramos si mi patrona se había salvado o no. Se salvó, pero no se ocupó de mí. Me abandonó a mi suerte. No tengo a nadie más

que a don Juan. Es bondadoso conmigo, a su modo.

—¿Usted nunca ha pensado que el marqués tiene un nombre significativo, señorita?

—Usted dijo que ninguna mujer...

—El otro don Juan rompía corazones, mientras el de él permanece intacto. —¿Usted cree que mi corazón está en peligro?

—El marqués es un hombre distinguido.

—Pero yo era una criada hasta hace dos semanas, señor Cortázar. —¿No tendría la bondad de llamarme Quique?

—¿Todavía desea ser amigo mío, señor?

—Más que nunca —él sonrió en su forma peculiar—. Y como no quiere decirme su nombre, señorita misterio, la llamaré Soledad... una condición que, por cierto, espero cambiar muy pronto.

—¡Parece muy seguro de sí!

—¿No desea salir ya del caparazón?

—Me imagino que es un proceso doloroso...

—Le prometo que no lo será, de modo alguno, —él extendió la mano como si fuera a acariciar su trenza, pero se concretó a tomar la flor que pendía del cabello rojizo—. La vida es como la adelfa, una mezcla de dulce y amargo. Nos volveremos a encontrar, Soledad. Hasta la vista.

Se fue como había llegado, deslizándose entre los árboles, en silencio. Pero unos momentos más tarde Victoria oyó el motor de un auto.

Levantó al bebé en brazos, al igual que la frazada en que dormía, y se dirigió hacia la casita. Mari Luz había regresado. Las dos jóvenes tomaron café juntas y cuando Victoria dijo que tenía que irse, la muchacha insistió en regalarle un melón. Era tan hermoso que Victoria no pudo resistir el regalo, así que llegó al castillo con el melón y una sonrisa.

Entró a través de la cancela de un patio y se asombró de encontrar ahí a don Juan... en compañía de una mujer muy bella.

Victoria se quedó de pie junto a la cancela, sosteniendo el melón y con el deseo absurdo de que fuera lo bastante grande como para poder ocultarse detrás de él. Estaba muy consciente de su cabello alborotado por el aire, sus piernas cubiertas de arena, sus mejillas encendidas por el sol, un conjunto que contrastaba con la elegante pareja que conversaba a la sombra de una Jacaranda.

Don Juan levantó la mirada con lentitud y por un momento que a ella se le hizo interminable, sus ojos oscuros parecieron captar a Victoria en todo su juvenil desarreglo. El llevaba puesto un traje blanco.

Con esa cortesía que lo caracterizaba, y apenas una leve insinuación de gracia en los ojos, se puso de pie con la ayuda de su bastón y saludó a Victoria.

—Tengo el gusto de presentarte a la señorita Raquel Fonseca —dijo el marqués, que había comenzado a tutearla después que decidiera convertirse en su tutor—. Le he estado hablando de mi plan de que estudies con su padre.

Victoria, todavía con el melón en el brazo, avanzó como niña obediente y se dio cuenta de cómo era examinada por un par de ojos oscuros.

—¡Qué gusto, señorita Wilton, tener la oportunidad de conocerla! —Doña Raquel tenía la voz coqueta y su acento, cuando hablaba en inglés como lo hacía en aquellos momentos, era encantador. Su risa estaba llena de frescura cuando se volvió a mirar al marqués—. ¡Juan, no me habías dicho que tu pupila era una verdadera hija de la naturaleza! Es realmente conmovedora... con todo y melón. Ahora entiendo por qué decidiste tomarla bajo tu protección.

El inclinó la cabeza varias veces, como si estuviera de acuerdo con todo lo que decía la encantadora mujer. Victoria se enfureció por la nota de burla que había en las palabras de doña Raquel, pero logró controlarse.

—Encantada de conocerla, señorita —contestó Victoria, levantando la barbilla—. Y será un placer para mí estudiar con su señor padre, quien, según me ha explicado el señor marqués, es un hombre muy culto.

—Doña Raquel va almorzar con nosotros —anunció don Juan—. Tienes media hora,

Victoria, para arreglarte.

—¿Quiere que... almuerce con ustedes? —preguntó Victoria, con la esperanza de que la liberara de tal obligación. Sabía que iba a ser una tortura para ella sentarse a almorzar con aquella hermosa muchacha española.

—Ese es mi deseo —confirmó don Juan.

Victoria no pudo evitar ver la sonrisa que curvaba los labios de doña Raquel.

—Tu deseo es orden para tu pupila, ¿eh, Juan? —dijo. Victoria tuvo la impresión de que casi acariciaba el nombre del marqués al pronunciarlo.

—Subiré a arreglarme. Discúlpeme, por favor.

La joven se alejó de ahí a toda prisa, casi corriendo, con las uñas clavadas en el melón, que arrojó sobre la cama en cuanto llegó a su habitación.

Abrió el guardarropa y sacó la falda y la blusa de mangas amplias. Mientras se bañaba y vestía se preguntó cuándo llegaría de Madrid la ropa que había sido encargada para ella. Al principio sintió la inquietud de lo que podría costar y había pensado en rechazarla, pero ahora se alegró de que no lo hubiera hecho. Como pupila de don Juan, tendría que conocer a sus amistades y no quería que se sintiera avergonzado de ella.

Para doña Raquel el almuerzo resultó muy agradable. Era una muchacha conocedora de todos los recursos con los que contaba una mujer para atraer a un hombre. Era coqueta y a Victoria le pareció que su altivo tutor estaba encantado con ella. La escuchaba con atención y hasta se echó a reír cuando doña Raquel describió la fiesta a la que asistiera a bordo del yate de un célebre matador de toros.

—Llevaba gemelos con unos enormes brillantes en ellos, Juan, y me dijo que la próxima vez que yo vaya a Sevilla a verlo torear, tratará de cortarle una oreja al toro, para regalármela.

—¡Qué horrible! —las palabras escaparon de los labios de Victoria, sin que ésta pudiera detenerlas—. Quiero decir... eso de cortar la oreja a un toro.

Doña Raquel le dirigió una mirada llena de frialdad.

—Es irónico que ustedes, los ingleses, nos consideren crueles porque practicamos la fiesta

brava, cuando no vacilan en usar perros para perseguir animales indefensos, como ciervos y zorras.

—Yo detesto también la cacería —dijo Victoria, cuyo rostro había palidecido al evocar el sonido de los cuernos de caza, que le recordaban la muerte de su padre—. Si en mis manos estuviera, habría declarado ilegal la caza en mi país.

—Las corridas son un espectáculo deprimente —don Juan comentó esto con voz tranquila, pero decidida—. Es cruel para los toros y para los caballos de los picadores...

—¿Dices eso cuando fue un caballo el que...? —comenzó a decir doña Raquel.

—No quiero hablar de eso, Raquel —la interrumpió él. Don Juan sonreía, pero su mirada no dejaba de ser misteriosa—. Quisiera que fuéramos una de estas noches a cenar al Club Hidalgo. Creo que a mi pupila le gustaría eso.

Doña Raquel miró a Victoria a través de la mesa. Observó su vestido tipo campesino, su cabello recogido en una trenza, su cuello sin adorno alguno. Ella acarició sus propias perlas, al preguntar:

—¿Estás seguro de que a la señorita Wilton le gustará nuestra música, Juan? Es diferente a la de los conjuntos modernos de su país.

El marqués miró a Victoria.

—¿Te gusta la música moderna, Victoria? —inquirió.

—Nunca tuve tiempo para averiguarlo, señor —contestó ella—. De vez en cuando había bailes en la casa solariega donde yo trabajaba y se contrataba una orquesta para tales ocasiones, pero los amigos de mi patrona no eran exactamente del jet set.

El marqués sonrió.

—Creo que podemos estar tranquilos, Raquel —dijo—, porque parece que mi pupila todavía conserva la inocencia. Estoy seguro de que va a gustarle escuchar a Enrique Cortázar cantar y tocar la guitarra.

Victoria se sorprendió. Así que, acompañada, por don Juan, iba a ver de nuevo al muchacho que le había puesto el nombre de Soledad. ¡La perspectiva era por demás emocionante!

## Capítulo 4

El invernadero era el escondite de Victoria, donde leía o disfrutaba del placer de no hacer nada. Esperaba con ansiedad el momento en que el marqués la llevaría a conocer al señor Fonseca. Anhelaba convertirse en su alumna y aprender todo lo posible sobre arte, literatura y lo que se refiriera a las antigüedades.

Si el romance invadía a veces sus pensamientos, era en una forma imprecisa. Debía ser agradable, pensaba, ser amada con pasión y protegida, pero el hombre con el que ella soñaba, tal vez, nunca llegaría a su vida; por eso le interesaba aprender algo que le proporcionara satisfacciones y le hiciera sentir que tenía un lugar en el mundo por su propio derecho.

A veces daba largas caminatas por la playa o por los acantilados, hasta llegar al pequeño pueblo de pescadores, llamado San Carlos. Ahí pasaba el tiempo viendo a los hombres tender sus redes.

La isla tenía aspecto legendario. En lo alto de un risco se hallaban las ruinas de un viejo monasterio desde el cual, varios siglos antes, los monjes habían defendido a los isleños de los piratas.

Todo ello tenía un gran atractivo para Victoria. Ella nunca había sido una chica de ciudad. Ahora disfrutaba plenamente de correr por la playa, con el cabello flotando al viento, la mirada fija en el castillo, que se elevaba por encima de los acantilados, imponente.

Don Juan era el amo de ese castillo que ahora ella consideraba su refugio. Era un hombre dominante, a quien le gustaba aparentar que no tenía sentimientos. Victoria sabía que, él se hallaba profundamente lastimado. El día que los caballos fueron mencionados, él cambió de tema. ¿Había

sufrido la herida mientras cabalgaba... ese era el motivo por el cual las caballerizas estuvieran cerradas y vacías?

Victoria regresó al castillo esa tarde para encontrar que en su ausencia había llegado su ropa hecha en Madrid. Varias cajas se encontraban sobre su cama y sillas. Ella se dedicó a romper envolturas y a abrirlas, ansiosa de ver su contenido.

Acarició delicadas prendas íntimas de colores pálidos. Encontró vestidos de jersey y seda; trajes de noche en terciopelo y de gasa plisada; ropa para la playa y sencillos vestidos, para el día. Había zapatos para todas las ocasiones... y algo en una caja larga, que ella casi no se atrevió a tocar.

Con sorpresa acarició la piel de visón color miel. ¿No habría algún error? Don Juan no había mencionado nada de pieles. Pero le había sido enviada una capa corta, con un enorme botón forrado en la misma piel, para asegurarla al frente.

Se la colocó, contemplándose en el espejo. Wilton con capa de piel... una criada vestida de princesa.

La joven se sonrojó. ¿Había interpretado mal a don Juan cuando éste había hablado de hacerla su pupila? Enrique Cortázar había dicho que la gente del pueblo hablaba acerca de ella. Con su inocencia, ¿había hecho creer al marqués que a cambio de toda aquella ropa hermosa estaba ella dispuesta a ceder exigencias que iban más allá de las que correspondían a un tutor?

Se quitó la capa con brusquedad, la arrojó sobre la cama y salió corriendo de la habitación. No dejó de correr hasta llegar al estudio que él tenía en la torre que daba al mar. Tocó la puerta antes de perder el valor para hacerlo. Tenía que decirle que la ropa era demasiado elaborada, que ella sólo quería cosas sencillas... ¡tenía que hacerle comprender que era una buena chica, que no podía comprarla con abrigos de visón!

Una voz profunda le invitó en español a entrar. Ella aspiró una bocanada de aire antes de dar vuelta a la manija de la puerta. Entró en una habitación circular y por un momento casi no pudo reconocer a la esbelta figura que estaba sentada tras un escritorio tallado. Tenía puesta una camisa de seda, abierta en el cuello; su cabello estaba desarreglado, como si hubiera estado

pasándose los dedos por él. Lo rodeada una nube de humo procedente de los cigarros oscuros que tanto le gustaba fumar.

—¡Así que por fin encontraste el camino hacia mi atalaya! —el marqués se puso de pie e indicó a Victoria que se sentara en una silla cercana, tapizada en terciopelo negro—. ¿Sabes lo que es una atalaya? Eran las torres de vigía desde donde los señores de la antigüedad observaban el mar, para prevenirse del ataque de barcos piratas. Debo decirte que un miembro de la familia de León fue un célebre corsario.

Don Juan sonrió.

—La historia de mi familia me fascinó desde hace tiempo y estoy escribiéndola. Pero ha resultado una tarea colosal —agregó, señalando el montón de manuscritos, diarios, y libros viejos que había a su alrededor—. Entre mis antepasados hubo soldados, exploradores, piratas y poetas.

Victoria miró fascinada al apuesto hombre. El corazón le latió con fuerza... ¡don Juan parecía tener la misma sangre de su antepasado pirata!

Hizo un esfuerzo por desviar la mirada de él y observar el estudio. Era una habitación bastante austera, exceptuando los gabinetes que había en los muros, llenos de trofeos y recuerdos de un hombre que parecía haber llevado una vida muy activa.

Victoria volvió la mirada hacia el marqués y vio que la estaba observando, con ojos entrecerrados, a través del humo de su cigarro.

—La ropa llegó... de Madrid —dijo ella, por fin.

—Espero que te haya gustado —contestó él con voz lenta. —Don Juan...

—¿Sí, Victoria?

Fue el uso de su nombre, la inflexión de su voz, la forma en que la miró lo que la hizo sentir de nuevo pánico.

—Ignacio envió una... capa de piel, señor. Usted no la ordenó...

—Por supuesto que la ordené. Una capa corta de visón es muy propia para una jovencita... ¿o no le gusta a usted, señorita?

—¡Es preciosa, pero no puedo aceptarla!

—¿Y por qué no, me permites preguntarte? —Es demasiado cara.

—Si la capa te favorece, el precio no tiene importancia. —Para mí, si lo tiene...

Ella estaba en la orilla de la silla, conteniendo a duras penas su deseo de huir. El la miró con fijeza y entonces comenzó a reír.

—¿Así que adivinaste mis intenciones, niña, y has decidido que no puedo comprarte con pieles y vestidos? ¡Qué terrible desilusión para el diabólico amo del castillo! ¿Qué hará ahora para atraer a la inocente doncella a sus pérfidos brazos? Tal vez la próxima semana encontrará una forma de vencer sus escrúpulos...

Victoria lo miró fijamente; él volvió a reír y ella se sonrojó.

—¡Qué absurdas novelas debe haberte ordenado la señora Sandell que le leyeras! — sacudió su cigarro en un cenicero de bronce—. Niña, te doy toda esa ropa nueva porque la necesitas y porque una jovencita debe tener algunas cosas lindas para ponerse. Pienso que hace ya mucho tiempo que nadie te regalaba nada, por eso desconfías de los regalos, ¿verdad? En este caso no hay necesidad de ello. Una capa de piel será necesaria para cuando vayamos al teatro o a cenar con amigos míos. Como mi pupila, espero que te veas presentable.

—Siento... haber sido tan tonta, señor.

—No te culpo, niña. Trabajaste para una mujer tonta que sin duda plantó en tu cabeza la idea de que el amor entre los adultos es un artículo, algo que se compra y se vende. Desde luego, hay gente para la que esto es una obsesión. Mis abuelos jamás entendieron que mi padre haya preferido una unión por amor, que una fría alianza con una mujer rica. Y no lo perdonaron jamás.

Don Juan desvió la mirada hacia uno de los anaqueles de trofeos.

—Decían que yo era el hijo de una bruja, que mi madre le había hecho un maleficio gitano a su hijo... la culparon de su muerte. Pero ella y mi padre lucharon en las colinas de España, hasta que lo mataron a él.

La mirada del hijo de Rosarito se posó en la de Victoria y ella no pudo desviarla. Entonces, casi con deliberación, se puso de pie y con ayuda del bastón caminó hasta una ventana de la torre.

—Ven a ver cómo el sol se ahoga en el mar —dijo y abrió la ventana, dejando entrar la brisa de la tarde. Victoria, todavía sintiéndose avergonzada de su actitud tonta, se inclinó hacia adelante, para contemplar la puesta del sol. Una gran llamarada pareció surgir de la parte más distante del mar, iluminando de escarlata las puntas de las olas.

—¡Tan hermoso y tan cruel! —suspiró la joven.

Su cabello pareció reflejar también el fuego del crepúsculo. Entonces, de pronto, Victoria sintió que una mano se posaba sobre él.

—¿Te gustaría escapar, Rapunzel? —había una nota de humor en su voz y una expresión interrogativa en los ojos de él, cuando la joven volvió la cabeza para mirarlo.

—Mi padre solía llamarme así —dijo ella con voz suave—. Solía decir que un día yo... ¡Oh, señor! ¿Sabe que me encanta su castillo? Nunca pensé que llegaría a vivir en un lugar como éste. Es algo como... salido de una fábula.

—¿Y yo soy el ogro? —le preguntó, enarcando una ceja.

—No...

—Vamos, ¿por qué no me iba a considerar una jovencita bastante siniestro, con mi cojera y mis recuerdos del pasado?

Se volvió sin esperar a que ella contestara y regresó cojeando a su escritorio.

—Mañana en la noche vamos a cenar en el Club Hidalgo con el señor Fonseca y su hija. Me gustaría que te pusieras uno de tus vestidos nuevos.

—Sí, señor —había una nota en la voz del marqués que parecía poner punto final a la conversación. Ella caminó frente a él para dirigirse a la puerta. Ahí se detuvo y volvió la mirada —. Gracias por todas esas cosas lindas, don Juan. Estoy muy agradecida... créamelo.

—Son necesarias para tu nueva vida —respondió él, poniendo su atención en un manuscrito—. Esta noche estaré trabajando hasta muy tarde, así que, ve con Dios, niña. Hasta mañana.

Victoria se dirigió a su cuarto y procedió a llenar el guardarropa y los cajones con sus nuevas posesiones. Mientras colgaba los vestidos de noche pensaba en cuál se pondría al día

siguiente. Nunca en su vida se había enfrentado al problema de escoger qué traje ponerse para ir a cenar con un hombre, en un club nocturno elegante.

\*\*\*\*\*

A la noche siguiente se decidió por fin por el vestido de terciopelo. Trenzó su cabello recién lavado y lo colocó en torno a la cabeza, como una corona. Se aplicó un poco de polvo facial, de lápiz labial y de sombra para los ojos, y le emocionó el aspecto adulto que había adquirido.

Los ojos brillaban con intensidad ahora que ya no estaban oscurecidos por esos terribles anteojos. Con una sonrisa de felicidad se hizo una reverencia ante el espejo. Se alegraba de verse atractiva... ya que iba a ver a Enrique... pero primero tenía que bajar y presentarse ante su tutor.

Oprimió con fuerza el bolsito de mano. Al bajar por la escalera hacia el vestíbulo vio a don Juan que, en el umbral de una puerta en forma de arco, permanecía inmóvil y en silencio.

—¡Oh...! —se detuvo en la escalera y apretó la bolsita de terciopelo contra su corazón—. Buenas noches, señor.

El extendió la mano y ella avanzó titubeante hacia él.

—Te ves mayor así —comentó y por un momento la joven pensó, cuando él le tomó la mano, que iba a besarla. Pero no. La acercó hacia la luz de una lámpara y estudió su rostro—. Tienes demasiada pintura en los labios... ¡ven! —tomándola de una mano, la hizo ir con él a la sala.

Indicó con un gesto un espejo que había colgado en la pared.

—Quítate esa pintura —ordenó.

Ella hizo lo que le ordenaba, pero estaba temblando. ¿Acaso esperaba que aquel hombre la admirara con el vestido que él había pagado? ¡Aquella era una absurda esperanza! Todo lo que deseaba era que ella se viera presentable ante sus amigos.

—¿Así es mejor, señor? —se volvió hacia él.

La mirada del marqués se posó en el cuello desnudo de la joven.

—Poner joyas en las mujeres jóvenes es como querer dorar una azucena —dijo el—, pero

creo que te gustaría ponerte esto.

Sacó del bolsillo un estuche angosto y se lo entregó. Ella lo abrió y contuvo el aliento al ver un collar de oro, con una rosa en el centro, cubierta de brillantes y pequeñas hojas formadas por piedras verdes.

—¡Qué precioso! —exclamó ella—. Oh, pero podría perderlo. Estaba a punto de cerrar el estuche, cuando él extendió la mano y tomó la alhaja.

—Ven —ordenó y como ella no se atreviera a desobedecerle, se acercó a él, conteniendo el aliento, mientras sentía el roce del collar en su piel y el de los dedos de él al asegurar el broche—. Vuélvete Victoria.

Lo hizo así y de pronto, se echó a reír un poco nerviosa. —¡Quisiera que la señora Sandell pudiera verme ahora! —¿Qué crees que diría?

—Creo que, por primera vez en su vida, se quedaría sin habla, señor. ¿Sabe? Yo nunca había tenido un vestido bonito. Siempre me vi horrible con los trajes color beige que ella me hacía usar. Y también me obligaba a ponerme anteojos.

—Pues no me parece que los necesites. ¿En dónde están ahora? —Se perdieron en el... mar.

—Debes dejar que los recuerdos tristes se pierdan en igual forma, niña. Te prometo que nunca usarás moda color beige, mientras vivas en mi castillo.

—Le agradezco su bondad, señor.

—No quiero gratitud y no soy particularmente bondadoso —no dejó de mirarla y entonces añadió—: Ven, nos falta un recorrido de diez kilómetros hasta Puerto de León y no quiero tener a Raquel y a su padre esperándonos.

Victoria lo precedió, para salir de la habitación primero y del castillo después y entrar en la limousine que esperaba. El chófer mantuvo la portezuela abierta y ella se acomodó en el interior. Don Juan la siguió, un poco torpe debido a su pierna y el bastón cayó en el piso del automóvil. Victoria se inclinó con rapidez a recogerlo, pero se estremeció cuando los dedos de él se cerraron con fuerza sobre los de ella que tenía el bastón. El marqués le dio las gracias con voz

cortante.

Victoria guardó silencio, un poco asustada. Pensaba en que nunca terminaría de comprender a este hombre, que parecía casi humano un momento y orgulloso e inaccesible al siguiente. Le había dado un hogar con todas las comodidades, pero parecía prohibirle que le diera nada a cambio... sobre todo, si se trataba de compasión o afecto.

¡Victoria nunca había imaginado que el Club Hidalgo sería tan espléndido!

El marqués de León y su pupila fueron saludados con reverencias sonrisas de bienvenida. La gente los miraba con curiosidad mientras se dirigían hacia su mesa, ocupada ya por un hombre de cabello plateado y barba, y la hermosa Raquel Fonseca.

El señor Fonseca se puso de pie para presentarse a Victoria y saludarlos. En cuanto ella vio la cordialidad que había en sus ojos, se sintió menos nerviosa. El anciano se veía mucho más agradable que su hija, que estaba examinando el vestido de terciopelo y el collar de oro.

—Juan —dijo—. Nunca habría reconocido a tu pupila después de como la vi el otro día. Papá, fue tan divertido. Esta niña llegó de la playa con un enorme melón y yo pensé que era todavía una colegiala. Esta noche se ve usted muy linda... es increíble lo que la ropa fina puede hacer por una mujer.

Sonrió con expresión encantadora a don Juan y éste dijo:

—Sé que te gusta el champaña, Raquel, ¿qué te parece si celebramos ordenando una botella de champaña?

—Sería maravilloso, pero, ¿qué estamos celebrando? —se volvió hacia Victoria—. ¿Es su cumpleaños, querida mía?

—No —la joven entrelazó las manos sobre el regazo y sus ojos buscaron los del señor Fonseca—. Al menos, me siento como si hubiera vuelto a nacer, porque todo esto es nuevo para mí.

Raquel jugueteó perezosa con su abanico de encaje negro. —Creo que era usted dama de compañía, ¿no?

—No, doncella —corrigió Victoria, sabiendo muy bien que aquella mujer lo sabía y la

había obligado a decirlo.

—Con razón todo esto le parece como un cumpleaños —dijo el señor Fonseca, sonriendo—. Juan quiere que le enseñe español y otros temas. Y voy a disfrutar en verdad de ser maestro de una joven tan encantadora.

Victoria hubiera podido abrazarlo, de gratitud.

—Estoy ansiosa de aprender, señor. Y le advierto que va usted a encontrarse con una alumna insaciable de saber.

—¡Oh, cielos! —los ojos de Raquel coquetearon con don Juan por encima de su abanico, mientras reía—. A papá le encantará meter conocimientos en la cabecita de tu pupila, Juan. Pero pienso que es mucho más agradable gozar de la vida y dedicarse a coleccionar admiradores.

—¿Ves lo que sucede, Juan —rió el señor Fonseca—, ¿cuándo permite uno a las hijas emanciparse? En todo lo que piensa esta niña es en romances.

—¿Y acaso hay algo más agradable en qué pensar? —preguntó Raquel con los ojos fijos en don Juan, que parecía disfrutar de sus coqueterías en su peculiar forma enigmática—. Desde luego, si una muchacha es fea, no le queda más remedio que ser lista. Yo nunca he sido muy lista.

Victoria comprendió la insinuación, pero no dijo nada. La llegada del camarero con el champaña fue un alivio. El corcho salió con tanta fuerza que hizo a Victoria saltar y Raquel se ríe de ella.

—¿Es la primera vez que toma champaña? —le preguntó.

—Sí, la primera vez —respondió Victoria y contempló con asombro cómo servían el líquido burbujeante.

—¡Salud, amor y pesetas... y tiempo para gastarlas! —sonrió el señor Fonseca, levantando su copa hacia Victoria.

Después de eso, la cena fue un acontecimiento alegre, con deliciosos platillos y una conversación interesante durante la cual Victoria casi se concretó a escuchar. La orquesta tocaba música suave y algunas veces una que otra pareja bailaba. La joven comprendió que pronto las luces del escenario iluminarían la figura agradable de Enrique Cortázar.

De pronto se dio cuenta de que don Juan la estaba observando.

—¿Te gustó la champaña? —preguntó él.

—Hace que uno se sienta relajado —contestó ella y se atrevió a sonreírle. Entonces, su atención se desvió hacia el escenario donde había aparecido una esbelta figura, con pantalones oscuros ajustados y una camisa llena de volantes a la que recibió el aplauso entusiasta del público. El muchacho hizo una reverencia, miró a su alrededor e Victoria se excitó cuando su mirada se encontró con la de ella. Él sonrió y la joven sintió como si todos supieran que había sonreído sólo para ella.

—Señoras y señores, cantaré una vieja canción de amor de Sevilla —anunció Enrique. Tomó la guitarra, mientras las luces comenzaban a apagarse—. Imaginen un balcón y una muchacha. Abajo, en la noche, un joven enamorado que se da cuenta de que otro se interpone entre él y la mujer que desea.

Enrique empezó a tocar y fue como si la guitarra cobrara vida en sus manos; comenzó a cantar y no se escuchó el menor murmullo en todo el salón. En la playa, el otro día, Victoria había sentido la magia de su música, pero esta noche, mezclada con el champaña que había bebido y al que no estaba acostumbrada, la hacía sentir como si fuera la chica del balcón, que se sentía indecisa, entre dos hombres que la adoraban.

Durante el aplauso que siguió a la canción, doña Raquel comentó que era un nombre muy atractivo.

—Canta muy bien el chico, ¿eh, Juan? —dijo el señor Fonseca, pero el marqués no respondió. El humo rodeaba sus ojos oscuros y Victoria sentía que la mirada de él estaba posada en ella. Enrique comenzó a cantar otra canción. Se bajó del escenario y empezó a caminar entre las mesas. Victoria sintió que el corazón se le subía a la garganta cuando él se detuvo a su lado, y cantó una línea de su canción sólo para ella... y después siguió avanzando.

—Con razón se acercó a esta mesa —comentó Raquel sin dejar de mover el abanico—. Victoria le ha estado haciendo ojitos desde que comenzó a cantar.

Por un momento Victoria se quedó sin habla; entonces miró a la otra muchacha con

disgusto.

—Pues da la casualidad que lo conozco —protestó—. Conocí a Enrique Cortázar en la playa, el otro día, y nos hicimos amigos.

Las luces se encendieron en ese momento y el aplauso para el cantante ahogó cualquier intento de conversación por varios minutos. Pero la mirada de Raquel era expresiva y Victoria se daba cuenta de que los ojos de su tutor se habían empequeñecido.

—¿Por qué no invitaste al señor Cortázar al castillo? —preguntó don Juan, cuando concluyeron los aplausos—. Es costumbre entre los españoles que un joven se presente de manera formal ante los padres o tutores de una chica.

—Yo soy inglesa —contestó ella—. Esas costumbres ya no se estilan en mi país.

Por un momento, en la profundidad de los ojos oscuros del marqués pareció arder una llama.

—Tú seguirás nuestras costumbres mientras estés en mi casa. La próxima vez que un chico se te acerque...

Tuvo que dejar de hablar, porque la orquesta había comenzado a tocar. Enrique Cortázar se acercaba de nuevo a su mesa. Ahora traía puesta una chaqueta de noche. Con cortesía hizo una venia al marqués y a sus invitados.

—¿Me permitiría el señor marqués pedir a la señorita inglesa que baile conmigo? —preguntó—. Ya nos conocimos, pero aprovecho esta oportunidad para presentarme formalmente a su tutor.

—Señor Cortázar —dijo el marqués—, debo felicitarlo por su habilidad como guitarrista. Nos gustó mucho su música y si hubiera sabido que conocía a mi pupila le hubiéramos pedido que nos acompañara con una copa de champaña. ¿No querría sentarse ahora con nosotros?

—El señor marqués es muy amable —Enrique miró a Victoria y le sonrió—. Pero preferiría bailar con la señorita.

—¿Quieres bailar? —preguntó don Juan, mirando con fijeza a Victoria.

—Me encantaría —respondió ella, confundida—, pero no creo ser muy buena para

hacerlo.

—Permítame entonces enseñarla, señorita —Enrique la ayudó a ponerse de pie y la condujo hacia la pista de baile. Ahí la rodeó con los brazos, mientras murmuraba—: Hola de nuevo, Soledad. ¡Dios, arrebatarte de tu severo tutor fue como entrar a la jaula de los leones!

—Sé lo que quieres decir —dijo ella, riendo con timidez.

—Dijiste que bailabas muy mal y bailas como un ángel. Veamos, niña misteriosa, ¿con quiénes habías bailado antes?

—Sólo con el mayordomo —rió ella—, en la fiesta de Navidad de los sirvientes, cuando yo era doncella.

Bailó durante una hora con Enrique. Casi no abandonaron ni un momento la pista y cuando lo hicieron, Victoria se encontró en la terraza con él, bajo las estrellas. Ella se echó a reír suavemente.

—¡Oh, jamás había estado tan contenta en mi vida! ¿No son las doce todavía? ¿No debo huir antes que mi ropa se convierta en un horrible uniforme color beige?

—¡Cómo me intrigas! —Enrique le tomó la barbilla, como si fuera a besarla, y ella se sintió aterrorizada y se echó a correr por la escalinata de la terraza, en dirección del jardín. El la siguió y no tardaron en perderse entre los almendros.

—Eres muy sensible, ¿verdad? —dijo Enrique cuando le dio alcance y la detuvo apoyándola contra un árbol—. Pero me gusta cómo eres... la muchacha que es generosa con sus besos, es una avara con su amor.

—¿No es nuestra amistad demasiado nueva para hablar de esas cosas? —No. Los jóvenes españoles no hablan de otra cosa.

—Pero yo no soy española.

—¿Me quieres decir que nunca has hablado del flechazo con un chico?

Ella movió la cabeza de un lado para otro, con una sonrisa. Hasta esa noche, jamás había bailado con un joven; nunca había conocido la excitación de estar sola con alguien que era atractivo y hacía comentarios atrevidos. La flecha del amor nunca había volado en dirección de

ella.

—Has tenido una vida muy protegida —dijo él.

—Lóbrega es la palabra acertada —acarició la falda aterciopelada de su vestido—. Aún siento extraño estar vestida así... como si estuviera haciendo una representación, con la ropa de otra persona.

—Pero no es así —protestó Enrique—. El marqués es un hombre rico y te ha nombrado su pupila. Este collar que llevas puesto está montado con brillantes y esmeraldas.

Enrique tocó las piedras y ella se estremeció por alguna extraña razón.

—Le estoy muy agradecida... pero don Juan toma demasiado en serio su papel de tutor. Ha enviado a España por una dama de compañía para mí y antes de hacer amistad con nadie, debo presentarle a la persona para que él la apruebe.

—¡Ahora entiendo! —Enrique se echó a reír—. Tienes que esperar que el señor marqués actúe así, porque como su pupila te has convertido en una soltera muy codiciada.

—¿Qué quieres decir? —ella se mostró perpleja—. Llamar a una muchacha soltera codiciada significa que al casarse recibirá una dote, ¿no? Te aseguro que yo...

—No te enfades, querida —Enrique le tocó una mejilla—. Como pupila del marqués de León cosecharás todos los beneficios que él puede brindarte. ¿Es que no lo sabes? Un español toma muy en serio sus responsabilidades.

—¡Pero yo todo lo que quiero es recibir educación!

—¡Qué encantadora e inocente eres! —rió Enrique y la tomó en sus brazos—. Todo lo que necesitas es educarte en las cuestiones del corazón, así que permíteme ser tu maestro. Déjame demostrarte lo emocionante que puede ser un beso.

—¡No, Enrique! —forcejeó con él y entonces se quedó inmóvil al escuchar que alguien, cojeando, se acercaba a ellos—. ¡Oh, es él!

—¿Victoria? ¿En dónde estás?

Ella no pudo contestarle y Enrique se quedó tan inmóvil como ella. Estaban todavía muy juntos, los brazos de él en torno a ella, cuando el bastón de don Juan entreabrió las ramas de unos

árboles y él los miró.

—No vamos ya, Victoria —dijo y su voz era tan inexpresiva como su rostro—. Suelte a mi pupila, si tiene la bondad, señor. Ha tenido ya suficientes emociones para una noche.

Los brazos de Enrique se aflojaron y ella comprendió que se veía tan pálida y culpable como se sentía. Don Juan se hizo a un lado para que ella pasara, y lo oyó decir a Enrique:

—En el futuro, recuerde que Victoria es mi pupila. Más de estos besos en la oscuridad y le prohibiré que lo vea.

La joven se volvió para protestar, pero él le indicó con una seña que siguiera adelante. Se veía tan alto, imponente y sombrío que no se atrevió a desobedecerle. Recogió su falda de terciopelo y corrió a través del jardín. Se sentía como una niña que hubiera sido sorprendida haciendo algo prohibido. En el automóvil, camino al castillo, trató de defender su inocencia.

—No hubo besos en la oscuridad —dijo ella, con los ojos fijos en el cristal que los separaba del chofer.

—Estoy seguro de que hubieran sido realidad si no llego en esos momentos. —Como un tío anticuado.

—¿Fue esa la impresión que te di? —una leve sonrisa suavizó la expresión de su rostro—. Hay una singular inocencia en ti, Victoria, pero conozco bien a mis paisanos y sé lo expertos que son para enamorar. No quiero que confundas las ardientes palabras de un joven y apuesto músico, con los sentimientos profundos que no tienen palabras. Quiero que conozcas a la gente latina, que aprendas sus costumbres, para que no necesites la protección de un tío anticuado.

Victoria se mordió el labio.

—Siento causarle tantas molestias. Me imagino que soy un fastidio para usted. —Nunca he dicho tal cosa...

—Pero su actitud lo ha implicado.

—¿Te refieres a mi actitud cuando te encontré en brazos de ese joven?

—Estuve en sus brazos mientras bailábamos... ¿cuál es la diferencia?

—Mi querida niña, si crees que no la hay, entonces parece que existen otros aspectos de tu

educación que debo tomar en mis manos.

Ella lo miró por un momento.

—Se comporta como un tirano sólo para hacerme disgustar...

—No del todo —oprimió el mango de plata de su bastón—. Hablé muy en serio con Enrique Cortázar. Puede ser amigo tuyo, porque necesitas alguien joven con quien hablar y bailar... pero no toleraré ningún amorío. ¿Comprendes?

—Sí, señor —ella le miró el perfil. Sintió deseos sinceros de que él pudiera ser una especie de padre para ella—. Trataré de hacer lo que usted dice. De cualquier modo, no creo que Quique ya ser amigo mío, después de la forma en que usted le habló.

Don Juan la miró y su ceja izquierda enarcada volvió a darle un aspecto satánico.

—Los españoles no son tan sensibles. En realidad, son bastante persistentes en su búsqueda de un ideal.

—¿Como don Quijote?

—Exactamente —la miro con fijeza—. ¿Has leído sus aventuras?

—Sí, cuando me quedaba tiempo libre después de leerle las novelas de amor a la señora Sandell.

Él sonrió.

—Mi biblioteca en la torre que da al mar está bien surtida de libros en inglés. Están a tu disposición.

Ella le dio las gracias y pensó en qué forma tan sutil la había empujado de los campos del romance hacia el salón de clases de nuevo. Podía tener amistad con Enrique, pero el marqués no consideraba que ella estuviera lista para amar.

¿Qué era el amor? ¿Un abrazo, un roce de labios, que con lentitud hacía desaparecer las dudas?

Se dedicó a soñar un poco, como todas las jóvenes y se había quedado dormida cuando el automóvil se detuvo en el patio del castillo. En algún momento, en su sueño, una mano tocó su cabello y una voz murmuró su nombre.

—Ya llegamos a casa, Victoria.

—¿A casa? —preguntó ella soñolienta y cuando abrió los ojos tenía la cabeza apoyada en el hombro de su tutor y el rostro de él estaba tan cercano al suyo, que hubiera podido con facilidad hacerle inclinar la cabeza y sentir sus labios fríos oprimiendo los suyos.

El pensamiento llegó y se fue en un segundo, fue tan inquietante, que ella se retiró de él aprisa.

—Vamos —el marqués habló con cierta brusquedad—, te vienes durmiendo por el champaña que tomaste y todo el tiempo que bailaste con el apuesto Enrique. Mañana, recuerda, comienzas tus lecciones con el señor Fonseca.

De regreso al salón de clases, pensó ella mientras bajaba tambaleante del automóvil y seguía a don Juan hacia el castillo. Cuando entraron en éste, él la despidió con un brusco:

—Buenas noches, niña.

## Capítulo 5

Don Juan llevó a Victoria a la villa del señor Fonseca, ubicada en medio de la bahía, en el automóvil, pero la joven se dio cuenta al llegar, de que no lo hacía como una cortesía para ella, sino porque Raquel lo estaba esperando. Se veía tan fresca y bella como una flor, con un vestido de encaje blanco y un sombrero de ala ancha. Ella y don Juan iban a pasar el día en tierra firme; la muchacha para hacer compras y el marqués porque tenía negocios que atender.

Antes que ellos se marcharan, tomaron té en el patio de la villa. Era un lugar de románticos rincones. Una banca rodeaba uno de los árboles y Raquel estaba sentada en ella, graciosa y feliz porque durante un día entero tendría a aquel apuesto hombre sólo para ella.

—Pareces un cuadro de Renoir —le dijo.

Ella sonrió y por un momento su mirada se detuvo en Victoria, con su sencillo vestido amarillo, con cuello blanco. No tenía mangas, de modo que dejaba al descubierto sus esbeltos brazos. La falda bastante corta permitía ver las bien formadas piernas de la joven. Sobre un hombro colgaba su gruesa trenza, atada con una cinta verde.

—Juan, ¿qué artista habría pintado a tu pupila? —preguntó Raquel, mirándolo con coquetería.

Él no contestó, pero fue el señor Fonseca quien lo hizo. El anciano estaba sentado en una silla de mimbre, fumando.

—Degas —dijo con voz suave y firme—. Sólo él hubiera podido dibujar esas esbeltas piernas y esos grandes ojos. Sus chicas siempre tenían cierto encanto.

Raquel se puso de pie riendo, con ironía.

—Pues, ten cuidado, papá...

El marqués sonrió y se acercó a Victoria.

—Sé buena alumna, porque yo te haré preguntas cuando volvamos a vernos.

La mirada de Victoria se encontró con la de él y se dio cuenta de que el marqués había vuelto a ser su severo tutor.

—Espero que disfrute mucho de su día, señor.

Ella se volvió hacia el señor Fonseca y le sonrió, porque estaba segura de que don Juan no quería más sonrisas que las de Raquel.

—¿Qué quieres que te traiga? —preguntó don Juan en forma inesperada. Ella lo miró asombrada.

—No... quiero nada, don Juan, gracias —tartamudeó Victoria. —¿Ni siquiera una caja de dulces? —inquirió él.

—Está bien... que sean dulces, entonces.

Don Juan se volvió hacia el señor Fonseca.

—Regresaremos tarde, pero te prometo que no dejaré que tu encantadora hija se aleje mucho de mí.

—Juan, no empieces a actuar conmigo como si fueras mi tutor... no hay necesidad — Raquel sonrió y lo tomó del brazo—. No soy ninguna adolescente y tú lo sabes.

—Ya lo sé, Raquel —él le sonrió—. Y ahora, será mejor que nos demos prisa, si no queremos perder el vapor.

—Como quieras —contestó ella. Victoria oyó al señor Fonseca lanzar un discreto suspiro ante la visible sumisión de su hija al marqués.

La pareja salió del patio y el sonido del bastón de él y de los tacones altos de ella se fue alejando, hasta perderse en la distancia. Por unos minutos, tanto Victoria como el señor Fonseca parecieron satisfechos con disfrutar la sensación de paz que ahora los rodeaba.

—Así que, hija mía, tienes el deseo de aprender muchas cosas —el anciano examinó el rostro de Victoria con una expresión de astuto y cordial interés—. ¿Fue idea tuya o de Juan? Él es

un joven de gran voluntad y es poco común que una chica bonita quiera estudiar la filosofía del arte y la literatura. La mayoría de las jóvenes, sólo piensa en el amor.

Ella le sonrió con timidez.

—Yo nunca recibí una educación real, señor, y para mí es como un milagro que don Juan me haya traído con usted, a estudiar. Quiero aprender, absorber conocimientos, crecer a través del aprendizaje. Uno es inmaduro cuando le faltan conocimientos.

—¡Ah! —un brillo intenso rejuveneció los ojos del anciano—. Me había parecido poco usual que un soltero tuviera una pupila, pero veo que es la pupila la que es poco usual. Juan no es un hombre sentimental. Si hubieras sido una chica tonta, te habría mandado a tu casa con algo de dinero y una reverencia cortés. Él me ha dicho que no tienes familia. ¿Es cierto?

—No tengo a nadie en el mundo, señor.

—Eso es triste para ti, supongo. Pienso que todo el mundo debía tener a alguien. ¿Consideras a Juan como una especie de tío?

—No...—ella comenzó a sonreír, pero su sonrisa se transformó en una carcajada—. No me puedo imaginar llamándole tío Juan. Es demasiado importante para eso... es el león de esta isla.

—¿Y tú te consideras un simple capricho suyo?

—Sí.

—¿Sabes, hija mía, que hay crueldad y soledad en el hombre español? —Ahora lo sé.

—Juan te ha dado ya razón para saberlo —el señor Fonseca se inclinó hacia adelante, mirándola con fijeza—. ¿En qué forma lo ha hecho?

—Se opone un poco a mi amistad con Enrique Cortázar. Yo... supongo que me considera demasiado inmadura para manejar a un hombre mundano como Enrique.

—Y te gusta la compañía de este jovencito, ¿eh?

—Como no he tenido muchos amigos, señor, es agradable encontrar uno. Quique es alegre, apuesto y...

—Te sientes halagada —el anciano sonrió—. Lo cual es natural. Como tengo una hija

joven, sé lo que significa para una muchacha sentirse atractiva.

—Doña Raquel es hermosa —comentó Victoria con sinceridad—. Debe haber sido admirada siempre.

—Desde niña —confesó su padre, con cierto orgullo—. Se parece a su madre, pero Ana era gentil y bondadosa. Los pocos años que pasamos juntos fueron muy felices. Mi Raquel es un poco difícil y me siento inclinado a compadecer de antemano al hombre que se case con ella.

Victoria estaba deshojando, distraída, los pétalos de una flor. Imaginaba la mano enjovada de Raquel en el brazo de don Juan. Raquel Fonseca había decidido que sería ventajoso para ella, además de emocionante, convertirse en la esposa del marqués de León. ¿Qué sucedería entonces con la pupila de don Juan?

—¿En qué estás pensando, hija mía, con esos ojos envueltos en el misterio? Victoria miró a su maestro y logró sonreír.

—La vida, cuando piensa uno en ella, es una cosa muy misteriosa. ¿Es verdad que nuestro camino está planeado aun antes de que nazcamos?

—¿El destino? —el anciano pareció pensativo—. Me siento inclinado a pensar que todos tenemos encrucijadas en el camino de la vida... ¡Ah, has agrandado los ojos! ¿Acaso dije algo significativo, señorita?

—Sí... es extraño —los pétalos cayeron de su mano y ella observó la palma y le contó al señor Fonseca la lectura que una gitana había hecho de las líneas de su mano. Esperaba que él sonriera, pero no lo hizo.

—La gitana verdadera tiene el don de la clarividencia —dijo—. La madre de tu tutor era una gitana española y a veces me pregunto si ella sabría de antemano que su matrimonio con el padre de Juan terminaría en tragedia. El viejo marqués de León no aceptó nunca a la muchacha. Cuando sucedió la tragedia y ella se quedó viuda, huyó con su hijo a América del Sur. Juan se hizo hombre allí. Como es ambicioso y de gran voluntad, se enriqueció ahí sin ayuda de la familia de su padre. Fue allí donde...

El anciano se interrumpió y observó a Victoria que lo escuchaba con interés.

—Posees la rara capacidad de escuchar en silencio a un hombre... ¿Te ha revelado Juan alguna vez un poco de su dolor?

—¿Su dolor? —repitió ella, recordando los momentos en que su ceño fruncido la asustaba y procuraba alejarse de él.

—Su pierna todavía le molesta. Al principio los doctores, en Lima querían amputarla, pero él no aceptó tal cosa. Se vino a Inglaterra, donde se puso en manos de un cirujano especialista, que se dio a la tarea de reconstruir la pierna destrozada, a través de una larga y dolorosísima serie de operaciones. Pasó meses enteros enyesado. Es un milagro que haya podido salvar la pierna, que se le rompió por el caballo que le cayó encima. Iba cabalgando en él cuando el animal tropezó y se rompió una pata. Iba subiendo la ladera de una montaña cuando sucedió el accidente. Juan fue arrojado al suelo y el caballo le cayó sobre la pierna.

—Y estaba solo, me imagino —dijo Victoria con voz angustiada.

—Sí, pasó varias horas ahí, hasta que pasaron unos campesinos y lo encontraron delirante, con el caballo muerto junto a él. Juan tuvo fuerzas para darle un balazo y poner fin a sus sufrimientos.

—Sólo alguien con voluntad de hierro pudo sobrevivir a una pesadilla así — murmuró Victoria—. El dolor... el sol candente... el saber que estaba solo y desamparado.

—Don Juan es español y gitano, hija mía. Corre por sus venas la sangre de hombres que hace tiempo se lanzaron a conquistar nuevos mundos, que sufrieron torturas y las hicieron sufrir a otros. Gracias a esa fortaleza que es innata en él, a ese control emocional, sobrevivió al accidente, a la exposición al sol, a los largos meses de convalecencia... Y volvió a España, para vivir solo en el nostálgico castillo. Para él está lleno de tristes recuerdos, por las desventuras que su madre sufrió en él.

—He visto el retrato de ella —dijo Victoria con voz suave—. Debe haber sido muy difícil para él perdonar a los que la hicieron sufrir. ¿Y cómo pudieron hacerlo, cuando ella era tan hermosa y delicada?

—Sí, Rosarito... —la mirada del señor Fonseca se clavó en las rosas que pendían de una

enredadera, en uno de los muros del patio—. La conocí en una breve visita que hice a la isla. En esos días yo era profesor en Madrid y no me establecía todavía en la Isla del León. Conocí a Rosarito muy poco, antes que ella y el padre de Juan se fueran de la isla para no volver nunca. Era una muchacha notable. La marquesa, abuela de Juan, era una mujer dura e intransigente. Había seleccionado ya una muchacha para que su hijo se casara con ella. Pero él decidió convertir a una bailarina gitana en su esposa... y en la futura marquesa... fue algo que su familia no le perdonó jamás.

—¿Qué vanidad tan absurda! —exclamó Victoria—. ¡Pensar que la clase social y el dinero son más importantes que el amor!

—Las pasiones de la juventud, hija mía —dijo el señor Fonseca con una sonrisa—, tienen poco valor a los ojos de gente que jamás las sintió. En la familia de Juan era una cosa natural ¡que el dinero se casara con el dinero, el prestigio con el prestigio. Su padre rompió una regla establecida desde mucho tiempo atrás. A veces me pregunto...

—¿Sí, señor?

—¿Qué habría sido de Juan, el hijo de un noble rebelde y de una encantadora gitana, si no hubiera sucedido el accidente? De no haber sido por éste, que aquietó su espíritu salvaje, no creo que hubiese venido a tomar posesión de su título. En Juan de León hay dos hombres. Si lo sorprendes descuidado, puedes ver el león enjaulado en sus ojos. En otras ocasiones verás el irónico humor del español que acepta con filosofía los caprichos del destino.

Hacía calor en el patio, pero Victoria se estremeció un poco. El destino podía ser cruel con algunas personas; ella esperaba que don Juan pudiera encontrar la felicidad, para compensarle el dolor que había sufrido. Había puesto arrugas prematuras en su rostro, cabellos plateados y lo había privado de la capacidad de saltar a la silla de un brioso caballo, de jugar tenis o de tomar en sus brazos a una muchacha para gozar juntos de la diversión y del ritmo del baile.

—¿Qué edad tiene don Juan? —preguntó la joven de pronto. —Tiene treinta y dos años, niña.

—¡Pensé que era mucho mayor! Pero... me trata como una bebida. El señor Fonseca se rio.

—Para Juan supongo que eres joven e inocente. Creo que tuvo muchos amoríos cuando se fue a vivir con su madre a Lima, después de hacerse rico con la mina de plata.

—Don Juan —murmuró ella—, ese gran enamorado cuyo corazón no fue jamás tocado.

—La leyenda dice que se enamoró... una sola vez.

—¿De veras? —los ojos de ella volvieron a agrandarse.

—Bien, es hora de comenzar nuestras lecciones —el señor Fonseca se puso de pie—. La sala es fresca y hay libros y objetos de arte para que los estudies.

La sala, una habitación con la que Victoria llegaría a familiarizarse mucho, estaba llena de muebles antiguos. La colección de objetos de arte del anciano hacía un gran contraste con el mobiliario, ya que era delicada y llena de colorido, contra el oscuro de los muebles.

Victoria notó unas esculturas de niños, y su maestro le permitió que las tomara.

—Debes aprender a amar a los objetos de arte —le dijo.

—Son encantadores —comentó Victoria, mientras acariciaba las figuritas. Sin embargo, no sintió más que interés. Vio las pinturas que había en los muros y pensó, con inquietud, que las cosas inanimadas, por bellas que fueran, no le llegaban al corazón. Sólo la gente real podía hacerlo.

—Encantadores —repitió y sintió los ojos de su maestro clavados en ella, observándola con expresión astuta.

—Comenzaremos con la historia de Tiziano —dijo el señor Fonseca, tomando un libro grande, de uno de los anaqueles—. Creo que te será más fácil comprender su personalidad, para empezar. Más adelante estarás lista para estudiar la obra del gran maestro.

Los ojos de la joven se agrandaron y miraron al señor Fonseca con aire interrogativo.

—Me refiero a Leonardo da Vinci —explicó él, sonriendo.

## Capítulo 6

Era domingo... no había lecciones. En cambio, había recibido una nota de Enrique Cortázar para invitarla a dar un paseo en auto por la isla.

La carta le fue entregada a la hora del desayuno, así que se vio obligada a preguntar a don Juan si podía aceptar la invitación. El levantó la mirada con lentitud, de la carta que estaba leyendo.

—He dicho que no me opongo a ese chico... como amigo, Victoria. Por supuesto que puedes ir a pasear con él.

—Gracias.

—Parece, de cualquier modo, que tenemos que renunciar a la idea de una dama de compañía para ti. Acabo de recibir la respuesta de doña Augusta y ha declinado mi invitación para que venga. Hace poco inició un pequeño negocio y no puede abandonarlo para tomar un trabajo que sería sólo temporal. ¿Crees que resistirás el permanecer en el castillo sin una acompañante de respeto? —preguntó, con una leve sonrisa en los labios.

—¿Por qué habría de necesitarla?

—¿Por qué? —él enarcó una ceja—. Me parece recordar que tenías dudas sobre mis intenciones cuando la ropa llegó de Madrid.

—Lo conozco ya mejor ahora, don Juan.

—¿De veras? —el marqués tomó la jarra del café y volvió a llenar su taza—. Y has llegado a la conclusión de que no me parezco a mi homónimo, ¿eh?

—Él era un conquistador sin corazón.

—¿Y qué soy yo?

Ella lanzó una risilla de confusión.

—Es usted un hombre mundano y debe haberle divertido muchísimo que haya sido yo lo bastante tonta como para interpretar mal su bondad...

—¿Por qué insistes en llamarme bondadoso? —preguntó, tomando un sorbo de café—. Mis acciones no son motivadas por el sentimiento. Soy un hombre práctico. No me gusta que la juventud y la inteligencia se desperdicien. Me siento satisfecho del progreso que has logrado con el señor Fonseca. Me dice que tienes especial aptitud para nuestro idioma. ¿Sí, Luis? —el marqués se volvió hacia el sirviente que había entrado y esperaba ser escuchado.

El señor Cortázar ha llegado a buscar a la señorita, señor. Está esperando en su automóvil.

—Gracias, Luis —don Juan volvió después su atención a Victoria de nuevo—. Sin duda alguna, debes estar impaciente por ir al lado de tu admirador, así que continuaremos nuestra discusión otro día. Victoria, recuerda lo que te dije. Eres mi pupila y no quiero que la gente piense que el joven Cortázar te está cortejando.

—Seré muy circunspecta, señor, se lo prometo. Y no sé a qué hora volveré —añadió.

—Por mí, no hay cuidado. Yo también estaré fuera todo el día. —¡Oh, espero que se divierta, señor!

—Y estoy seguro de que tú te divertirás, Victoria —le hizo una leve reverencia, porque ambos se habían puesto de pie—. Corre, niña. No tengas esperando a ese joven.

—No... adiós.

—Hasta la vista, niña.

Ella cruzó el vestíbulo, corriendo, hacia la puerta principal que Luis sostenía abierta. Al pasar junto al sirviente vio que éste parpadeaba y que su actitud había dejado de ser hostil.

—Que tenga un buen día, señorita —murmuró el hombre.

—Sí, Luis, gracias —contestó ella sonriendo—. En Inglaterra cuando hay una mañana tan llena de sol, el día termina por ser lluvioso.

Luis levantó la mirada hacia el cielo brillante.

—No creo que la señorita tenga razón alguna para preocuparse.

—¡Oh, ahí estás, Victoria! —Enrique se encontraba al pie de la escalinata, sonriente. Ella bajó corriendo. Notó que él se veía muy atractivo con una chaqueta color crema, un suéter negro, pantalones oscuros y sandalias. Él tomó sus manos y la recorrió con la mirada. Llevaba puesto un vestido blanco ceñido por un cinturón color bronce, y zapatillas. Se había hecho una trenza de lado.

—Cada vez que te veo —sonrió él—, pareces un poco mayor. Eres como una flor que hubiera permanecido cerrada, a la sombra. Ahora nuestro sol la está abriendo y revelando una inesperada belleza.

—No seas tonto —protestó ella—, ¡ni siquiera soy bonita!

—¿Qué tiene que ver el ser bonita con la belleza? —la condujo a su automóvil, que tenía la capota corrida hacia atrás.

—Todos los hombres latinos son aduladores —murmuró ella.

—¿Hasta don Juan? —Quique la miró de soslayo, mientras ocupaba el asiento de conductor, junto a ella.

—Mi tutor es un hombre de responsabilidades.

—Es español y tiene un buen par de ojos —Quique puso el automóvil en marcha y avanzaron hacia las puertas abiertas y la carretera—. Es un hombre demasiado joven para tenerte como pupila.

—Espero que no pensarás...

—Por supuesto que no —él se rio—. Es obvio que ningún hombre te ha hecho todavía el amor.

—¿No puedes hablar de otra cosa que no sea del amor?

—Es que no hay otro tema tan fascinante. Es parte del misterio de la vida.

—Debes haber estado enamorado con mucha frecuencia, Quique, para hablar con tanta autoridad.

—¿Qué hombre latino no es enamorado, con música y letra cuando no puede serlo de

hecho? ¿Es posible que rehúyas al amor, chica?

—Creo que confundes el amor con los simples devaneos.

—¿Y... no me permitirías coquetear un poco contigo?

—No creo que eso pueda considerarse bajo el nombre de "amistad."

—Si tu tutor espera que me resigne a tratarte como a niña de escuela, será mejor que te encierre con llave en su torre. ¿Quieres que dé la vuelta y te lleve a casa de regreso con él?

—No... va a salir.

—¿Con la exótica Raquel? —Supongo que sí.

—En la isla corre el rumor de que va a casarse con ella. ¿Tú crees que lo hará? —Él nunca me ha hecho confidencias en ese sentido.

—No creo que te gustara que él se casara.

—¿Por qué habría de importarme? —dirigió a Quique una mirada de asombro.

—Si Raquel se vuelve señora del castillo, es posible que resienta la presencia de la atractiva y joven pupila de su marido.

—Don Juan no se ha vuelto mi tutor por tiempo indefinido. Él es lo bastante bondadoso como para querer ayudarme. Yo permaneceré en el castillo sólo mientras el señor Fonseca me enseña lo necesario para iniciar una carrera.

—¿Lo dices en serio? —Quique disminuyó la velocidad del automóvil para tomar una curva del camino y esto le permitió mirarla.

—Será mucho más agradable que ser doncella —dijo ella.

—Puedo pensar en algo todavía más agradable... podrías casarte. —Pero quiero enamorarme antes de dar ese paso.

—¿Cómo vas a hacerlo si le tienes miedo al amor?

—No, sólo que soy cautelosa. ¡Oh, Quique, ¡mira el mar! Se ve tan hermoso, que casi no puedo creer que me haya aterrorizado tanto aquella noche.

Continuaron avanzando bajo la luz del sol e Victoria trató de absorber todo con ojos ansiosos. Quería grabar las escenas en su mente, para poderlas recordar cuando llegara el

momento de dejar la isla.

—¿España es como la isla? —preguntó la joven.

—Muy parecida. Es como si alguien, hace mucho tiempo, hubiera cortado un pedazo de Andalucía y lo hubiera puesto en medio del mar. Yo soy del sur; pero me he adaptado muy bien a la isla; me gusta vivir aquí. Hasta podría quedarme...

—Eres demasiado cosmopolita —dijo ella sonriendo—. Tu música te va a llevar por todo el mundo, y lo sabes.

—Sí, es probable —aceptó.

—Me pregunto si ambos recordaremos en el futuro este paseo... —observó el perfil de Enrique— ¿Lo recordarás?

—Los recuerdos son demasiado vagos... prefiero las cosas vivas que respiran y palpitan.

—Eso se debe a que eres un hombre. Creo que los hombres recuerdan sólo las cosas que les duelen.

Pensó en don Juan, que tal vez no habría regresado a tomar su título, ni a vivir en el castillo de sus abuelos, si no hubiera sufrido aquel terrible accidente. Todavía, según le había explicado su maestro, seguía sufriendo dolores en la pierna.

—¿En qué estás pensando? —Quique había detenido el automóvil y se escuchaba el rumor del mar.

Victoria llenó sus pulmones del aire marino. Quique le tomó una mano.

—Por un momento, Victoria, tenías la mirada perdida de alguien que está soñando. ¿Quién entra y sale de tus ensueños?

—Oh... todo tipo de gente —ella rio, pero su corazón había dado un vuelco y la joven se preguntó si él se habría dado cuenta.

—Eres inquietante. Muchas chicas son coquetas en forma consciente. Disfrutan de hacerles ojitos a los hombres, pero tú no sabrías ni por dónde comenzar. Tu vida, hasta ahora, debe haber sido muy protegida.

—Era muy restringida, que es distinto. Una muchacha sin padres no puede ser protegida,

Quique, así que no me trates como si fuera una bebida.

—Me gustaría tratarte como a una novia —su rostro atractivo se acercó al de ella, obligándola a retroceder en el asiento acojinado.

—Quique...

—Se nos han impuesto tabúes y éstos siempre son una tentación para el hombre.

—Por favor, no arruines nuestro día juntos.

—Estoy haciendo todo lo posible por mejorarlo. Mira a tu alrededor. Estamos solos. Tu tutor no está a la vista. Debe estar cortejando a doña Raquel, con la formal galantería de un verdadero hidalgo.

—¿Y tú no puedes ser también un poco más formal? —preguntó Victoria, porque ahora la mano izquierda de él se había cerrado alrededor de la cintura de ella y su mano derecha estaba acariciando su cabello. Ella no se resistió. En forma curiosa, su contacto no producía el mismo efecto que el roce más leve con su tutor...

—Pensé que íbamos a almorzar en una finca —dijo a Quique.

—Y lo haremos, más tarde —él la atrajo de pronto hacia su pecho y presionó sus labios contra un lado de su cuello—. Tienes una piel inmaculada... como si nadie la hubiera tocado jamás, chica. Suave como un pétalo... que huele a limpio. ¡Tengo que besarte!

Lo hizo, pero encontró que los labios de ella no respondían. Él la miró a la cara y la joven notó que había una expresión de perplejidad en los ojos de él.

—¿Son las chicas inglesas tan frías como la nieve? —preguntó.

—Sí, cuando las besas contra su voluntad —contestó ella.

—Ya veo —él la soltó y retiró los brazos—. ¿Debo darme por enterado de que no me consideras atractivo?

—No es eso, Quique. Sólo quiero conocerte mejor. Quiero que seamos amigos...

—¿Amigos... un hombre y una mujer? —se rio, lleno de desprecio—. No estarías en mi automóvil si fueras una chica a la que no tuviera deseos de besar.

—¿Es esto todo lo que te importa: la envoltura y no el contenido? —encontró la manera de

abrir la portezuela y salió del vehículo—. Gracias por el paseo...

—¡Victoria, no te comportes como una niña tonta!

—¡A las niñas tontas no les importa que las besuqueen en los autos! —exclamó ella. Al ver que la orilla del camino descendía hasta la playa, se quitó los zapatos y bajó corriendo hacia la arena. Oyó que Enrique la seguía y ella comenzó a correr por la playa, hasta que llegó casi sin aliento a un pequeño muelle de madera donde había bastantes personas tomando el sol.

Se puso los zapatos y después de subir la escalerilla que conducía a lo alto del muelle, vio a Quique, que la miraba furioso desde la playa. Entonces se dio cuenta de que le volvía la espalda y caminaba de regreso adonde había dejado el automóvil. No lamentó que se marchara. Con una sonrisa, se reunió con un chiquillo que estaba dedicado con gran seriedad a la tarea de pescar.

—¿Has pescado algo? —le preguntó en su español, todavía vacilante. —Pronto pescaré un animal enorme —le aseguró el chico.

Ella no cometió el error de reír y una media hora después, para asombro y deleite de ambos, había sacado un pescado de regular tamaño, que él le invitó a compartir.

Victoria había salido ese día a pasear y a disfrutar de la vida. A pesar de su riña con Enrique, pasó en forma estupenda las siguientes horas. Su joven amiguito se llamaba Fernando y llevaba en su mochila de excursionista pan, una bolsa de tomates y los utensilios para limpiar, cocinar y comer un pescado.

Reunieron leña en la arboleda cercana y encendieron una pequeña fogata en la playa, para asar el pescado. Este resultó delicioso, acompañado por el pan y los enormes tomates. Se tendieron al sol a reposar la comida y después jugaron béisbol.

Se divirtió tanto que Victoria no se dio cuenta, hasta que Fernando dijo que debía volver a su casa, que ella estaba a muchos kilómetros del castillo. Su joven amigo le indicó la dirección que debía tomar.

—Pero está muy lejos, señorita. Hay que caminar mucho. Ella se mordió el labio.

—El pescado estuvo espléndido. Gracias por convidarme, Fernando.

—Fue un placer, señorita —el chico la miró con cierta extrañeza. Tenía ahora el cabello

alborotado sobre los hombros y la orilla de su vestido estaba empapada, porque varias veces se había metido al agua tras la pelota—. ¿De veras vive usted en el castillo del señor marqués?

—De veras —ella sonrió y le estrechó la mano—. Adiós, Fernando. Espero verte otra vez.

—Hasta la vista, señorita.

Victoria se sintió sola y desamparada cuando la pequeña figura del niño desapareció. Sin embargo, el llenarse de compasión por ella misma no la ayudaría a llegar a casa, así que comenzó a caminar bajo el sol que empezaba a ponerse, siguiendo el camino que bordeaba el mar, tal como Fernando le indicara.

La escena resultaba tal vez un poco siniestra, porque cuando Victoria se detuvo a descansar, media hora después, notó que el sol poniente se veía cubierto por una espesa neblina y que ésta empezaba a avanzar del mar hacia la isla. Decidió que debía darse prisa... y entonces, de pronto, lanzó un pequeño grito, porque el pie se le había torcido y se había desprendido el tacón del zapato derecho. Se frotó el tobillo para calmar el dolor.

—Este no es tu día —murmuró para sí.

La oscuridad la fue envolviendo a medida que avanzaba, ahora un poco tambaleante, con la mirada recorriendo los alrededores, impulsada por la esperanza de ver aparecer las torres del castillo.

Gotas de sudor comenzaron a cubrir su frente y comprendió que no tardaría mucho en tener que caminar entre la neblina. Y entonces tendría que depender de sus instintos y de sus nervios para llegar a casa. Sabía que había casitas por los alrededores, pero estaban en las laderas de las colinas y no se atrevía a salirse del camino por temor a no poder encontrarlo después.

Se sentía solitaria, llena de frío, y estaba pensando en que debió haber llevado una chaqueta, cuando un sonido a sus espaldas la hizo volverse aprisa.

Por primera vez en más de una hora de caminar, las luces de un automóvil se dirigían hacia ella, en medio de la oscuridad. El corazón le latió con fuerza. A toda costa debía detener el vehículo y suplicar que la llevaran... ¡debía detenerlo!

Corrió hacia el camino y en el momento en que su vestido blanco era iluminado por las

luces del automóvil, el conductor de éste tuvo que girar bruscamente para evitar arrollarla. A pesar de haber puesto los frenos, el vehículo se estrelló contra un árbol y al choque siguió un silencio intenso.

Ansiosa y alarmada, Victoria corrió hacia el automóvil y comenzó a forcejear para abrir la portezuela. A pesar de la neblina y la luz que llegaba del único faro que había quedado encendido, ella reconoció la esbelta figura, el rostro sombrío, el cabello negro y la mirada penetrante que la hizo olvidarse del frío que sentía.

—¿Está... usted bien? —preguntó Victoria con voz ahogada.

—No gracias a ti —contestó él con voz cortante—, ¿te habías perdido en la neblina?

—Sí, señor —contestó ella, casi llorosa, a causa de la impresión y el alivio de verlo ileso ante el volante del automóvil. Este se veía averiado y cuando él probó el motor, la máquina no encendió Victoria sabía que el marqués manejaba a veces un auto que había sido construido en forma especial para que su pierna enferma tuviera espacio para ir estirla.

Cuando la joven pensó en su pierna y los dolores que él sufría con ella, se sintió enferma y tuvo que asirse a la manija de la portezuela.

—¿No se lastimó la pierna? —preguntó ella con voz débil.

—Todo está bien, excepto mi automóvil y mi humor. ¿Por qué no te mantuviste a un lado del camino y me hiciste una simple seña?

—No... no pensé en nada más que en conseguir que me llevaran. Siento mucho lo de su carro.

Él intentó encender de nuevo el motor, pero no lo logró.

—Parece que el motor está dañado —dijo él con sequedad. La recorrió con la mirada. Entonces se deslizó en el asiento, extendió una mano y la ayudó a entrar—. Cierra la puerta para que no se meta la neblina —ordenó.

Ella obedeció, mientras el marqués abría un compartimiento debajo del tablero y sacaba una botella pequeña.

—Toma un trago de coñac —destapó el frasco y se lo extendió—. Estás temblando,

Victoria.

Ella cogió la botella y tomó varios tragos.

—Ustedes las mujeres... porque el sol está brillando, salen sin nada para cubrirse, como si no conocieran lo variable que es el tiempo. ¿Has tomado suficiente coñac?

—Sí —le devolvió la botella—. Me siento mucho mejor.

—Hay una manta de viaje en el asiento de atrás. Trata de alcanzarla.

Ella se arrodilló en el asiento para poder tomar la frazada.

—Envuélvete en ella —ordenó don Juan—. Tu vestido no tiene mangas y la falda es demasiado corta.

Sintió que se ruborizaba por la forma en que la estaba mirando y que su corazón intensificaba sus latidos cuando se inclinó hacia adelante para ayudarla a cubrirse bien con la manta. Sintió la tibieza de sus dedos al rozar su cuello.

—Vi a Cortázar en el Hidalgo esta tarde. Le pregunté dónde estabas y me dijo que habías vuelto al castillo, ¿Qué paso, Victoria? ¿Reñiste con él?

—Tuvimos una diferencia de opinión —confeso, cautiva de las manos y de la mirada del marqués.

—¿Sobre qué?

—Oh, nada importante. Ya sabe cómo surgen las dificultades, de pequeñeces.

—Me pareció que el muchacho estaba furioso... ¿Trató de... hacerte el amor?

—No...

—La verdad, Victoria, por favor.

—Quiso besarme... yo no estaba de humor —trató de dar ligereza al asunto y se rio—. No antes del almuerzo.

—¡Supongo que has estado vagando todo el día... sin almorzar!

—Comí algo delicioso —protestó ella—. Me hice amiga de un chico llamado Fernando. Estaba pescando en el muelle y compartió conmigo el almuerzo.

—¿Fernando, ¿eh? Espero que haya resultado menos ardiente que el otro caballero.

—Fue galante y encantador —dijo ella sonriendo.

—Si hubiera sido tan galante, se habría cuidado de que llegaras a salvo a tu casa.

Don Juan parecía tan enfadado que ella rio esta vez de buena gana. Él la tomó por los hombros y la sacudió.

—¿Por qué te ríes de mí? ¿Qué hay de gracioso en todo esto?

—Sólo que mi amiguito de la playa tenía once años, señor.

—Pequeño demonio, me estabas haciendo disgustar, ¿eh?

Ella lo miró y dejó de reír cuando se dio cuenta de la intimidad al estar a solas con él, en medio de la neblina, encerrados en un automóvil. Desvió su mirada del marqués y se volvió para mirar afuera.

—Parece que fuéramos los únicos dos seres que hay sobre la tierra —murmuró—. ¿Cree usted que aclarará la neblina, señor?

—No levantará hasta el amanecer. Sus palabras atrajeron la mirada de Victoria. —¿Quiere decir que pasaremos aquí... toda la noche?

—¿Te asusta esa posibilidad? —sus ojos tenían un brillo maligno—. Esperaremos un poco para ver si pasa otro automóvil que pueda llevarnos; si no, tendremos que buscar dónde pasar la noche. El parabrisas se rompió. ¿Te das cuenta?, la neblina está entrando.

Victoria se cruzó con mayor fuerza la manta y se acorrucoó en ella.

—¿Te gustan los niños? —preguntó don Juan, en forma inesperada.

—Sí —Victoria sonrió—. Fue muy divertido el tiempo que pasé con Fernando. Por eso tomé tan tarde el camino a casa.

—¿Consideras ya el castillo como tu casa?

—En cierta forma, sí —las miradas de ambos se encontraron—. Espero que no le moleste a usted eso.

—De ninguna manera. Creo que el castillo ha esperado por largo tiempo, a que llegara alguien joven a disipar las sombras. Cuando llegue el momento...

—¿De qué yo me vaya? —interrumpió ella.

Él no contestó por varios segundos y sus ojos profundos parecieron a Victoria más inescrutables que nunca.

—Sí... parecerá extraño, por algún tiempo. Pero ahora debemos pensar en esta noche. Va a hacer más frío a medida que pase el tiempo, porque con el motor sin funcionar, no puedo poner la calefacción. Podría cubrir el parabrisas con algo, pero ninguno de los dos descansaría con mucha comodidad que digamos.

—¿Le duele la pierna, señor?

—Un poco —confesó él—. Algunas veces pienso que debía haber dejado que me la cortaran, pero soy muy obstinado y detesto todo lo que es artificial.

—El señor Fonseca me habló de su accidente —dijo ella, un poco temerosa de demostrar su compasión—. Debe haber sido terrible para usted.

—No más que para un soldado en la guerra. Sólo que me negué a perder mi pierna, así que los dolores e incomodidades que sufro son resultado de mi decisión y tengo que tolerarlos —sonrió—. Los españoles somos exigentes con nosotros mismos y con los demás, niña mía. Estudia nuestras pinturas, lee nuestros libros, recuerda a nuestros conquistadores.

—Son una mezcla de acero, fuego y caballerosidad —comentó ella—. Uno lo siente aún aquí, en la isla, y lo ve en el rostro de la gente. Está reflejado en los ojos que pintó El Greco.

—El Greco entendía a España y a su gente, aunque era griego. Tal vez se necesita ser de otra tierra para comprendernos mejor.

Ella lo miró y vio mezclados en su rostro todos los elementos que hacían de España un país tan cálido, cruel y fascinante.

—El señor Fonseca me ha estado enseñando todo lo que se refiere a España — dijo ella sonriendo.

—¿Y te gusta lo que estás aprendiendo? —Estoy fascinada, señor.

—¿Qué te gusta más: ¿la gente, la historia o la topografía?

—Todo. Y la gente es el resultado de la historia y de la tierra misma, ¿no? —¿Qué mezcla de sabiduría e insensatez hay en mi pupila!

—Es el resultado de ser joven, señor.

—Por supuesto. Eres muy joven, en ciertos aspectos. Y, sin embargo, comprendo por qué Cortázar estaba tan furioso cuando hablé con él. ¿Qué hiciste? ¿Lo abofeteaste?

—No —ella sonrió, nerviosa—. Bajé de su auto y me fui corriendo. —¿Y él no te siguió?

—Sí, hasta que llegué al muelle. Había gente ahí, así que me sentí a salvo. —¿De sus atenciones indiscretas?

—Sí —apretó con fuerza la manta—. Los hombres piensan que el estar a solas con una chica les da el derecho de ser... amorosos.

—Estamos solos tú y yo, niña —don Juan sonreía en forma perversa—. ¿No tienes miedo de mis instintos amorosos?

—Usted es mi tutor —contestó ella.

—¿Y eso no te inspira el deseo de huir de mi lado?

Ella se quedó mirándolo, sin saber qué decir, consciente de la presencia de él. Por un desconcertante momento fue como si se encontrara a solas con el joven y atrevido don Juan, al que le gustaban los caballos rápidos, que extraía plata de las entrañas de las montañas, y disfrutaba de la compañía de exóticas mujeres.

Para alivio de Victoria, el marqués extrajo de la guantera una linterna. La encendió para comprobar que funcionaba.

—Sugiero que salgamos a buscar dónde pasar la noche, en alguna de las casitas que hay al lado del camino. Cúbrete bien con esa manta.

Salieron del automóvil, hacia el camino envuelto en la neblina y ella miró de un lado para otro, con nerviosidad.

—¿No sería mejor quedarnos en el auto, señor? —preguntó.

—No —contestó él con firmeza—. Nos arriesgaríamos a un enfriamiento y yo tengo esta pierna inútil. Ven, no te separes de mí y te prometo que pronto estarás junto a un buen fuego, bebiendo café caliente.

El rayo de luz de la linterna que él llevaba en la mano penetraba la espesa neblina y pronto

se encontraron en un camino que, sin duda alguna, debía conducir a algún tipo de habitación. Victoria hizo lo que él le había ordenado y se mantuvo junto a su tutor, que cojeaba más que de costumbre.

—¡Ah! —él se detuvo en forma repentina y la preocupación de Victoria se convirtió en alivio cuando vio que la luz de la lámpara iluminaba los ásperos contornos de una pared blanca, el marco de una ventana y después una puerta de madera con aldaba.

El rayo de luz recorrió entonces a Victoria, envuelta hasta la nariz en la manta de viaje.

—Bien, Gretel, hemos encontrado la casita del bosque. ¿Crees que Hansel se atreverá a usar la aldaba?

Ella rio con suavidad. Le gustaba cuando don Juan revelaba el humor que yacía en el fondo de él.

—Gretel tiene los pies bastante fríos —contestó ella. —Noté que cojeabas, niña.

—Perdí el tacón de mi zapato derecho.

—Bien, aquí vamos —tocó la puerta tres veces con la aldaba, produciendo sonidos que rasgaron el silencio de la noche. Esperaron y entonces oyeron que alguien abría una ventana.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz, que sonaba malhumorada.

—Señora, queremos suplicarle nos permita pasar la noche aquí. Nuestro auto se ha averiado y nos hemos quedado varados en la neblina.

—Lo siento, señor, pero no tengo habitaciones disponibles... —Le pagaría muy bien, señora.

Se hizo silencio, mientras la mujer titubeaba. Entonces Oyeron que se cerraba la ventana.

—La gente del campo se pone nerviosa en noches como ésta —dijo don Juan a Victoria—. Pero la mujer no aceptará si pagamos por sus servicios.

—Dígale quién es usted —sugirió Victoria.

—Por ciertas razones —su voz parecía reflejar su sonrisa—, prefiero que seamos desconocidos para ella.

Mientras la joven pensaba a qué se referiría, se oyó el ruido de cerrojos y la puerta de la

casita se abrió con lentitud para revelar una figura cubierta por un chal, que sostenía en la mano una lámpara. La mujer la levantó para poder ver a sus visitantes. Miró con fijeza a don Juan, alto e inconfundiblemente distinguido a pesar del cabello alborotado, para después dirigir su atención a su joven acompañante, envuelta en la manta. No pareció reconocer al marqués, porque dijo en voz desagradable:

—No sé si deba recibir desconocidos en mi casa. ¿Cómo sé que son gente honesta?

Don Juan sacó la cartera de su bolsillo y extrajo de ella varios billetes.

—Aquí tiene usted, señora. Confío en que esto pagará el hospedaje por esta noche. Mire, la joven está temblando de frío.

La anciana se guardó los billetes en el seno y abrió la puerta, para dejarlos pasar a un angosto pasillo. La puerta se cerró y la mujer los condujo hacia la cocina, donde ardía un fuego leve.

La anciana colocó la lámpara sobre una mesa y arrojó algunos troncos de leña al fuego. Se volvió de nuevo, cuando las llamas subieron, para escudriñar a los recién llegados. Dijo algo en rápido español, de modo que Victoria no entendió nada. Don Juan se dio cuenta y le explicó sonriendo:

—La señora pregunta si apetece un plato de sopa caliente. —Oh... sí, por favor.

Él contestó a la mujer, que se acercó al fuego para colocar sobre él una marmita ennegrecida. No dejó de hablar, por encima del hombro, mientras lo hacía, y don Juan le contestaba con monosílabos.

Ayudó a Victoria a desprenderse de la manta. Victoria parecía una niña salida de un cuento, con el cabello húmedo, el vestido ajado y todavía un poco asustada.

La sombra de don Juan se elevaba hasta el techo mismo... él pareció titubear, como si no quisiera lastimar los sentimientos de Victoria, lo cual también era desacostumbrado para ella.

—La mujer dice que hay sólo un dormitorio... ella está dispuesta a dormir aquí abajo, en un colchón que pondrá cerca del fuego.

La joven lo miró y la invadió un sentimiento total de impotencia. Él se apoyaba con fuerza en su bastón y hacía un pequeño gesto. Ella comprendía que la pierna debía estar doliéndole y no había otro lugar donde él pudiera descansar... ¡excepto ese solo y único dormitorio! Victoria se dijo que no era el momento de mojigaterías.

La cocina olía a lentejas y a yerbas, cuando la anciana comenzó a servir la sopa. Había puesto en la mesa cubiertos, pan y platos. Victoria ocupó su lugar, sin atreverse a mirar a don Juan. Sentía las piernas débiles. Pensaba que aquella severa anciana española jamás permitiría a una pareja compartir una habitación a menos que pensara que estaban casados.

Subieron por la angosta escalera de piedra que conducía al dormitorio. La llama de la vela que Victoria llevaba alumbró las paredes blancas y el cubrecama cuando entraron en la habitación de techo bajo.

Había sólo una cama, un armario y una silla. La habitación estaba bajo el alero y le recordó a Victoria su pequeño y frío dormitorio en la casa de los Sandell. Sólo que ella nunca había compartido esa habitación con un hombre.

—Pareces muy agitada —murmuró él.

Ella fijó sus ojos en los de él y su mirada pareció confesarle el motivo de su agitación.

—Siempre me pongo a temblar cuando estoy cansada —explicó Victoria y se echó el cabello hacia atrás—. Yo... no voy a comportarme como una tonta... sólo porque tengo que compartir con usted este cuarto, por una noche.

—Tenemos que compartir la cama también —dijo él con suavidad—. Yo podría hacer el papel de mártir y sentarme toda la noche en esa silla incómoda, pero estoy seguro de que tú no tendrías corazón, para pedirme una cosa así, ¿verdad?

—No... por... por supuesto.

Victoria se sentía muy débil y hubiera querido dejarse caer sobre la cama. Procuró mirar hacia todas partes, menos la oscura y alta figura de don Juan, cuyo rostro a la luz de la vela tenía cierta fascinación. No debía mostrarse nerviosa sólo porque durante unas horas se verían obligados a compartir una habitación... ¡y una cama!

—¡Yo podría quedarme en la silla! —exclamó ella aprisa.

—Niña —la voz del marqués era peligrosamente suave y baja—, pensé que te sentías segura conmigo.

—Claro que sí... sólo que... —¿Sólo que qué, niña?

—Pues... que no soy una niña.

—¿Así que eso es? Eres lo bastante grande para sentirte recatada y piensas que ahora que nos hemos quedado solos, perderé el control y te abrumaré con mis pretensiones amorosas.

Victoria se sentía tan insegura respecto a don Juan, que en los primeros momentos no se dio cuenta del sarcasmo que había en su voz.

—Yo... no estoy acostumbrada a este tipo de situación, aunque usted lo esté — dijo, sonrojándose al hacerlo.

—No eres una niña, así que no te puedo dar palmadas por decir eso — murmuró el marqués con las cejas más diabólicamente enarcadas que nunca—. Pero hay otra forma de que un hombre se enfrente a una rabieta femenina... ¿sabes cuál es?

Ella miró hacia la boca de él y se alejó tanto como le fue posible. La luz de la vela se reflejaba sobre su cuello y brazos desnudos. El solo pensamiento de ser besada por don Juan era suficiente para alterar su compostura y repentinas lágrimas de emoción y fatiga brillaron en sus ojos.

—Yo... yo no quiero reñir con usted —dijo con voz temblorosa.

—¿Qué es lo que quieres, niña? —su mirada la recorrió, captando sus lágrimas y su tenso cuerpo joven—. Tal vez ni tú misma lo sepas, y yo no te voy a bromear más esta noche. Dormirás bajo las sábanas y yo dormiré encima de ellas. Créeme, jamás hubo una espada más afilada para separar a una pareja que la inocencia y el temor. Y tú eres la imagen misma de ambas cosas en estos momentos.

La sonrisa de don Juan, aunque breve, mientras duró fue bondadosa y ella experimentó sentimientos que no podía comprender. En un momento quería arañarlo y correr; al siguiente, sentía que deseaba algo muy distinto. Si, al sonreír, él hubiera extendido los brazos hacia ella,

habría corrido a refugiarse en ellos, buscando su calor.

Se estremeció... no supo si a causa de sus pensamientos o del frío de la habitación, pero él lo notó y se acercó cojeando a ella. Le tomó una mano y sintió que estaba helada.

—¿Están tus pies igual de fríos? Ella asintió con la cabeza.

—Los pies fríos siempre han sido mi problema. La casa de los Sandell era un lugar grande y demasiado fresco.

—Y tú tenías una habitación sin calefacción ni chimeneas, ¿verdad? —él la empujó hasta hacer que quedara recostada en un lado de la cama—. Quítate los zapatos y te los calentaré.

No tenía caso protestar, pero sin los zapatos se sentía más pequeña, infantil e indefensa. Cuando él tomó sus pies y les dio masaje hasta que le hormigueaban de calientes, se sintió tímida y agradecida a la vez. Era algo que un padre hacía por su hija, pero este hombre alto, de ojos oscuros y enigmáticos, no era de modo alguno paternal. Cuando el calor se apoderó de ella, comenzó a sentirse soñolienta. Don Juan la metió bajo la ropa de la cama, la envolvió muy bien con las frazadas y ella levantó la mirada hacia él, con dificultad.

—¿Así es mejor? —le preguntó y su sombra se volvió un arco en la pared cuando se inclinó a retirar el pelo de la cara.

—Delicioso —dijo ella y el aliento mismo pareció morir en su garganta cuando los dedos delgados de él le acariciaron la mejilla. Ella hubiera querido volver la cabeza y besarle la mano, pero un gesto así podía ser la chispa que encendiera la madera seca y tal vez terminaría por encontrarse en sus brazos... a merced de sus labios endurecidos por el dolor, la soledad y las pasiones controladas. Ella rehuyó su contacto y él se retiró de inmediato.

Pensaba que las palpitaciones de su corazón iban a ahogarla, mientras permanecía inmóvil en la cama, observando la sombra de él contra la pared, mientras se quitaba los zapatos, la chaqueta y la corbata. Colocó todo en la silla que había junto a la cama y después apagó la vela. La mano de Victoria se aferró con fuerza a las frazadas, cuando sintió que él se tendía sobre la cama, junto a ella, y se cubría con la manta de piel.

Victoria escuchó su respiración y luego lo oyó lanzar un pequeño suspiro, como si

encontrará muy agradable poder estar acostado. El cuerpo de él, a todo lo largo, estaba pegado al de ella, sólo separado por la ropa de cama que la cubría. Ella se estremeció.

Nadie debía saber acerca de esta noche... menos Raquel, con quien él había pasado el día. Los ojos de la muchacha eran muy reveladores cuando se detenían en él. Jamás creería que una mujer podía pasar una noche con don Juan, sin encontrarse en sus brazos. Victoria pensó débilmente en esos fuertes brazos que estaban tan cerca de ella, pero entonces lo oyó murmurar:

—Cierra esos grandes ojos, niña mía, y duérmete ya. Esta noche es nuestro secreto. Mañana sonreiremos de lo sucedido.

—¿Qué le dijo a la anciana? —se atrevió a preguntar Victoria. —No le dije nada... sobre nosotros.

—¿Quiere decirme que... le dejó suponer que teníamos el derecho a... compartir una habitación?

—Suponer es la palabra correcta.

—¡En verdad que es usted un pequeño demonio, don Juan!

—Si quieres pensarlo así —él habló en tono perezoso—. Pero debes reconocer que la cama es más cómoda que tener que dormir toda la noche en una silla.

—Pues... sí, desde luego.

—Entonces, no dejes que la conciencia endurezca tu almohada, Victoria. Considérame sólo como una almohada humana, y duérmete ya.

Ella hubiera querido reír al oírlo decir eso... lo amaba cuando dejaba escapar ese aspecto humorístico de su personalidad.

¿Lo amaba?

Ella se quedó muy quieta, escuchando la respiración de él y sintió que movía la pierna, para colocarla en una posición más cómoda. ¿Cómo te amo? Las palabras poéticas llenaron su mente. Te amo con la pasión que puse en mis viejas angustias, y con la fe de mi niñez inocente. ¡Te amo con el aliento, con las sonrisas y con las lágrimas de mi vida entera!

Cerró los ojos y se quedó dormida junto a don Juan de León.

Despertó en la mañana antes que él. Recordó los acontecimientos de la noche anterior y observó el rostro del hombre dormido a su lado. Notó lo negro que era su cabello, lo orgullosa que parecía su nariz, y pensó lo reservada que debía ser ahora con este hombre que era su tutor.

Bajo de la cama y se dirigió a la ventana. La empujó para abrirla y se asomó, aspirando el aire fresco de la mañana. El sol era tibio después de la helada neblina de la noche anterior.

Si uno pudiera aferrarse a un determinado momento en la vida y no soltarlo jamás, ella habría elegido ése. Le hubiera gustado quedarse cautiva de esa hermosa mañana, en aquel momento en que era la única mujer en la vida de don Juan. Nada que hubiera dicho, ninguna promesa que hubiese hecho a otra persona podría romper el mágico hechizo de ese instante.

## Capítulo 7

Victoria tuvo mucho cuidado, en los días que siguieron, de actuar como si no tuviera nada más serio en qué pensar que sus lecciones con el señor Fonseca. Todas las mañanas el chofer la llevaba a la villa, donde de vez en cuando veía a Raquel.

La elegante muchacha, siempre miraba con aire divertido a la alumna de su padre.

—Es usted una mujercita demasiado seria —le dijo una mañana, cuando encontró a Victoria estudiando en la mesa del patio—. Enrique Cortázar estaba preguntando por usted ayer, y le dije que podía visitarla aquí, cuando quisiera.

—Ojalá no lo haga —dijo Victoria—. Me distrae mucho y yo tomo muy en serio mis lecciones.

—Ya lo veo —Raquel cortó una pequeña rosa amarilla y la colocó en la solapa de su hermoso traje sastre—. ¿No sería más divertido casarse con un chico guapo, que sentarse a leer esos libros?

—Me gusta aprender y el padre de usted es un maestro maravilloso.

—Mi papá es un primor —murmuró Raquel con aire posesivo—. Sólo conozco otro hombre que se le pueda comparar en ingenio, cultura y verdadero encanto español. ¿No le parecen fascinantes nuestros hombres, señorita Wilton?

Victoria levantó la mirada y vio que Raquel observaba su fresco vestido verde y su cabello rojizo peinado en una cola de caballo.

—Sí, los hombres españoles son apuestos y galantes —contestó ella sonriendo.

—Entonces no entiendo por qué no se ha enamorado usted de uno de ellos, señorita

Wilton. Desde luego, he oído que los ingleses son muy fríos, discretos y nada inclinados a revelar sus sentimientos.

—Tengo la impresión de que usted quiere insinuarme algo, señorita Fonseca — Victoria se propuso no dejar de sonreír—. Por favor, sea franca conmigo.

—Don Juan no puede ser siempre responsable de usted... ¿es eso lo suficientemente franco? Usted ya no es una niña, aunque Juan quiera pensarlo así.

—No, señorita —Victoria sostuvo la mirada de Raquel—. Jamás soñaría en imponerme a la generosidad de don Juan por más tiempo del necesario. El padre de usted conoce al director de una galería de arte en Madrid y espero muy pronto irme a trabajar allí, como su ayudante.

—¿A Madrid? Eso sería muy conveniente para usted, en cuanto a su amistad con Enrique Cortázar. El parece muy intrigado por usted, pero siga mi consejo y no se haga la difícil. A los hombres les emociona la persecución, pero les gusta alcanzar la presa. Enrique parece creer que usted es muy tímida y piensa que la asustó la última vez que estuvieron juntos.

Por fortuna para Victoria, que comenzaba a enfadarse, el señor Fonseca volvió al patio con el libro de grabados que quería que ella estudiara.

—¿Vas a quedarte a estudiar con nosotros? —preguntó a su hija, con un brillo burlón en los ojos—. Pensé que ibas a almorzar en el Hidalgo con uno de tus numerosos admiradores.

—A él no le importará esperarme, papá —Raquel miró a Victoria con aire de compasión—. Lo siento por usted, querida, que tiene que quedarse a trabajar. Debe seguir mi consejo y conseguir un marido.

—¿Acaso ya encontraste uno para ti? —preguntó su padre con sequedad.

—Sí, papá, hay alguien especial —sonrió misteriosa, al besar la mejilla de su padre y continuaba sonriendo cuando hizo una seña de despedida a Victoria y se alejó del patio caminando con gran elegancia. Ese alguien especial era don Juan, que debía casarse para tener un hijo que heredara su nombre y las responsabilidades del título. Ese pensamiento obsesionó a Victoria el resto de la mañana.

La joven y su maestro almorzaron a la sombra de un árbol.

—Te ves un poco triste, Victoria. ¿Te preocupa algo? Ella se estremeció y volvió a la realidad.

—Estaba pensando, señor, que no me puedo quedar en forma indefinida en el castillo. ¿Cuándo cree usted que estaré lista para comenzar a trabajar en la galería de Madrid?

—Los jóvenes son impacientes —dijo él con una sonrisa—. ¿Ya te cansaste tan pronto del viejo profesor y de los gruesos libros que te hace leer?

—No, no es eso —contestó ella aprisa—. Disfruto cada minuto que paso aquí. Pero anhelo independizarme... no puedo seguir abusando de la hospitalidad de don Juan.

—Él se siente encantado de brindártela. Juan es un verdadero español y por supuesto generoso. El castillo es un lugar muy solitario para él y tú has ayudado a llenarlo. Así que no te imagines que eres una carga para nadie, pequeña.

—Pero cuando él se case, señor...

—No creo que el gran día esté muy cerca, niña.

—Pero quiero ya estar lejos, cuando eso suceda.

—Eso es comprensible —los ojos astutos se fijaron en ella—. Cuando Juan se case, la vida cambiará para ti; pero, mientras esto sucede, disfruta de ser su pupila.

Lo que será, será. Todos debemos someternos a nuestro destino, sin importar cuál sea éste.

—Me hace sentir insegura.

—Te sientes de ese modo, niña, porque eres muy joven. Los jóvenes deben soñar, esperar y tal vez sufrir un poco de melancolía. Los mejores poetas y pintores han sido jóvenes que sufrían por amar, que no habían encontrado todavía el consuelo del verdadero amor. El amor es la raíz de todo... no podemos escapar de él.

—Yo nunca he estado enamorada —dijo ella—. Me he preguntado cómo lo sabe uno...

El anciano la observó durante un largo momento.

—Se convierte en una pequeña muerte cada vez que dices adiós a cierta persona. Es un tormento irte, cuando lo único que deseas es quedarte con ella. El amor es una pasión primitiva, niña. Es el deseo de ser parte de esa persona, no por una hora, sino de día y de noche, por toda la

eternidad. Tú lo sabrás, créeme, cuando te enamores. Eres una muchacha sensible y, por lo tanto, te encuentras entre los seres apasionados.

El señor Fonseca rio con suavidad al ver la expresión de ella.

—Encontrarás una gran alegría en el amor, o una cierta tristeza —predijo el anciano—. No puede haber términos medios para una muchacha como tú que lo dará todo a un hombre. La dedicación que tú pones a los estudios, debe prestársele en la misma forma al amor. Es esa dedicación la que te hace la alumna perfecta que eres.

—Gracias por el cumplido, señor. Pero, ¿cuándo cree que estaré lista para trabajar?

—Todo a su tiempo, niña —los dedos de él se cerraron en torno a los de ella—. Si el matrimonio de don Juan es una cosa inminente, yo seré uno de los primeros en saberlo.

Victoria tuvo que hacer un esfuerzo por continuar sonriendo. Por supuesto, el padre de Raquel sería el primero al que dirían en qué fecha se casarían, en la iglesia de la isla. La novia iría vestida con encajes hechos en el convento, con un ramo de azucenas. Las perlas de los León adornarían su cuello y una gran sonrisa iluminaría su rostro. La isla completa se vestiría de fiesta. Todos se mostrarían felices y dirían que el marqués había hecho una buena elección.

Pasaron varios minutos antes que Victoria se diera cuenta de que el señor Fonseca se había ido a dormir su siesta. Se sentía tan inquieta y deprimida que decidió no seguir estudiando por el momento, sino que se dirigió hacia la playa y caminó por ella, sumida en tristes pensamientos.

Se sentía más sola que nunca. Le pareció que su destino era siempre tener que dejar los lugares que amaba para ir a otro lado. Ella había amado la casita donde viviera con su padre en Combe St. Blaize, pero no había podido quedarse en ella, al morir él. Ella amaba esta isla y el castillo, pero cuando su tutor se casará tendría que irse de nuevo, para vivir entre desconocidos.

Se sentía tan solitaria que escuchó con alegría la voz amiga que le habló de pronto.

—Estaba pensando en ti, Victoria. Mis pensamientos deben haberte traído hasta aquí.

—¡Hola, Quique!

Extendió la mano hacia él y dejó que los dedos masculinos la oprimieran con cierta fuerza.

—¿Qué hizo nublar tus ojos por las lágrimas? ¿El reflejo del sol en el agua o el

remordimiento de haber huido de mi lado sin razón alguna para hacerlo?

—¿Cómo si merecieras que llorara por ti! ¡Vanidoso! —exclamó ella riendo, pero su voz era agradable y ella se sentía contenta de verlo—. Ven, siéntate junto a mí y conversemos, Quique.

Él se sentó junto a ella en la arena. Era guapo y se veía atractivo con sus pantalones oscuros ajustados, camisa azul entreabierta en el cuello y una cadena de oro de la que pendía una medalla. Victoria era demasiado femenina para no reaccionar ante su presencia.

—¿Qué hiciste cuando me dejaste el domingo? Espero que no te hayas quedado en la playa, porque hubo una neblina tremenda.

¿Cómo hubiera podido ella olvidar la neblina?

—No hablemos de esa tonta riña —dijo ella con voz suave.

—Sí que fue tonta, Victoria. ¿Qué hice que te pareció tan terrible?

—Por favor, olvidémoslo. Conversemos de nuevo, desde nuestro primer encuentro. Te mostraste muy galante, como un viejo trovador.

—Prefiero sentirme joven, pequeña —su sonrisa parecía sostener un duelo con la seriedad de los ojos de ella—. ¿Qué te ha dicho el marqués, que te concentres en tus estudios y no pierdas el tiempo con los muchachos?

—Soy yo la interesada en adquirir buena educación.

—¡Lecciones... libros! —Enique le oprimió una mano con fuerza—. Debías estar divirtiéndote. Si yo fuera el marqués, te daría lecciones de otro tipo.

—¡Quique!

El rio con descarada picardía.

—¿Nunca has ido a una boda española, pequeña? ¿No? Entonces te llevaré a una. A las seis de la tarde, la pareja y sus invitados estarán en la iglesia. Después de la ceremonia habrá una fiesta. He prometido tocar la guitarra y me han dicho que puedo llevar a una chica.

Se detuvo y la miró detenidamente.

—Me gustaría muchísimo llevarte a la boda.

—Y a mí me gustaría ir, Quique, pero el automóvil llegará por mí a las cuatro para

llevarme al castillo.

—Puedes mandar decir con el chofer que llegarás tarde. Supongo que el marqués no te encierra el resto del tiempo en la torre ¿verdad? Yo quiero tratarte como a una mujer, no como a una niña. Quiero darte música y risas, no los muros sombríos de un castillo, ni una cena solemne, en un salón lleno de recuerdos. El marqués piensa que, porque él no puede bailar, tú no tienes deseos de hacerlo.

¡Espera que seas una niña durante el día y una pobre solterona abnegada en las noches!

—Enrique, ¡qué tonterías dices! —protestó ella—. Don Juan no es como lo describes. El me dejaría ir a la boda si le dijera que quiero ir.

—Entonces no hay problema —sonrió él. Volveremos a la villa a las cuatro, para que des al chofer el mensaje para el marqués. Entonces iremos al Club Hidalgo a recoger mi guitarra. No trabajo allí esta noche, así que ambos estamos en libertad de divertirnos. ¿No crees que es romántico celebrar una boda bajo las estrellas?

—Ustedes los españoles tienen una aptitud natural para el romanticismo —reconoció ella.

—La mujer española vive para complacer al hombre que le gusta. —Entonces temo que nada me hará española.

—Estás equivocada —se inclinó un poco hacia ella, con los ojos muy brillantes—, si te casas con un español, te volverás española.

—En el fondo de mi corazón siempre sería inglesa.

—Tú tienes tipo de magia peculiar —los ojos de Quique se suavizaron y oprimió la mano de ella, que tenía en la suya, contra su mejilla, en un gesto cariñoso—. La chica que tiene las manos frías posee corazón ardiente. La semana pasada sólo quería coquetear contigo. Ahora te trataré en forma distinta.

—No, Enrique... —su corazón latió con fuerza—. Mantengamos nuestra relación superficialmente.

—Será tan ligera como el sonido de las campanas y la música, como la luz de la luna.

—¡Quique! —exclamó ella, llena de pánico—. No uses tus encantos en mí, porque podría

no resistirlos, y ambos saldríamos lastimados.

—Para eso es la vida... para ser lastimados y luego, curados, para sufrir y para ser felices. Victoria, no te opongas a ella.

Qué fácil habría sido no luchar contra el destino si éste hubiera determinado que ella se enamorara del guitarrista. Hizo un esfuerzo por evitar que su sonrisa se convirtiera en una mueca de dolor.

—Los españoles son peligrosos, porque pueden ser encantadores —dijo por fin—. Mira, bailaré en la boda de tus amigos. Será algo grato que recordar cuando me vaya de la isla.

—¿No piensas quedarte aquí?

Ella movió la cabeza de un lado para otro.

—Siempre fue un arreglo temporal. Dentro de poco me iré a Madrid a trabajar.

—¡Madrid! Hay tantas cosas allí que puedo mostrarte. Lo viejo y lo moderno; lo extraño y lo bello. ¡Seremos muy felices allá!

Ella lo miró y trató de creer que podría ser feliz lejos de la isla.

—Creo que te entristece pensar que vas a dejar la isla, Vicky.

Ella se volvió hacia él, con una expresión de asombro en los ojos. —Me llamaste Vicky.

—¿Te gusta?

—Sí, me parece un gesto amistoso...

—Es algo más que deseo de amistad, Vicky, pero, dejémoslo así por el momento —se había dado cuenta de que sus miradas tiernas comenzaban a poner nerviosa a Victoria y cambió de tema. Empezó a hablar de su niñez en las montañas de España; su deseo de ser algo más que recolector de almendras y aceitunas. Había escapado de su casa a los quince años y había logrado llegar hasta Barcelona, donde trabajó como camarero y se convirtió en alumno de un músico que tocaba la guitarra como un ángel, pero vivía como un demonio.

—No tengo ni la mitad del talento de ese hombre —murmuró Enrique—, pero uso el que tengo hasta dónde puedo y soy ambicioso. Planeo ganar mucho dinero y cuando sea rico, compraré una gran casa, con huertos de almendros, árboles de mimosa y fuentes. Seré un hombre respetable,

con esposa e hijos.

—Me sorprendes, Quique, de veras. —Victoria sonrió.

—¿Pensabas que yo era un playboy? Soy español antes que cualquier otra cosa y un español toma la vida en serio, aunque cantemos y hagamos fiestas siempre que haya oportunidad. Esta noche nos verás de fiesta y te enseñaré a bailar como una verdadera española.

—¿Iremos a la iglesia a ver la ceremonia? —preguntó ella, porque la alegría de él era contagiosa y comenzaba a entusiasmarla la idea de ir a la boda.

—Por supuesto que iremos, querida mía.

La ceremonia religiosa, llena de solemnidad, emocionó a Victoria casi hasta las lágrimas.

Al salir de la iglesia, los invitados subieron a las carretas, decoradas con flores y cascabeles, dirigiéndose a la casa del novio. Esta era una finca construida en la ladera de una montaña, con altos muros arcos y un gran patio en el que se habían colocado numerosas linternas de colores.

Enrique sonrió al tomar a Victoria por la cintura y la condujo a través del patio para presentarla con los padres de la feliz pareja. La joven llevaba puesta una mantilla de encaje, que el señor Fonseca le había prestado, tomándola del guardarropa de su hija.

La gente la saludaba con franca cordialidad.

Su corazón latía de entusiasmo y le alegraba poder contestar a las frases de bienvenida con otras en el mismo idioma. Sus esfuerzos eran recompensados con sonrisas de satisfacción.

—Su idioma, su música y sus costumbres me parecen encantadores —decía ella, sonriendo. Hubiera podido añadir que estar entre ellos le hacía revivir los bailes a los que había asistido de niña en Combe St. Blaize. Su padre nunca la había dejado sola en la casita; la llevaba sobre sus hombros, a través de los páramos, para que se divirtiera con los otros niños mientras él bailaba.

Aquí, en la fiesta de la boda de Dorita y Álvaro, que así se llamaban los novios, los niños corrían de un lado a otro, entre los árboles iluminados.

Victoria miró a su alrededor y el ver tanta alegría la hizo pensar si su tutor estaría cenando

solo esta noche. ¿Estaría en el castillo o habría salido a cenar con Raquel?

Ahora que había visto una boda española, podía imaginarse al apuesto marqués ante el altar, convirtiendo a Raquel en su esposa. Y algo se rebelaba en ella ante la idea, porque consideraba que esa muchacha no sería jamás la esposa dulce, tierna y fiel que don Juan merecía.

—Ven, vamos a comer algo antes que me pidan que empiece a cantar —Quique tomó su brazo y la arrebató con brusquedad de sus tristes pensamientos. Ella sonrió, demostrando que estaba de acuerdo y se dejó llevar a la mesa del buffet.

Se sirvieron al gusto y después alguien les sirvió una copa de vino y fueron a sentarse en un rincón del patio, a comer, a beber y a contemplar a una pareja que bailaba en esos momentos.

El sonido de las castañuelas, la alegría y la gracia del baile parecieron penetrar en las venas mismas de Victoria, haciendo que su sangre corriera con mayor fuerza. La cercanía de Quique contribuía también a acelerar su pulso. Estaban sentados uno muy cerca del otro y el aliento cálido de él rozaba con suavidad su mejilla. La joven decidió no pensar en el mañana; viviría esa noche feliz, y nada más.

—¿Contenta? —murmuró él a su oído.

—¡Sí! —ella tomó un sorbo de vino—. Gracias por traerme... no me hubiera perdido esto por nada en el mundo.

—Hablas como si no fueras a ver nunca otra boda española en tu vida. —Es muy posible que asista a otras, pero la primera vez es especial. —¿Cómo la primera vez que te enamoras?

—Supongo que la primera vez debe ser una cosa devastadora. No lo sé.

—¿Será posible? —preguntó él y sus ojos parecieron querer leer lo que había en los de ella—. Toda esta gente supone que te estoy cortejando. Para un español no existe eso de una amistad platónica entre un hombre y una mujer. Entre ellos sólo puede existir amor, pasión.

—¡Pero nosotros somos nada más amigos!

—No seas inocente, Victoria. Un amigo para un español es el tipo con quien discute de política, o habla de toros o de fútbol.

—¿Me trajiste aquí a propósito, para que todos piensen que somos algo más que amigos?

—¿Quieres decir que te he puesto en una situación comprometida? —él se rio con suavidad y tocó su mejilla antes que ella pudiera detenerlo—. Se necesitaría algo más que asistir juntos a una fiesta, chica. Digamos que yo pasara una noche solo contigo y alguien nos viera. Entonces, como español de honor, me tendría que casar contigo. De otra manera, tu reputación quedaría manchada y nadie te querría hacer su esposa.

—¿Quieres decir... —su corazón estaba latiendo con fuerza inusitada— que nadie creería en... nuestra inocencia?

—¿Es posible que una noche así fuera inocente? —Sí... si el hombre era un caballero.

—Necesitaría estar hecho de piedra —dijo Quique riendo todavía—. En cualquier caso, no habría diferencia si él y la chica no hubieran hecho el amor. Estaría obligado a casarse con ella o la dejaría para vestir santos.

—¿Para vestir santos?

—Es el término que usamos para referirnos a las mujeres que nunca se casan.

—¿Me quieres decir que nadie aceptaría la inocencia de una muchacha a quien las circunstancias hubieran obligado a pasar la noche sola con un hombre?

—Los españoles tenemos un estricto código de honor. Pero recuerda que fue Eva quien tentó al primer hombre. El hombre es un tipo alegre y despreocupado, hasta que una mujer no le echa el ojo.

—¡Pobrecitos hombres! —Victoria levantó la barbilla—. Debe ser terrible vivir en tal peligro. Tal vez hubiera sido mejor que Dios no le hubiese quitado esa costilla a Adán.

—Quizá... —dijo él riendo—. Pero imagínate de todo lo que nos habríamos visto privados. Nada de chispas en el corazón, nada de caras bonitas que ver, nada de besos. A pesar de los riesgos, es un buen arreglo, ¿no crees?

—Creo que Eva nos quitó la iniciativa al hacer el papel de tentadoras. Hizo creer a Adán que era un galardón que debía ganarse y desde entonces, el hombre ha actuado como si fuera el premio gordo de la lotería en la vida de una muchacha.

—Para la mayor parte de las chicas lo es —dijo Enrique con descaro—. Vamos, ¿te

gustaría ir por la vida sin un hombre para amarte?

Victoria volvió la mirada hacia la joven pareja nupcial, rodeada de sus amigos y tan notoriamente feliz esa noche que hizo una petición mental a Dios porque las realidades del matrimonio nunca apagarán las estrellas que había en esos momentos en sus ojos. Ellos amaban y eran amados... la mayor parte de la gente anhelaba tener el amor. Sin éste, la vida era vacía en muchos sentidos.

Entonces, los invitados comenzaron a pedirle a Enrique que tocara y cantara. La magia de su música no tardó en llenar el patio, intensificada por el olor de los claveles, el brillo de las linternas y la expresión feliz de la gente.

Por una hora o dos, Victoria se dejó conquistar por la magia del ambiente, pero después comenzó a vagar entre los cipreses y volvió a ella la tristeza de pensar que un día, muy pronto, tendría que dejar la isla.

Quique la alcanzó sin que la joven se diera cuenta. Victoria no pudo evitar lanzar un pequeño grito ahogado, cuando sus brazos la aprisionaron contra el tronco del árbol en que estaba recostada. No pudo impedir que la besara con pasión.

—Uno tiene que vigilarte o desapareces en forma misteriosa —murmuró a su oído—. Eres mágica, nunca lo bastante real como para que uno te acaricie. Casi parece un sacrilegio pensar en ti con pasión.

—Hace poco me estabas aconsejando que me enamorara.

—Ahora, quisiera ponerte en un vaso de plata y admirarte como una flor rara. —¿Sin tocarme nunca? —preguntó ella riendo.

—Vamos—dijo—Quique, riendo con ella—, los novios van a seguir una tradición de la isla: repartir dulces entre sus invitados como símbolo de buena suerte para todos.

Tomados de la mano se reunieron con la multitud de invitados que rodeaban a la pareja, dedicada al reparto de los dulces. Victoria estaba tan fascinada con la escena que veía, que la tomó por sorpresa que Enrique y ella hubieran llegado hasta los novios. Dorita le ofreció un dulce, mientras Álvaro hacía lo mismo con Enrique. Hubo estallido de risas. Sólo Victoria parecía

sorprendida y entonces, en el momento de volverse hacia Quique, un rostro a la luz de una linterna atrajo su atención y vio con asombro a la mujer que le había dado protección a don Juan y a ella la noche de la neblina. Se sorprendió.

La anciana llevaba un garrafón cubierto de paja y estaba sirviendo virio a los invitados. Debió haber sido contratada para ayudar. Victoria había estado tan fascinada por la fiesta misma que no había notado su presencia hasta ese momento.

Ella sonrió con timidez a la mujer, que la estaba mirando.

—No sea tímida, señorita —decía la gente que los rodeaba—, ¡coma el dulce... es de buena suerte!

Pero no podía hacerlo. Tenía la boca seca y su corazón latía desesperado. Nadie existía en esos momentos para ella más que la mujer vestida de negro, con la garrafa de vino en las manos.

—¿Puedo servir a la señora un poco de vino? —la mujer se había acercado a ella y sus pequeños ojos oscuros estaban llenos de malicia—. Espero que el esposo de la señora esté bien. ¡Qué caballero, eh! Me pagó muy bien por la noche que pasaron ustedes en mi cabaña.

—Está usted equivocada —interrumpió Quique, mientras la gente que estaba cerca de ellos miraba a Victoria con curiosidad—. La señorita no es casada.

—¿No? —la anciana miro el rostro pálido de Victoria—. Con razón el caballero me pagó tan bien...

—¿Qué quiere decir con eso, mujer? —Quique hablaba con disgusto.

—Yo en su lugar le preguntaría a la jovencita —dijo ella y como un espíritu maligno, desapareció para seguir adelante con su tarea. Victoria lanzó un grito ahogado de dolor cuando Quique tomó su muñeca y se la apretó con fuerza.

—¿Entendiste lo que dijo?

Victoria se daba perfecta cuenta de que su secreto y el de don Juan había salido a la luz.

—Sí... parte de ello.

Sin soltarle la muñeca, la alejó de la fiesta para llevarla a una parte aislada del patio.

—Me gustaría una explicación, si me haces el favor —sus ojos brillaban en forma

peligrosa en las sombras—. ¿Con quién pasaste una noche en la casa de esa vieja, y por qué Se hicieron pasar por marido y mujer?

Victoria logró soltar su mano y acarició su muñeca dolorida. —Temo que no puedo decirte nada...

—¡Me lo vas a decir! ¡Exijo saberlo!

—Y yo me niego a decírtelo. Sin importar lo que la mujer haya insinuado, esa noche en su casa fue del todo inocente. Fue resultado de circunstancias más allá de mi control...

Estaba temblando y se interrumpió bruscamente, decidida a no mencionar a su tutor. Nadie debía saber de quién se trataba. Esa misma noche Quique le había explicado que un español que comprometiera a una muchacha en esa forma tenía que casarse con ella, si deseaba devolverle su reputación.

—Quiero irme a casa —dijo con decisión.

—¡No! —le impidió escapar, interponiéndose en su camino—. Tenemos que discutir esto, Victoria. No podemos marcharnos y pretender que nunca sucedió. Quiero saber el nombre de ese tipo... sólo su identidad puede revelarme si la noche que pasaste con él fue tan inocente como tú dices. Quiero creer en tu inocencia.

—Es muy generoso de tu parte. Pero con típica arrogancia masculina pones condiciones antes de demostrar tu generosidad. Lo siento, Quique, no puedo decirte el nombre de mi compañero de adversidad, así que tendrás que pensar lo que quieras...

—¿No fue don Juan, por casualidad?

Por un horrible momento pensó que se había traicionado con un grito, pero en realidad se había quedado rígida por la impresión. Tuvo que hacer un gran esfuerzo físico para poder hablar.

—¡Vaya, qué cosas dices! Si don Juan quisiera seducirme, no necesitaría llevarme a casa de nadie a pasar la noche... —se retiró de Quique, lastimada por las palabras que él le había arrancado.

—¿Entonces quién...? ¿A quién más conoces en la isla? ¿A qué otro nombre, fuera del señor Fonseca?

—¿Ahora estás acusando a mi maestro? —la frialdad que había invadido su cuerpo se reflejó en su voz—. Quique, ¿qué importa, en verdad? ¿No puedes creer, que nada malo sucedió esa noche?

—¿Por qué proteges a ese hombre en forma tan obstinada?

—Tú eres el obstinado, Quique —lanzó un suspiro—. Olvidas que el domingo salimos a pasear y reñimos. Yo... conocí a alguien más. Alguien a quien tal vez no conoces.

Era una verdad a medias, un desesperado intento de encubrir a su tutor, de no exponerlo al escándalo. El estricto código moral de la isla hubiera hecho del suceso un escándalo. Don Juan de León no era un santo, pero era ejemplo de honor, valor y cortesía; él se sentiría obligado a casarse con ella si el escándalo los ligaba de algún modo.

Clavó los ojos en los de Quique y vio la rabia ahogada y la desilusión reflejadas en ellos.

—Perdóname por destrozarte las ilusiones que te habías hecho sobre mí —trató de hablar con ligereza—. Debes creerme cuando te digo que no pasó nada terrible; excepto que nos encomiamos varados por la neblina y buscamos refugio bajo el primer techo que encontramos. Él fue galante y bondadoso y siempre le estaré agradecida por ello.

—¿Estás enamorada de él?

La pregunta le quitó el aliento... tuvo que hacer un esfuerzo para no revelar su agitación.

—Uno no puede amar a un desconocido —rio forzada—. Sería una experiencia horrible. Pero no me será fácil olvidar su bondad.

—¿No puedo entender cómo permitiste que un desconocido se hiciera pasar por tu esposo!

—La mujer lo supuso... él pensó que no importaba, en las circunstancias.

—¿Qué poca visión de parte de él! —exclamó Enrique con brusquedad—. Ahora esa mujer ha vuelto a verte y ha revelado lo sucedido. Todos mis amigos pensarán que eres una aventurera.

—¿Te importa tanto lo que la gente diga?—preguntó ella—. Eres un conservador muy rígido bajo tu apariencia de hombre enamorado y conquistador. Bueno, trataré de sacar el mejor provecho a mi situación de mujer señalada.

—¡No hagas bromas con esto! —él la tomó por los hombros y la sacudió—. El escándalo se esparce como pólvora en un lugar de confines limitados como es una isla. La gente comenzará a murmurar de ti. ¿No te importa eso?

Le importaba mucho más que don Juan no fuera descubierto como el hombre que había compartido con ella esa habitación de la casita.

—Quiero volver a casa —dijo—. Es más, de medianoche y muchos de los invitados están despidiéndose.

Quique iba a decir algo con brusquedad, pero se contuvo, apretó los labios y miró el rostro de ella levantado hacia él. Era un rostro triste y suplicante. Sólo un poco antes habían estado bailando juntos y los novios les habían regalado dulces. Ahora, todo eso había terminado.

Se despidieron y salieron de la finca en el automóvil de un amigo. Fue un gran alivio para Victoria cuando las torres del castillo aparecieron a la vista.

—Buenas noches... las palabras flotaron por encima de su hombro, mientras corría para abrir la puerta lateral del castillo. Cuando la cerró tras sí, Quique y sus amigos se alejaron de ahí.

## Capítulo 8

Las lámparas del patio brillaban con suavidad en el patio que cruzó Victoria para dirigirse hacia un arco que conducía al castillo.

Y mientras permanecía ahí, envuelta por la luz de la luna, escuchó el sonido de un piano que alguien tocaba en el castillo. La música rompía el silencio de la noche, triste y encantadora. Atraída por el sonido, ella lo fue siguiendo hasta que se encontró en la puerta entreabierta del cuarto dorado. Se detuvo y escuchó.

El corazón de Victoria palpitaba con suavidad y pasaron varios momentos antes que tuviera el valor suficiente para asomarse y mira al pianista. Los candelabros que había sobre el piano estaban encendidos. Las llamas gemelas se movieron, produciendo sombra-movedizas sobre el perfil de su tutor.

El continuó tocando como si no la hubiera visto, pero ella sabía que ya había notado su presencia. Victoria sintió, en forma instintiva, que él estaba disgustado con ella. El corazón le decía que había estado esperando su llegada, aunque tenía puesta una bata de seda oscura.

Cuando el prelude llegó a su fin, Victoria sintió que le temblaban las piernas. Hubiera querido retroceder, pero no podía moverse. Deseaba hablar, pero las palabras no salían de sus labios.

Él se volvió con lentitud para mirarla, con una expresión sombría que hizo estremecer su corazón. Su mirada era demasiado penetrante para que ella pudiera evadirla.

—¿Te das cuenta de la hora que es? —preguntó él con brusquedad.

—Yo... yo sé que es tarde —su voz temblaba a pesar suyo—. Fui a una boda. La

ceremonia fue en la tarde; después hubo una fiesta y salimos de ahí pasada la medianoche.

—¿Salimos? —su voz era amenazadoramente suave. Debo suponer que te refieres a Enrique Cortázar y a ti, ¿no?

—Sí, señor.

—La boda fue tan alegre, tan llena de colorido, que no tenías deseos de marcharte, ¿eh? Hubo vino, música y baile. Puedo darme cuenta, por tu expresión, de que disfrutaste mucho del baile.

—Me gustó mucho bailar —se llevó una mano a los labios como para controlar el temblor de su voz—. ¿Es malo, don Juan, disfrutar de una fiesta de boda? ¿Soy tan joven y tan tonta que no se puede confiar en mí, más que metida aquí o estudiando con mí maestro?

Él la recorrió con la mirada.

—Eres demasiado joven para estar fuera de casa hasta la madrugada. Ahora, por favor, entra y cierra la puerta. Quiero que me cuentes a qué boda fuiste, Victoria. Supongo que eran amigos de Cortázar, ¿no?

—¿Era una lindísima pareja! —las mejillas de Victoria se sonrojaron mientras cerraba la puerta y volvía a colocarse frente a él, en actitud defensiva—. La fiesta tuvo lugar en una finca que pertenece al padre de Álvaro, un señor Velarde.

—Ah, sí, un hombre muy estimado en la isla. Me alegro que Cortázar te haya llevado a la casa de gente que yo apruebo. He oído que no es muy escrupuloso en su selección de amistades. Me alegra que te hayas divertido, pero como tú tutor, es natural que me sienta preocupado cuando no has llegado a casa.

Ella examinó su rostro a la luz de las velas, pero no parecía preocupado por ella; sólo severo y molesto.

—No debió haberme esperado —murmuró Victoria—. A menos que considerara usted que necesitaba una reprimenda.

—No te estoy reprendiendo, niña.

—Pues yo siento que sí —se permitió sonreír un poco—. Su ceño está tan fruncido, que

siento que me tiemblan las piernas. ¡Si sigue mirándome tan enfadado, creo que me voy a caer en la alfombra, vencida por el miedo!

Él sonrió un poco.

—Supongo que he olvidado lo que es ser joven y cómo se olvida uno del tiempo cuando se está divirtiendo. Me doy cuenta de que nunca habías ido a una boda española y debes haberla encontrado fascinante. Cuéntame —movió la pierna y tomó el bastón de ébano que nunca estaba muy lejos de su mano—, ¿qué parte de la boda te gustó más?

Sus pensamientos volvieron con precipitación a todo lo sucedido. Recordó las velas en el altar, el velo blanco extendido sobre los hombros del novio, el intercambio de las argollas matrimoniales.

—La ceremonia misma, don Juan.

De pronto, con toda la gracia de la juventud, se puso de rodillas y colocó un banquillo bajo la pierna izquierda de él. El marqués bajó los ojos hacia ella y la joven sintió que se perdía en las oscuras profundidades de ellos.

—¿Por qué hiciste eso? —preguntó él.

—Creo que su pierna le está doliendo —contestó Victoria.

—Eres una muchacha perceptiva —dijo él con voz lenta.

—Usted es demasiado orgulloso, siempre, para confesar que algo le duele, señor.

—Me volvería un fastidio, Victoria, si me quejara cada vez que a esta pierna mía se le antoja molestarme. He aprendido a vivir con ella, y no debes mimarme.

—Todos debíamos ser mimados de vez en cuando —ella sonrió—. ¿Quiere que le sirva un vaso de vino?

—Victoria —él se inclinó hacia adelante y sus largos dedos se apoderaron de su muñeca y ella se sintió impresionada por su reacción instantánea, por el estremecimiento que la invadió—. Nunca debes sentirte como servidora de nadie, jamás. No me debes nada, mucho menos tu piedad. ¿Entendido?

—Sí, entiendo —dijo ella con voz temblorosa—. Puedo aceptar cosas de usted, porque

tiene el dinero para comprarlas, pero usted rechaza la gratitud que yo quiero darle a cambio. No es mucho, pero es todo lo que tengo para ofrecerle.

El marqués sonrió en forma extraña al oírla.

—Uno podía pensar que eres española, cuando tus ojos relampaguean de ese modo. En ese gabinete que está junto a la ventana encontrarás una botella con vino blanco. Te aceptaré con mucho gusto una copa.

Los ojos enormes de ella se clavaron un momento en el rostro delgado del marqués, con su sonrisa ligeramente perversa.

—¡Oh, sí! —se puso de pie de un salto y se ocupó de ir a servir el vino que él le había pedido.

De pronto, la había sacudido con la fuerza de una tormenta la idea de que don Juan de León sería un hombre devastador si alguna vez amaba a una mujer con intensidad. No podía creer que amara a Raquel Fonseca de ese modo. La muchacha no se mostraría tan inquieta si así fuera.

Cuando le entregó la copa de vino a don Juan, murmuró:

—Me gustaría que tocara usted algo más, antes de tenerme que ir a la cama, señor.

—¿No has oído suficiente música para una noche? —la miró mientras bebía el vino—. Estoy seguro de que Cortázar tocó la guitarra para ti y no hay otro instrumento que exprese más el temperamento de España que la guitarra.

Los ojos de Victoria se posaron en la guitarra colgada junto al retrato de Rosarito.

Podía imaginarse a don Juan de niño, sentado en las rodillas de su madre, escuchándola tocar la guitarra y cantarle a la tierra de la que ambos habían huido.

—¿Qué te gustaría escuchar?

Ella lo miró y comprendió que debía ser algo que no pudiera olvidar jamás.

—Toque algo que le guste a usted, señor.

—Muy bien, Victoria.

Él puso a un lado la copa vacía de vino. Ella fue y se acurrucó en un sillón cercano al piano. Su corazón latía con fuerza al darse cuenta de que estaba sola con don Juan. Cerró los ojos

cuando él comenzó a tocar y comprendió que era la música que ella hubiera escogido, hermosa y triste, con toda la tristeza de los enamorados que deben separarse.

Durante la interpretación, la joven sintió la presencia de la madre de él, que había vivido una desventurada historia de amor. Victoria miró el retrato y los apasionados ojos oscuros parecieron encontrarse con los suyos. Parecían estar vivos y decirle que amar demasiado era atraer el sufrimiento y que ella debía tener cuidado si no quería que su vida fuera destruida por un amor que no tenía derecho a sentir.

La música concluyó y Victoria se dio cuenta de que había lágrimas en sus ojos. Parpadeó a toda prisa, cuando don Juan se volvió a mirarla. Sus ojos eran los mismos del retrato. La música que había tocado era sobre un amor prohibido. Tal vez era su manera sutil de decirle que debía dejarlo, como había llegado a él... siendo una desconocida de la noche.

—¿Te gustó la música que escogí para ti? —preguntó él. Ella asintió con la cabeza.

—Fue hermosa, señor, como el momento en la iglesia, cuando una punta del velo de la novia cubrió los hombros de su esposo. Es algo especial que recordaré siempre.

—¿Sabes qué significado tiene esa parte de la ceremonia?

—Creo que significa que la novia se somete a la autoridad y a la protección de su esposo. Me pareció muy bello, señor.

—Una boda católica es para siempre, Victoria. Nada puede ni debe separar a la pareja unida ante Dios. Por esa razón, un hombre debe estar muy seguro antes de seleccionar esposa, y una muchacha no debe dejarse enceguecer por cosas ajenas al amor. Debe sentir algo más que admiración o afecto por el hombre; más que gratitud, si él ha sido bondadoso con ella. El amor es más dolor que placer... al principio, por lo menos.

Victoria no pudo analizar la expresión de don Juan al decir esto, porque una vela se había apagado en esos momentos. Pero su voz revelaba que sabía de lo que estaba hablando; que él mismo había sentido ya el dolor del amor, y que se casaría por algo más que para tener un hijo que continuara la tradición de la familia. Se casaría porque amaba a la mujer elegida más que a cualquiera otra cosa en el mundo.

Victoria sintió de pronto un extraño escalofrío. Se levantó del sillón en que se había acurrucado.

—¡Qué tarde se ha hecho, ya señor! Me voy a quedar dormida mañana sobre mis libros.

—Sí, es hora de que ambos vayamos a la cama —estiró la mano para alcanzar su bastón, pero éste resbaló y cayó en forma ruidosa al suelo. En un instante, Victoria corrió para levantarlo. Se lo entregó con una sonrisa, pero retrocedió asustada por la mirada que él le dirigió al tomarlo. Era furiosa, salvaje, como si quisiera golpearla.

—¡Vete a la cama! —tomó el bastón y se irguió, apoyado en él.

—¿Sin darme las buenas noches? —las palabras temblaron en sus labios, porque él parecía todavía furioso.

—Buenas noches —dijo él y se volvió—. ¡En el futuro, controla tu compasión y no saltes a recoger las cosas que se me caen, como si fuera un pobre inválido inútil!

—Lo siento mucho... —se sintió herida por sus palabras y las lágrimas brotaban de sus ojos cuando salió corriendo de ahí, en dirección de su dormitorio.

¡Don Juan no era un hombre bondadoso!, sino orgulloso y cruel y ella no quería ya seguir viviendo en su casa. Quería irse muy lejos de ahí. Al día siguiente le pediría al señor Fonseca que hiciera arreglos para que ella viajara a Madrid tan pronto como fuera posible. Allí tendría un trabajo, sería independiente. Podría, por lo menos, tratar de olvidar a su diabólico tutor, estando lejos de él.

Durmió con inquietud y le alegró que llegara la mañana. Para su alivio, don Juan no bajó a desayunar y a las nueve se encontraba ya en el automóvil, en dirección a la villa Fonseca.

Cuando entró en la casa, Raquel acudió a su encuentro, agitada.

—Papá no se siente bien y el doctor está con él —le dijo—. Victoria, tendrá que volver al castillo. No la puedo tener aquí, mientras estoy cuidando a mi padre.

La joven se sintió instantáneamente preocupada por su maestro.

—¡Lo siento mucho, Raquel! Ayer lo vi muy cansado, pero era un día caluroso y a eso atribuí su fatiga.

—Se había estado quejando de un dolor en el costado —al decir eso, Raquel hizo un gesto significativo con las manos—. El doctor le había advertido que no moviera esos pesados libros que tiene en la biblioteca. Estos esfuerzos han afectado su corazón y ahora tiene que descansar una semana o más.

—Pobre señor Fonseca —dijo Victoria, angustiada—. ¿Hay algo en lo que pueda ayudar? Siento un gran cariño por él y...

—Querida mía —Raquel se volvió de pronto muy cordial—, hay un favor que podría hacerme. Puede llevar una nota para la señora Grayson, una norteamericana que me había invitado a almorzar con ella en su yate. No me gusta plantar a nadie y ella es encantadora.

Raquel se volvió hacia un elegante escritorio que había en el vestíbulo y se dedicó a escribir la nota de disculpa. Parecía tan preocupada de suspender una cita para almorzar, como lo estaba por la enfermedad de su padre.

—Aquí tiene —Raquel le entregó un sobre cerrado—. El yate de la señora Grayson es el "Delfín azul." Está anclado a kilómetro y medio de la isla, pero cualquiera de los pescadores puede llevarla en su lancha hasta allí. Es un yate tan elegante. ¡Ah, tenía muchos deseos de visitarlo! La señora insinuó algo de un crucero...

—Un viaje por mar sentaría muy bien a su padre —murmuró Victoria.

—Sí... desde luego —Raquel frunció el ceño, levantando la mirada hacia la escalera—. Tengo que volver con él.

—Por favor, dígame que deseo que se mejore, Raquel. Y que echaré mucho de menos nuestras clases.

—No debía darlas ya —dijo Raquel con voz aguda—. El levantar tantos libros fue lo que le hizo enfermar.

Victoria se mordió el labio.

—No tomaré muchas lecciones con su padre. Hoy pensaba hablar con él sobre el trabajo que voy a tener en Madrid. Creo que estoy ya lista para hacerme cargo de él.

—¿Me quiere decir que desea irse de la isla? —un brillo especulativo llenó los ojos de

Raquel—. ¿No está contenta en el castillo? Juan ha sido más que generoso con usted, pero supongo que eso significa poco para una muchacha cuando sabe que la bondad de un hombre no es inspirada por ningún sentimiento personal. Juan es caritativo por naturaleza.

Victoria se estremeció, porque la caridad de don Juan era lo último en el mundo que ella deseaba. Metió la nota de Raquel en el bolsillo de sus pantalones ajustados color crema.

—Vendré mañana a ver cómo se siente el señor Fonseca.

—Si quiere hacerlo —dijo Raquel con frialdad—. Aseguré a la señora Grayson que lamenté mucho romper nuestro compromiso, pero debo ser una buena hija y permanecer con mi padre.

—No todo mundo tiene un padre tan extraordinario como el suyo —comentó Victoria con toda intención—. Le deseo un pronto alivio, señorita. Hasta mañana.

Salió a la luz del sol y caminó hacia la bahía. No tardó en encontrar un joven pescador que aceptó llevarla en su bote de remos al yate. Se arreglaron en el precio y media hora después se encontraba a bordo de un hermoso yate, blanco, con unas manos fuertes ayudándola a subir la cubierta. Ella lanzó una risilla nerviosa porque la había asustado un poco subir la escalerilla, y se encontró con un par de ojos jóvenes muy azules.

Pertenecían a un muchacho alto y apuesto a quien explicó a toda prisa que traía un mensaje para la señora Grayson.

—¿De doña Raquel? ¿Para mi madre, ¿eh? —preguntó él, mirando el sobre como si tuviera la tentación de abrirlo.

—El señor Fonseca no se encuentra bien y Raquel decidió quedarse con él. Siente mucho tener que cancelar su visita al yate.

—Me imagino... —dijo él riendo— ¿Y quién es usted? No es española, desde luego. ¿Es turista como nosotros? ¿Está hospedada con los Fonseca? Raquel no mencionó que tuviera una belleza como huésped...

Para alivio de Victoria no tuvo que hacer explicaciones en esos momentos sobre su presencia en la Isla del León, porque apareció en la cubierta una mujer. Era regordeta, de cabellos

grises, vestida en forma agradable con un fresco traje color de rosa.

—Kent, ¿quién vino a visitarnos?—se acercó a ellos con una sonrisa interrogadora y sus ojos se agrandaron al fijarse en Victoria—. ¡Vaya, qué gran honor! La vi el otro día y me explicaron que es usted la pupila del marqués de León. ¡La niñita con el nombre de un cuento de hadas!

Victoria se estremeció y sintió deseos de correr hacia la escalerilla y huir del yate.

—¡"Victoria y el León"! —exclamó la señora Grayson con aire de triunfo—. Qué extraño y maravilloso poder conocerla, querida mía. ¿Es usted amiga de Kent?

Kent parecía muy divertido cuando entregó la nota de Raquel a su madre. —La joven trajo esto.

La señora Grayson abrió el sobre, leyó el contenido del mensaje, expresó cuánto sentía que el señor Fonseca no estuviera bien, y entonces anunció que, si Raquel no podía almorzar con ellos, entonces Victoria debía tomar su lugar.

—Pero, no podría hacerlo... —Victoria quería escapar a las preguntas que le harían sobre Juan de León y había un profundo brillo de curiosidad en los ojos azules de la señora Grayson.

—Insisto, querida mía—Bettina Grayson era una mujer que no estaba acostumbrada a que alguien se opusiera a su voluntad—. Sólo la dejaría ir si tuviera el compromiso de almorzar con el marqués.

Victoria se sintió tentada a decir una mentira, pero la honestidad venció en ella y confesó que no la esperaban en su casa.

—De cualquier modo, tengo lecciones a las que debo estar atendiendo.

—¿Lecciones?—la señora Grayson enarcó las cejas—. ¿Está aprendiendo español, querida?

—Sí.

—Oh, las lecciones pueden esperar. Kent y yo estaríamos encantados de que almorzara con nosotros y no voy a aceptar su negativa —la señora Grayson miró a su hijo en forma autoritaria, pero encantadora—. Tomaremos un trago en la cubierta, querido Kent. Estoy ansiosa

de que nos familiaricemos con nuestra niña de cuento de hadas.

—Un chico me trajo en su lancha al yate —explicó Victoria, tratando de evitar encontrarse con los ojos divertidos de Kent Grayson—. Está esperando para llevarme de regreso a la isla.

—Yo iré a decirle que no volverá... hasta más tarde —dijo Kent con una sonrisa.

## Capítulo 9

Victoria vio a Kent Grayson con mucha frecuencia en los días siguientes. Era un compañero agradable y mientras el señor Fonseca estaba enfermo, ella pudo recorrer la isla con él, ya que tenía una buena cámara, y juntos se dedicaron a buscar lugares interesantes y bellos para fotografiar.

El, desde luego, se mostraba curioso respecto al castillo, pero Victoria encontraba siempre excusas para no llevarlo allí a conocer a su tutor.

—A don Juan no le gusta que se considere su casa como una atracción turística—decía.

—Pero yo soy amigo tuyo y tú eres su pupila. ¿Por qué no puedes llevarme y presentarme con él?

—Él es muy cuidadoso de su vida íntima.

—¿Le tienes miedo? —Kent le tomó una foto, sentada en un muro junto a un almendro en flor.

—¡Por supuesto que no!

—Pues cualquiera pensaría lo contrario, nena. ¿Es el tutor tradicional, de rostro fiero y actitud severa, que te gobierna con vara de hierro?

Ella se echó a reír alegremente.

—Es el hombre más apuesto del mundo y si tiene un carácter un poco inestable se debe a que ha sufrido muchas tristezas en la vida y el dolor torturante de casi perder una pierna en un accidente de equitación. Le gustaba mucho montar y era un joven aventurero.

—¿Qué edad tiene ahora? —Kent se apoyó en el muro para encender su cigarrillo.

—Alrededor de treinta y cinco años.

—No sé porque tenía la impresión de que era mayor —Kent sonrió—. ¿Así que es apuesto, ¿eh? Es asombroso que no te hayas enamorado de él —se inclinó hacia ella y jugueteó con su trenza. Eso le hizo recordar a Quique y rehuyó el contacto con él.

Kent la miró, sin dejar de sonreír.

— ¿Les tienes miedo a los hombres, Victoria?

—Me gusta hacer amistad con ellos, nada más.

—¿Porque eso es más cómodo?

—No veo el caso de coquetear con cuanto hombre conoce una.

—Tú piensas que ciertos aspectos de la relación hombre-mujer deben mantenerse sagrados, ¿eh? ¿Para el elegido definitivo? —los ojos azules de Kent tenían una luz misteriosa—. ¿Me habré encontrado, al fin con una anticuada mujercita, que piensa con el corazón y que podría amar a un hombre por algo más que la seguridad que éste pueda ofrecerle?

—¡Kent, no todas las mujeres somos mercenarias!

—Las que yo he conocido se muestran mucho más interesadas en la seguridad económica, que en el amor.

—Pero no te has dejado pescar por ninguna de ellas, así que creo que eres un hombre bastante listo, Kent. Sabes lo que quieres.

—Tal vez quiero alguien como tú —hablaba con voz ligera, pero había un brillo intenso en sus ojos—. ¿Tienes el corazón libre, Victoria?

—Sí, y pienso seguir así —se deslizó para bajar del muro y se dirigieron a una taberna de la playa.

El caminar bajo el sol les había provocado sed y Kent ordenó unas altas bebidas de frutas con hielo y dijo al camarero que les llevara la carta un cuarto de hora después, para ordenar el almuerzo.

Era agradable beber algo frío frente al mar, en compañía de un hombre atractivo. Victoria no se daba cuenta de que se deslizaba lentamente hacia una relación que podía ofrecerle algo más

que la pasión de Quique, pero bastante menos que el tormentoso encanto que ella había soñado.

Kent le gustaba y era un compañero agradable. Su madre era una mujer encantadora, de buen corazón, aunque un poco curiosa. Apenas la noche anterior, mientras permanecían sentados en la cubierta del yate, contemplando las estrellas, la señora Grayson había insinuado que Victoria sería una dama de compañía perfecta. Pronto se irían de la isla, hacia otros puertos de España, después a Portugal y de ahí a los Estados Unidos. Victoria podía irse con ellos... si lo deseaba.

—Regresa de ese lugar lejano —Kent le tomó la mano y oprimió sus dedos esbeltos—. Me sentí muy solo... como si no tuviera lugar en tus pensamientos.

—Es extraño, porque estaba pensando en ti —le dirigió una sonrisa—. Voy a echarte de menos cuando te vayas, Kent.

—Ven conmigo. Le simpatizas mucho a mamá. Podrías tomar el puesto de dama de compañía que te propuso y podríamos dejar que las cosas se desenvuelvan

entre nosotros en forma tranquila y natural. Si no resultaran, y no sería por falta de entusiasmo de mi parte, debo advertirte, ¿qué perderías? Me has dicho que piensas irte pronto de la Isla del León, para trabajar en Madrid. ¿Sola? —sus dedos apretaron los de ella—. ¿Una chica como tú? A veces me pregunto qué es lo que ha puesto esa expresión triste en tus ojos.

—Creo que es simple hambre... me encantaría comer unos grandes y deliciosos camarones —contestó ella, echándose a reír—. Haz una seña como un español y veamos la carta.

—Yo no soy español, nena.

La joven lo recorrió con la mirada.

—No, no hay nada latino en ti, Kent. —¿Y eso te desagrada?

—No, por el contrario. Me hace sentir... segura.

—En terreno sólido, sin fuegos interiores, ¿eh? ¿Nada de volcanes ocultos?

Ella rio de nuevo, tratando de no hacer caso del dolor que le producía pensar en el volcán oculto que había en don Juan. Recordó su furia cuando pensó que ella le había levantado el bastón por piedad.

—Si dejas esta isla, sin mirar hacia atrás, sé que encontrarás felicidad, Victoria — dijo

Kent.

—Ya había decidido irme a Madrid, hasta que tú llegaste—confesó Victoria, mirándolo a los ojos—. El padre de Raquel ha estado enseñándome todo lo necesario sobre arte y antigüedades. Quería hacer carrera en eso.

—Hay galerías de arte en California, y yo estaría allí, Victoria. —Ustedes los americanos son vendedores persistentes.

—Hay valles cubiertos de naranjales y casas de piedra blanca. Te encantaría California, Victoria.

—¿Tú y tu madre viven en una casa de piedra blanca, Kent?

—Sí —la sonrisa de él era lenta y atractiva—. Tiene un par de patios y algunos árboles de camelias. Cuando florecen, son flores rojas. Hacen un lindo contraste con los muros blancos.

—Yo... —Victoria suspiró, llena de incertidumbre—. No podría decidir nada sin consultarlo con mi tutor.

—Es sólo un tutor temporal, Victoria. No es tu dueño.

—No.

—¿Actúa como si lo fuera?

—No, pero ha sido muy bueno conmigo. Me ha transformado, en muchos sentidos. Era yo sólo una pobre criada sin nada, cuando llegué aquí. Ahora me trata casi como si fuera su... sobrina.

—¿No su hija?

—No es lo bastante viejo para eso —sonrió con ligereza—. A menos que hubiera sido un chico muy precoz.

—Me gustaría conocerlo, Victoria, y creo que debería hacerlo, en las circunstancias —Kent estaba hablando con toda seriedad—. Creo que estás bastante inclinada a aceptar la oferta de trabajo de mamá. Si yo hablo con el marqués, no tendrá dudas sobre el tipo de gente que somos. ¿Me llevarás a conocerlo?

—Kent, esperemos un día o dos...

—Pero, ¡nos vamos el sábado! Sólo nos quedamos aquí más tiempo para ver la gran fiesta de la isla, que va a tener lugar el próximo viernes —Kent frunció el ceño—. Tendrás que decidirte pronto, Victoria. No sé por qué, pero pienso que, si el marqués se opone a que te vayas, tú no serías capaz de contradecirlo.

—No siempre hago lo que él dice —protestó ella. —¿Cuándo lo has desafiado?

—En mi amistad con Quique, por ejemplo. Mi tutor se oponía a ella y después descubrí que don Juan es mejor juez que yo.

—¿Quién es Quique?

—El guitarrista del Club Hidalgo.

—Lo he visto. Es demasiado apuesto para no aprovechar su atractivo con las muchachas —refunfuñó Kent.

—Sí —Victoria rio un poco nerviosa y recordó la razón de su última riña con Enrique. Miró a Kent que había sido su compañero constante en los últimos días. La gente tal vez hablaba ya de ellos. Quizá dirían que era con él con quien había pasado sola una noche. Si el chisme llegaba a oídos de Kent, ¿reaccionaría como Quique lo había hecho?

—¿Hambrienta? —Kent la miró ahora sonriente—. ¿Ordenamos esos deliciosos camarones que habías mencionado?

Ella asintió con la cabeza y él llamó al camarero. Era un chico muy agradable. Se sentía a gusto con él y California estaba muy lejos de la isla. Todos esos miles de kilómetros borrarían el recuerdo de don Juan hasta que pudiera pensar en él ya felizmente casado con Raquel, sin ninguna inquietud.

Después del almuerzo, descansaron en la playa, a la sombra de una palmera.

No hablaron mucho. Era como si Kent comprendiera que, en forma suave, aunque sin duda alguna triste, ella estaba tratando de desprender su corazón de la isla. Estaba preparándose para el momento en que tendría que decir adiós y su tutor español le diría: "¡Ve con Dios!"

Kent la invitó a pasar la noche de la fiesta a bordo del yate; que estaba siendo decorado con luces multicolores para la ocasión.

—¿Crees que el señor marqués aceptaría asistir a nuestra pequeña fiesta de despedida? — le preguntó la señora Grayson, llena de esperanzas—. Vi a doña Raquel esta mañana y su padre ha mejorado tanto, que podrá escapar esa noche para estar con nosotros. Me imagino que don Juan considerará su presencia como un atractivo.

Victoria se enfrentó a los alegres ojos azules y comprendió que no podía seguir posponiendo el momento de que los Grayson conocieran a su tutor.

—Si Raquel viene, no se negará.

—Entonces le enviaré una invitación formal ahora mismo—dijo Bettina Grayson y se dirigió hacia su camarote a toda prisa para escribirla. Victoria se recostó en la barandilla a contemplar el agua.

—¿Es cierto lo que la gente dice? —Kent habló con suavidad por encima de su cabeza—. ¿Qué la elegante Raquel tiene ambiciones de convertirse en marquesa?

—¿No crees que sería una marquesa perfecta? —Victoria procuró mantener la mirada fija en el mar—. Es bella y puede ser graciosa. Sería una anfitriona encantadora e ingeniosa.

—Pero un hombre merece algo más que eso, ¿no crees? —la mano de Kent tocó con suavidad el cabello de Victoria—. Supongo que aun un altivo marqués español desea ser amado con pasión.

—¿Y no crees que Raquel sea apasionada? —Tanto como una estatua de mármol. —¿Kent, pero apenas la conoces!

—Conozco su tipo, nena. No es exclusivo de las islas españolas. —¿Has conocido a muchas muchachas, Kent?

—Bastantes —confesó él riendo—. En los Estados Unidos es casi como un juego, pero, como la mayor parte de los hombres, sé qué clase de muchacha quiero para siempre. ¿Has oído esa línea sobre Elena de Troya? ¿Vale la pena quedarse con ella?

Vaya... pero si es una perla. Un hombre distingue muy bien una perla natural de una cultivada. Raquel es completamente cultivada y le falta el calor que necesita el corazón de un hombre.

Kent hizo a Victoria volverse hacia él.

—Tengo algo que me gustaría darte. Lo encontré en una tiendita cerca de la plaza —se metió la mano al bolsillo y extrajo algo pequeño, envuelto—. Te has ganado un regalo por ser mi guía y mi modelo durante una semana.

Victoria miró en silencio mientras él desenvolvía el paquete y le mostraba un brazalete de pequeños talismanes dorados que brillaban cuando él se lo puso en la muñeca.

—¡Oh, Kent!

—Es lindo, ¿verdad?

—No debiste habérmelo comprado.

—¿Por qué no? En los Estados Unidos las muchachas esperan que sus admiradores les hagan pequeños obsequios como símbolo de su aprecio.

—No estamos en los Estados Unidos —acarició los talismanes y entonces sonrió porque en realidad era un regalo irresistible. Con un gesto impulsivo se levantó sobre la punta de los pies y le besó la mejilla—. Muchísimas gracias, Kent. Siempre amaré tu brazalete.

—Ojalá te sintieras así respecto a quien te lo regaló —de pronto sus brazos la rodearon, ella echó la cabeza hacia atrás y él se inclinó colocando sus labios sobre los de ella. Victoria los aceptó con la necesidad de descubrir si el beso de él podía hacerla olvidarse de todos.

—¿Victoria...?

Ella ocultó el rostro en el hombro de él, sacudida por su propia falta de sentimiento, por su deseo intenso del encanto tormentoso de un amor al que se había asomado sólo en un sueño. Tal vez toda mujer tenía una ilusión que debía sacrificar en aras de la cruda realidad.

Se dirigieron a la isla en una pequeña lancha y Kent la escoltó hasta el castillo. Había sólo unas cuantas luces encendidas.

—El lugar se ve bastante sombrío —comentó Kent y le tomó la mano como si vacilara en dejarla entrar en la casa de su tutor.

—Eso se debe a que es de noche —explicó la joven—. En el día sus muros tienen tonalidades suaves y los patios se ven llenos de flores. La torre que da al mar se yergue contra el

fondo azul. Rapunzel podría inclinarse en sus ventanas para esperar a su amado.

—¿Te has asomado por las ventanas de la torre de don Juan? —la voz de Kent se hizo un poco áspera, como si sospechara que ella tenía por su apuesto tutor sentimientos que no correspondían a una pupila.

—Él trabaja allí y le gusta que se respete su intimidad. No lo molesto nunca y no subo a menos que él me invite a hacerlo.

—Pero, ¿has estado con él a solas, en su torre? —insistió Kent.

—Una o dos veces. Es un lugar emocionante, con bellas panorámicas de la isla. —Es la jaula del león, ¿eh?

—No camina de un lado para otro, si a eso te refieres —dijo ella riendo—. Es un hombre muy humano y bastante solitario. Algunas veces le duele mucho la pierna, pero es orgulloso y no quiere que la gente lo sepa. A los hombres fuertes no les gusta confesar una debilidad. ¡Son tan tontos! Es la debilidad de carácter lo que una mujer no soporta.

—Se ve que el hombre te atrae —la mano de Kent oprimió los talismanes dorados contra su muñeca, lastimándola un poco—, Victoria, pequeña tonta, sabes tan bien como todos, que es noblese obligo cuando un noble piensa en casarse.

—¿Me consideras una tonta romántica? —retiró su mano con brusquedad—. Sólo en los cuentos de hadas un marqués se enamoraría de una ex criada.

—Estamos hablando de lo que tú sientes por él.

—Me siento agradecida, Kent. ¿Importa mucho que no tenga el cabello blanco y una barba respetable?

—Victoria, supongo que yo soy el tonto. Es sólo que tú eres... tan diferente de las otras muchachas que yo he conocido. Quiero conservarte así, aunque al mismo tiempo quisiera tocarte y despertarte. No puedo soportar la idea de que algún otro... ¿comprendes?

—Los hombres pueden desear lo que las muchachas debemos cuidar.

—Yo sé que es un poco egoísta de parte de un hombre desear eso. Pero así es y cuando encuentra una chica que...

—¿Quieres la seguridad de que nadie me ha seducido? —Tu voz suena completamente helada, Victoria.

—¿Te asombra eso? —los dedos de ella buscaron la manija de la puerta que conducía al patio—. Por favor, Kent, déjame ir ahora. Mañana nos olvidaremos de todo esto, durante la fiesta.

—Invítame a tomar un trago —Kent inclinó la cabeza y habló suplicante cerca de su oído—. Te prometo ser un buen chico...

—Estoy... muy cansada.

—Pobre niña —murmuró él—. Estás confundida, ¿verdad? Pero, nena, tienes que tomar una decisión sobre el sábado. Tienes que decidirte.

—La tomaré mañana. Te prometo que lo haré. —Debes discutirlo con el tutor español, ¿eh? —Sí... creo que debo hacerlo, Kent.

—No dejes que te convenza de que no debes venir con nosotros. Después de todo, te estaba mandando a Madrid.

—Sí —un escalofrío recorrió toda su espina dorsal—. Ahora, nos despediremos, hasta mañana, Kent.

—Buenas noches, Victoria —se llevó la mano a sus labios y la besó—. ¿Así lo hace un español?

—Supongo que sí.

—¿Don Juan no te ha besado la mano? —¿Por qué iba a hacerlo?

—Tal vez porque tiene el nombre de un tipo al que le gustaban mucho las damas.

—Te aseguro, Kent, que mi tutor ama sólo a una dama y asistirá a la fiesta de tu madre, sólo porque Raquel estará allí.

—Creo que tú eres mucho más linda que ella.

—Gracias, señor, y ahora, ¡buenas noches! —se soltó de él, riendo, y escapó al interior del castillo a través de la puerta del patio.

—Hasta mañana —había una cierta risa exasperada en la voz de él—. ¡niña de cuento de hadas!

## Capítulo 10

Una sonrisa jugueteaba en sus labios cuando cruzó el vestíbulo hacia una mesa antigua y colocó sobre la bandeja de plata para cartas la invitación que Bettina Grayson había enviado a su tutor.

El vería el sobre al entrar. Probablemente había pasado la velada con Raquel y su padre. Ella debía decirle que asistiría a la fiesta de despedida de los Grayson, que darían en su yate, antes de levar anclas el sábado. El iría a la fiesta para estar con Raquel y ahí conocería a Kent.

Su corazón aceleró sus latidos al pasar frente al cuarto dorado en dirección de su dormitorio. Esta noche el cuarto estaba cerrado porque él estaba con la mujer que su corazón había elegido y que pronto sería dueña y señora del castillo.

Victoria subió corriendo por la escalera hacia su torreón. Sabía ahora que aceptaría la oferta de Kent de irse con él y con su madre. En Madrid siempre habría la posibilidad de que viera a don Juan con su esposa. En cambio, tal peligro no existiría en los lejanos Estados Unidos.

Antes de acostarse abrió su guardarropa y dio otra mirada al vestido que había alquilado para la fiesta del día siguiente. Estaba formado por una falda de terciopelo escarlata con varias cintas negras paralelas al ruedo. La pequeña chaqueta era de terciopelo negro con botones en filigrana de plata y mangas largas. Se usaban collares de plata y de coral con el atuendo y ella había comprado varios para la ocasión. También compró una mantilla de encaje negro.

Victoria se miró los ojos en el espejo y descubrió reflejados en ellos sus secretos anhelos. "Es amor lo que estoy buscando. Pero de un tipo hermoso, del que nunca se ha oído hablar. Yeats había escrito esas hermosas palabras y expresaban lo que Victoria deseaba en el fondo de su

corazón. Un amor como ningún otro, que significara romance.

—"¡Eres una tonta romántica, Victoria!" se dijo, riendo, pero el anhelo no desapareció de sus ojos y ella se retiró a toda prisa del espejo.

La mañana de la fiesta estaba brillante y soleada.

Victoria oyó el sonido de las campanas del convento y de la iglesia cercana a la bahía. Era un sonido de fiesta, que parecía mezclarse con el sol y con el mar. Se puso su traje de fiesta y bajó a desayunar. Había trenzado su cabello y formado una especie de corona con él. Se detuvo frente al espejo que había en el vestíbulo y se examinó con el traje típico de la isla.

De pronto se llevó una mano a la garganta cuando una figura alta apareció en el espejo junto a ella.

—Buenos días, Victoria —su voz sonaba más sonora y profunda que nunca, mientras recorría a la joven con la mirada—. Te ves encantadora, niña. Casi como una señorita de la isla. Vamos, debemos cortarte un clavel para el cabello. Extendió una mano hacia ella y cuando sus dedos se tocaron, Victoria sintió un estremecimiento que era una mezcla curiosa de calor y frío al mismo tiempo. Cuando él la condujo hacia el jardín, le dirigió una tímida mirada de soslayo.

—¿Irás a la fiesta de la isla, señor? —preguntó.

—Por supuesto —sus miradas se encontraron y él sonrió en su peculiar forma sutil—. Me gusta esta fiesta en particular, que es llamada la Procesión de Adán y Eva.

Fue introducida a la isla hace mucho tiempo por la esposa gallega de un antepasado mío. Ella sentía nostalgia de las cosas que había dejado en su tierra y convenció a su indulgente esposo de realizar aquí la procesión, que se efectúa anualmente en algunos lugares de Galicia, y que ahora tiene lugar cada año en la Isla del León.

—Es muy emocionante —Victoria recogió su larga falda de terciopelo mientras bajaban por la escalera hacia el jardín, donde el ambiente estaba perfumado por los claveles que crecían alrededor de las estatuas que adornaban el lugar.

Don Juan sacó una navaja y cortó una flor que tenía todavía el rocío sobre sus pétalos rojo. Se la entregó a Victoria con una ligera reverencia. La mano de ella temblaba un poco al

colocársela en el cabello.

—Es un día maravilloso para una fiesta —comentó la joven. ¿Qué le pasaba? Él no iba a cortarle la cabeza porque le dijera que pasaría el día con Kent Grayson.

—Han sido hechos arreglos para que veamos la procesión desde el balcón de la casa del alcalde.

Don Juan la condujo hacia una mesa circular, preparada para el desayuno y ella ocupó una silla que él le ofreció. Se alegró de sentarse porque sentía las piernas temblorosas.

—Don Juan...

—¿Sí, niña? —le sirvió jugo de naranja.

—Yo... —dio un sorbo al jugo y deseó que esta mañana don Juan no estuviera tan amable con ella, que no se viera tan impresionante con su traje gris oscuro, que se sintiera menos seguro de su obediencia respecto a los planes que había hecho para ella.

—¿Tienes algo que decirme, Victoria? —enarcó una ceja, lo cual para ella era siempre señal de peligro.

¿Por qué no era fácil para ella hablar con él de sus planes? ¿Por qué se sentía tan constreñida ahora con don Juan?

Desayunaron casi en silencio, con unos cuantos comentarios intrascendentes sobre el tiempo.

—Victoria —dijo él cuando se llevó la servilleta a los labios al terminar—. Pareces muy nerviosa esta mañana. Si quieres decirme que has hecho otros arreglos para la fiesta, no dudes en hacerlo. No te voy a encerrar todo el día en la torre.

Ella lo miró asombrada. Cuando sonreía, como lo hacía en esos momentos, todo lo que ella deseaba era complacerlo, pero cuando llegaran a la fiesta, Raquel estaría allí y se vería tan hermosa, que él no tendría ojos para nadie más.

—Yo... he hecho otros planes —confesó con nerviosismo—. Prometí pasar el día con alguien más.

—¿Un joven?

—Sí —tomó un trago de su café—. Supongo que usted habrá oído hablar de los Grayson. Raquel debe haberle dicho todo. Son norteamericanos y muy amables. He hecho buena amistad con ellos. Espero que no le moleste.

—Son las personas que van a hacer una fiesta en su yate, ¿eh? Tengo entendido que se van mañana al mediodía.

Ella asintió con la cabeza.

—Señor, ¿puedo pasar el día con Kent?

—Hasta donde yo sé, niña, has estado pasando todos los días con él desde hace una semana. No me gustaría privarte de su compañía el día de hoy, cuando tiene que marcharse mañana.

Se dio cuenta de la sonrisa sardónica que jugueteaba en los labios de su tutor y sintió un repentino y doloroso deseo de decirle que se iba de la isla con los Grayson.

Era algo que tenía que comunicarle, de cualquier modo, así que, ¿por qué no ahora? No se vería entonces tan divertido como parecía estarlo. Tal vez hasta le doliera un poco que ella hubiera escogido un lugar tan remoto, que no volverían a verse nunca.

Estaba a punto de decírselo cuando vio que su mirada se había detenido en el brazalete que Kent le regaló y que ella había decidido usar porque necesitaba que sus talismanes le dieran buena suerte y valor.

—¡No te había visto eso antes! —la mano del marqués cruzó con rapidez la mesa y tomó su muñeca—. ¿Lo compraste tú?

—Kent me lo obsequió...

—Ya veo —los dedos masculinos se cerraron con tanta fuerza que hubiera querido gritar de dolor; vio una llama de furia en los ojos negros—. Tienes menos de una semana de conocer a este joven y has aceptado de él un regalo que, según las tradiciones de esta isla, es símbolo de compromiso matrimonial...

—Kent es norteamericano, señor. Ni él ni yo sabemos mucho sobre los hábitos amorosos de la isla.

—¿Sabías tú, Victoria, que aquí en la isla un hombre da a una muchacha un brazalete como símbolo de su amor, ¿para que todo mundo sepa que ahora es él quien tiene derechos sobre ella?

—Había oído hablar sobre los brazaletes para los esclavos... —le arrojó las palabras a través de la mesa casi en forma ofensiva, porque estaba herida, enfadada y asustada. No le importaba lo que pudieran decirse, porque ahora podía correr a refugiarse con Kent. Él se la llevaría lejos y sería bondadoso.

—Supongo que, en cierto sentido, el brazalete de compromiso significa que una pareja está esclavizada ya —los dedos delgados dejaron de oprimir la muñeca de ella, pero sin soltarla, mientras sus ojos oscuros sujetaban también la mirada de

Victoria, todavía con expresión de enfado—. El amor es cierto tipo de esclavitud, mi joven romántica. Un enamorado dice en español: Te quiero. Y los brazos de un enamorado no son siempre gentiles. La mujer que no está preparada para eso es todavía una niña.

Sus dedos se deslizaron hacia el brazalete y examinó los distintos talismanes.

—Este joven norteamericano tiene buen ojo para lo que es encantador y poco común. La manzana de Eva, veo aquí, y la escalera hacia las estrellas. ¿Es un regalo de despedida y no el símbolo de amor que yo había pensado?

—Un norteamericano da a una muchacha un anillo... si la ama —retiró la mano de los dedos de su tutor y se puso de pie de un salto—. Me voy ahora, señor. Kent debe estar esperándome.

—¿En dónde te espera, Victoria? —don Juan se sirvió otra taza de café con movimientos deliberados.

—Nos vemos en el árbol de catalpa, arriba de la playa, donde deja atado su bote.

—Veo que han escogido un lugar apropiado para sus citas —don Juan la miró—. Llamamos al catalpa el árbol del cielo. Disfruta de la fiesta, niña. Supongo que estarás en la despedida que el joven dará en su yate, ¿no?

—Sí, señor —sus dedos se aferraron al terciopelo de su falda—. ¿Asistirá usted?

—La señora Grayson ha sido tan bondadosa como para invitarme. Sí, Victoria, iré a la

fiesta. Creo que debo conocer a esos amigos tuyos.

—Espero que usted y Raquel disfruten de la fiesta.

Se volvió y se alejó corriendo para ir al encuentro de Kent. Sentía la tibieza del sol sobre su cabello y percibía el aroma del clavel que don Juan había cortado para ella. Había pensado llevar una mantilla, pero había quedado en su habitación y quería huir a toda prisa del castillo. Quería estar con Kent, que era un muchacho sencillo, sin las complicaciones del carácter español. Deseaba perderse en la fiesta con él; reír, estar alegre y no tener que pensar en el mañana.

Ahí estaba él, fumando un cigarrillo bajo el árbol de catalpa que se inclinaba un poco sobre el camino que conducía a la playa.

Descendió el camino con rapidez y el cigarrillo de Kent salió volando por los aires cuando él abrió los brazos para detenerla.

—¡Oh...! —ella se detuvo riendo, sin aliento y con lágrimas en los ojos—. ¿Tienes mucho tiempo esperándome?

—Por ti hubiera esperado todo el día —dijo él con galantería—. Hoy pareces más que nunca una niña de un cuento de hadas... Rapunzel, que ha logrado escapar de la torre para estar con su enamorado.

La sostuvo rodeada por sus brazos y la miró a los ojos.

—¿Tenemos sólo el día de hoy, Victoria, ¿o también el de mañana y todos los siguientes?

—Vamos a la fiesta y saquémosle el mayor provecho posible al día de hoy — contestó. No quería todavía comprometerse de palabra, aunque ya había tomado una decisión—. No debemos perdernos de nada.

En el pueblo encontraron que todos los balcones habían sido decorados con flores, alegres tapices y mantones bordados. Las familias se asomaban a ellos, vestidas con sus trajes de fiesta, riendo, tocando la guitarra o arrojando claveles a la gente que caminaba por la calle.

Los botes de los pescadores, en la bahía, estaban también decorados alegremente. Las mujeres iban vestidas con el traje típico de la isla.

Las campanas de la iglesia tañían con alegría por encima de las risas y las conversaciones

entusiastas de la gente. Los niños corrían de un lado para otro sosteniendo las guirnaldas de flores que tratarían de arrojar sobre las cabezas de las lindas chicas seleccionadas para acompañar a la procesión de Adán y Eva.

Victoria y su acompañante estuvieron observando a un grupo que bailaba la jota, mientras que de las colinas descendían carretas adornadas con flores y llenas de gente alegremente vestida. Se veían algunos burros cargados con garrafas de vino, cubiertas con sus forros de paja tejida. Algunos jóvenes montaban a caballo y las chicas iban en ancas.

Era como un verdadero desfile del pasado. Victoria estaba encantada y ansiosa de verlo todo. Kent la alzó, sentándola en el alféizar de piedra de una ventana, en una de las casas de la plaza, para que pudiera ver la procesión, cuando ésta pasara. Sintió el tibio hombro de él bajo su mano... pero, al mismo tiempo, se estremeció al levantar la mirada hacia uno de los balcones adornados de flores, de un alto palacio que había en la plaza.

Don Juan estaba ahí, alto y moreno junto a Raquel y su padre. La muchacha llevaba un precioso vestido de encaje azul pálido y una mantilla blanca.

—¿Ese es él?

Victoria bajó la mirada, un poco atontada, hacia los ojos azules de Kent.

—¿Ese es tu tutor? ¿Ese tipo magnífico que está de pie junto a la deslumbrante doña Raquel?

Ella asintió con la cabeza. Kent volvió a mirar a don Juan.

—Sí, es mucho más joven de lo que yo me imaginaba. El y Raquel forman una pareja notable... oye, ¿quién es ese otro español que está de pie atrás de ella? ¡Está vestido de torero!

Victoria observó al apuesto español vestido con traje de luces. Estaba riendo y saludando con la mano a la multitud que lo miraba desde abajo del balcón. Victoria recordó que Raquel había dicho una vez... que tenía un pretendiente que era un torero famoso y que de vez en cuando la visitaba en la isla.

Mientras Victoria observaba al grupo en el balcón del palacio, don Juan se inclinó para decir algo a Raquel. Esta sonrió, miró al matador y puso una esbelta mano en el brazo del

marqués. El sol iluminó el brazalete que Raquel llevaba puesto.

Victoria desvió la mirada. Apenas esa mañana, en el desayuno, su tutor le había dicho que un hombre de la isla daba a la muchacha que amaba un brazalete para hacer saber a todo el mundo que era suya. Raquel había pedido sin duda alguna un brazalete de brillantes y don Juan se lo había dado, porque era ella la mujer a quien podía decir: Te quiero.

Se oyó de pronto el sonido de una banda. La procesión se dirigía hacia la plaza y los niños eran levantados sobre los hombros de sus padres para que pudieran arrojar sus guirnaldas. Las muchachas venían bailando en torno a los hombres... como las Uvas eternas, que los tentaban al pecado.

Victoria sintió la mano de Kent en su muñeca, haciéndola percibir el roce del brazalete contra su piel, pero no se atrevió a mirarlo. ¡Esta fiesta era una celebración del amor! La tentación estaba en el aire y algo le murmuró al oído que debía rendirse ahora, decirle a Kent que era suya y podía llevársela de la isla.

Iba a hablarle, cuando alguien exclamó:

—¡Por fin los encontramos! —era Bettina Grayson con varios amigos—. ¡Queridos míos, los andábamos buscando por todas partes! ¿No es esto muy divertido? ¡Me dicen que no tardaremos en ver a Adán y Eva!

Llegó la procesión y cayó una lluvia de flores sobre las figuras de Adán y Eva.

Lo que asombró mucho a Victoria fue que el hombre seleccionado para representar a Adán era maduro, no un joven. En cambio, Eva era muy juvenil. Llevaba un ramo de flores blancas y una cesta de naranjas, que la gente de algunos lugares del sur de Europa consideraba como la fruta de la tentación. Su largo vestido blanco era muy sencillo y estaba adornado por una banda dorada que tenía la forma de una serpiente. Ella le sonrió a Adán y le ofreció una naranja de su cesta. El movió la cabeza de un lado para otro, en enfática negativa, y dirigió una sonrisa a la multitud.

Todos rieron.

Cuando Victoria volvió a mirar hacia el balcón de honor, el alcalde y su grupo ya no estaban. Al terminar la procesión, la joven Victoria se dejó llevar por los Grayson y sus amigos y

el resto del día de fiesta pasó para ella en una especie de sueño.

Cuando las luces de colores comenzaron a encenderse en la bahía, los Grayson decidieron que ya era tiempo de volver al yate.

—¡Ahí está el Delfín Azul! —al empezar a descender la escalinata que conducía a la bahía, Kent tomó el brazo de Victoria y le señaló el yate. Sus hileras de luces de colores habían sido ya encendidas y la embarcación se movía en las aguas oscuras, imponente. Por un instante, la joven se sintió fascinada por el espectáculo que ofrecía el yate. Entonces, de pronto, se dio cuenta de que no podía ir a bordo de él. No podía soportar ver más gente, oír más música, beber más vino... no aguantaría un minuto más de su propia falsa alegría.

—¡Perdóname, Kent! —se zafó de su brazo y sintió cómo el brazalete de amuletos se desabrochaba y caía de su muñeca. Bajó corriendo la escalinata del muelle y se abrió paso entre la multitud que se había reunido en la bahía para ver los fuegos artificiales. Oyó a Kent llamarla, pero ella siguió corriendo. No volvió la cara, ni se detuvo, ni siquiera cuando se golpeó un brazo contra un pilote del muelle. No podía ya escuchar la voz de Kent y esperaba que la perdonara por su conducta irracional. ¡Pero tenía que estar sola! El pensamiento de tener que sonreír y simular alegría por otras tres o cuatro horas le resultaba del todo insoportable. Quería sentir la brisa en su rostro, pero no en la cubierta de un yate lleno de gente. Deseaba escuchar el rumor del mar y encontrar un poco de paz para su corazón, que había estado sufriendo todo el día bajo la máscara de despreocupación que había estado usando.

Se detuvo por fin, sin aliento, y se dio cuenta de que estaba sola en la playa. Las luces del pueblo habían quedado muy atrás. Pronto empezaría la exhibición de fuegos artificiales y ella podría verla desde ahí.

De pronto sintió deseos de sentir la fresca caricia del agua contra su piel. Se quitó los zapatos y las medias y se metió en las aguas iluminadas por la luz de la luna. Sintió que sus nervios se tranquilizaban. ¿No estaba un poco loca para preferir esto al baile, la música, el vino y las risas?

Pero prefería estar sola en la playa, que, en un yate lleno de luces de colores, halagada por

un joven de ojos azules. Kent se enfadaría porque había huido de él en aquella forma y don Juan se pondría furioso porque no estaría presente en la fiesta donde se levantarían las copas para brindar por la felicidad de él y de Raquel.

Acarició la parte de su brazo que se había golpeado y permaneció de pie, perdida en sus pensamientos, mientras las olas lamían sus tobillos. Estaba de espaldas a la orilla pedregosa que ascendía hacia la carretera. No pasaban muchos automóviles por allí, pero Victoria no escuchó el que se había detenido a la orilla del camino. Las luces se apagaron. El conductor bajó del auto y comenzó a descender hacia la playa. Desde la carretera la muchacha que se encontraba de pie a la orilla del agua, con las piernas desnudas, resultaba perfectamente visible. El viento jugueteaba con su largo cabello y parecía solitaria y un tanto perdida.

Todo estaba en silencio y entonces una voz la llamó:

—Victoria... ¿eres tú, niña?

Oyó su nombre como en un sueño y por un momento pensó que era el mar quien había producido ese sonido. Entonces, con lentitud, se volvió y ahí, en la orilla del camino apareció una figura alta. No había nadie más que fuera capaz de acelerar un pulso como él. Nadie más podía dominarla con una mirada, llamarla sin palabras, sentir sus propias necesidades antes que ella se diera cuenta de que existían.

—¡Don Juan!

Oyó el roce de su bastón contra la piedra y comprendió que bajaba hacia ella.

La orilla era irregular y pedregosa, podía lastimarse la pierna. De pronto echó a correr hacia él a través de la arena y se encontraron a mitad del camino, sacudidos de mutua ansiedad, en un encuentro que no necesitaba palabras. Las manos de él rodearon su cintura y las de ella encontraron los hombros masculinos.

—¡Eres tú!

—Sí —ella se echó a reír, aunque su risa era un poco ronca—, ¿quién podía ser sino su loca pupila?

—¡Me lo imaginé! ¿Quién sino Victoria sería capaz de andar sola por la playa, con los

pies en el agua y el cabello al viento, indiferente a las fiestas y a la preocupación que podía causar a su tutor?

—Espero que no haya estado preocupado por mí —lo miró a los ojos y vio que estaban muy brillantes—. Pensé que esta noche, sobre todo, tendría muchas otras cosas en la cabeza. ¿Por qué iba a pensar en mí?

—¿Por qué, ¿verdad? —dijo en tono burlón. Le retiró el cabello de los ojos y ella se estremeció al sentir la caricia de sus dedos—. ¿Tienes frío, niña? ¡Debes tenerlo, con los pies desnudos! ¿En dónde están tus zapatos y tus medias?

—Por ahí —señaló en forma vaga hacia la playa—. ¿No se enfadará Raquel de que haya dejado usted la fiesta, para venir a buscar a su rebelde pupila?

—¿Por qué habría de preocuparle eso a Raquel? —él había colocado la mano bajo su larga cabellera, acunando la parte posterior de su cuello y haciéndola levantar la cabeza hacia él.

—Vi que llevaba un brazaletes de compromiso. La vi en la fiesta con usted. Parecía una desposada...

—Pronto va a casarse.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Victoria. Ella trató de zafarse de él, pero don Juan la retuvo con firmeza. Su rostro, a la luz de las estrellas, resultaba una bella escultura, con un mechón de cabello oscuro que el viento había hecho caer sobre la frente.

—¿Te hace sentir celosa saber que Raquel va a casarse? ¿Quisieras estar en sus zapatos?

—No...

—No, mi pequeño diablillo del mar. Porque ella va a casarse con un joven matador que la ha perseguido en forma tan constante que a final de cuentas no pudo resistirse más. ¿No te he dicho ya que la forma castellana de expresar el amor, es decir: ¿Te quiero? ¿Qué mujer puede resistirse a ser deseada? ¿Podrías resistirlo?

—¿Y a mí quién me desea? —Victoria se sentía débil en sus brazos. Así que era con el matador con quien Raquel iba a casarse... ¡no con su tutor! Él estaba aquí y le estaba haciendo bromas como si supiera lo que ella sentía por él... y la enfadó de pronto ver la expresión alegre

de los oscuros ojos de él—. Hui de Kent frente a todos sus amigos... y Quique descubrió que habíamos pasado la noche de la neblina juntos y solos... al menos, descubrió que estuve con un hombre.

—¿No le dijiste que yo era ese hombre?

—¿Cómo podía hacerlo? Toda la isla esperaría que usted... se casara conmigo. —¿Y a ti... no te gustaría casarte conmigo?

—Don Juan... —ella sintió de pronto que no podía resistir más ¡Quiero irme... por favor, déjeme ir de la isla!

—¿Y adonde irías?

—A Madrid. O a los Estados Unidos, como dama de compañía de la señora Grayson.

—Es una mujer muy agradable, pero después de algún tiempo te convertirías en criada de ella, y cada vez que su hijo te mirara, se sentiría un poco más celosa y al final de cuentas, insistiría en que ataras en un moño tu hermoso cabello y que ocultaras tus ojos tras un par de anteojos. ¡No! —su brazo en torno a ella se convirtió en una tenaza de acero—. ¡No, mientras yo viva y respire! Te quedas conmigo, Victoria. El honor me obliga a hacer de ti una mujer honrada, ¿recuerdas?

—Pero nadie sabe... que fue usted quien estuvo conmigo en la casita.

—Si no aceptas ahora mismo casarte conmigo, me encargaré de que toda la isla lo sepa.

—Pero, ¿por qué...? —los latidos de su corazón le hacían difícil hablar.

—¡Eres tan inocente! —él rio con suavidad—. Porque te quiero. Porque para mí tú eres lo más maravilloso del mundo. Amo la forma en que a veces te acercas a mí y después retrocedes asustada. Al principio me dije que no tenía derecho a ti porque soy mucho más viejo, porque tengo esta pierna que me hace cojear, pero si no te hago mía, volverás a ser servidora de alguna mujer dominante, niña. Y creo que es más emocionante ser dominada por un hombre que te ama con desesperación.

—¿Yo? —preguntó ella y sintió que la tierra temblaba.

—Tú, Victoria. Podré soportar por algún tiempo que no me ames, pero tengo la intención

de enseñarte a amarme —la estrechó contra su pecho y la primera lección fue un beso tierno y prolongado—. Te quiero, mi amor. Te quiero como mi compañera de toda la vida. Para tenerte, adorarte, por siempre. Para un español estas palabras son absolutas.

—Pero un marqués no se casa con una criada.

—Este marqués hace lo que quiere —la vieja nota de arrogancia sonó en su voz profunda—. Fuiste creada para vivir en un castillo, mi Rapunzel, y el castillo y yo hemos esperado largo tiempo a que llegaras a iluminarnos con tu juventud y tu risa. Victoria, ¿condenarías al león a una nueva soledad?

—¡Oh, no! —lo abrazó con fuerza—. Si tú me quieres, entonces soy tuya. No tienes necesidad de enseñarme a amarte. Si a veces huía de ti, era porque deseaba con desesperación estar junto a ti.

Él acarició el cabello.

—¿Pensabas que iba a casarme con Raquel?

—Ustedes parecían tener tanto en común.

—Mucho... menos amor, niña —él levantó el rostro de ella y le sonrió en la forma que derretía siempre su corazón—. ¿Volvemos a casa... a nuestro castillo, niña mía?

Ella asintió con la cabeza. Su corazón estaba lleno de tanta felicidad que no había lugar para más palabras. Pensó en Kent, que partiría al día siguiente sin ella, dejándola donde estaba realmente su corazón, en el lugar donde su corazón se quedaría... para siempre. La pequeña vagabunda había llegado a casa y ésta era el castillo de su amado don Juan.